

TIERNO Y SENSIBLE



Andrea Muñoz Mañarrez

Tal y como eres II:
Tierno y Sensible

ANDREA MUÑOZ MAJARREZ

Copyright © 2019 Andrea Muñoz Majarrez

Ilustración: © 2019 Alvaro García Bilbao

Todos los derechos reservados.

ISBN: 1731566182

ISBN-13: 9781731566188

Sello: Independently published.

Dedicado a Bimbo, ese amigo fiel que hace que cada día sea una aventura.

A mis abuelos, que me han consentido, que han ejercido de padres cuando tocaba, que me han cuidado, me han protegido, han aguantado mis enfados, y encima, sacaban tiempo para contarme un cuento, y jugar conmigo. Gracias por hacerme tan feliz.

Prólogo

Irene

Madrid, 2002

Era una noche de febrero, y me encontraba en mi cuarto, cuyas paredes estaban forradas con los posters de algunos de mis ídolos: Orlando Bloom, Leonardo DiCaprio, los Backstreet Boys y Hugh Jackman.

En ese momento, estaba sumergida en la historia de amor del señor Rochester y Jane Eyre. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había leído la novela de Charlotte Brontë. Y, sin embargo, en cada nueva lectura descubría algún detalle sorprendente que había pasado por alto.

Tumbada boca abajo, con los codos apoyados sobre la almohada, y las manos sujetando el libro, me emocionaba con cada palabra. Suspiraba, soñadora, mientras leía las conversaciones que mantenían los dos personajes principales. Yo también deseaba vivir una historia de amor así.

Al pensar en la figura del señor Rochester, me imaginaba a alguien muy especial para mí. Gustavo era el chico más guapo de nuestro curso. Alto, con los ojos castaños y una media melena oscura, siempre desprendía un aire canalla, con su chaqueta vaquera, sus camisetas rockeras y su actitud rebelde. Todas las chicas suspiraban por él, y yo no era una excepción.

No obstante, yo miraba más allá de esa personalidad fría y gamberra que siempre mostraba. Estaba segura de que, en el fondo, al igual que el señor Rochester, Gustavo era un chico sensible con un alma atormentada, y que yo, su Jane Eyre particular, conquistaría su corazón.

Y estaba dispuesta a hacerlo al día siguiente, que era San Valentín. En mi instituto, en esa fecha, se organizaba la entrega de claveles. Tanto chicos como chicas mandaban un clavel a la persona que querían, acompañado de una nota con dedicatoria.

Durante mucho tiempo le di vueltas al asunto, y al final tomé una decisión. Yo, Irene, a mis quince años, le haría llegar a Gustavo un clavel con una declaración de amor en toda regla.

A pesar del miedo que tenía, conseguí convencerme a mí misma de que

aquello saldría bien, y que Gustavo sería capaz de pasar por alto mis kilos de más.

Porque me sobraban unos cuantos, sin duda, aunque yo no tenía prisa por perderlos. Me gustaba mucho comer. Y, además, pensaba que, el chico que se enamorara de mí debía hacerlo por todas las cosas buenas que llevaba dentro, no por mi imagen exterior.

En ese momento, mi madre entró, sin llamar, como siempre:

—¿Aún estás despierta? Ya es muy tarde, Irene.

Yo puse una mueca de fastidio.

—Mamá, te he dicho que llames antes de entrar.

—Perdona, cielo. No lo vuelvo a hacer, te lo prometo.

—Siempre dices lo mismo.

—Venga, a dormir ya, que sino mañana vas a estar durmiéndote por las esquinas.

Dejé el libro en mi mesilla, y coloqué la almohada en el cabecero. A continuación, me metí bajo el edredón, y mi madre se sentó a mi lado. Echó un vistazo a la mesilla y sonrió.

—No sé cuántas veces has leído ese libro, y no te cansas.

Yo suspiré, enamorada.

—Es que es una historia preciosa.

Mi madre acarició una de mis mejillas y me miró con suspicacia.

—Tienes una luz en la mirada muy especial. No me digas que...

Yo asentí, sonriente.

—Sí, mamá, estoy enamorada.

Mi madre abrió mucho los ojos y la boca.

—¿¡Y quién es!? ¿¡Le conozco!? ¿¡Por qué no me has dicho nada antes!?

Yo me reí ante el bombardeo de preguntas.

—Es Gustavo, el chico más guapo de mi curso. Y no te lo dije antes porque quería que fuera un secreto.

—Ya veo. ¿Y a él también le gustas?

Yo suspiré, dubitativa.

—Todavía no lo sé, mañana lo averiguaré. Le llegará un clavel con una declaración de amor.

Dicho esto, noté como mis mejillas ardían al pensar en la posible reacción de Gustavo ante mi declaración. Entonces, mi madre sonrió.

—Cariño, eso sí que es tener valor. ¿Pues sabes que te digo? Que tengo un buen presentimiento. Eres una chica muy especial, ¿y quién no sería capaz

de quererte? Ese chico va a caer rendido a tus pies, estoy segura —afirmó, guiñándome un ojo.

—¿De verdad lo crees? —pregunté, esperanzada.

Mi madre asintió enérgicamente.

—Estoy convencida. Así que, ahora a dormir, que mañana tienes que estar perfecta.

Me dio un beso en la frente, y se alejó de la cama. Al llegar al umbral de la puerta, se giró, y dijo:

—Buenas noches, tesoro.

Cerró la puerta, y me acurruqué bajo las sábanas. Ahora sí que notaba los nervios ante la idea de confesarle a Gustavo que era el chico de mis sueños. Solo esperaba que él me correspondiera, o que al menos me diera la posibilidad de conocernos y conquistarle. Aquella noche sería la última de Irene, la joven inocente que creía en el amor. Poco podía imaginarme que mi vida daría un giro inesperado.

Capítulo 1

Adrián

Madrid, 2017.

Es una fría noche de un sábado del mes de octubre, y estoy sentado a la mesa de uno de los restaurantes de moda de Madrid. Se llama Fígaro, y es un restaurante italiano que me había recomendado uno de mis compañeros de trabajo.

Bueno, en primer lugar, debo presentarme. Me llamo Adrián, tengo treinta y cuatro años, y soy profesor de Física y Matemáticas en la Universidad Complutense de Madrid. No soy un hombre guapo, aunque mis amigos dicen que soy atractivo. Destacan siempre que tengo unos ojos verdes muy bonitos, y que soy un tipo muy simpático.

Hoy va a ocurrir algo muy especial, y para ello, me he preparado a conciencia. Llevo un traje de color gris oscuro, corbata de color malva, camisa blanca, y me he puesto mi mejor perfume.

Estoy algo nervioso ante el inminente encuentro de esta noche. He quedado con Lorena, que en Internet se hace llamar Galáctica87. Nos conocimos jugando al World of Warcraft online, hace un par de años. Me pareció una mujer interesante, y empezamos a chatear por privado.

Con el paso del tiempo, nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común. A ambos nos gustaban los videojuegos, y las series Star Trek y BattleStar Galáctica. Sin embargo, no habíamos tenido la oportunidad de conocernos en persona ni de profundizar nuestra relación virtual, porque, hasta hace poco, ella tenía un novio un poco celoso, según decía. Pero rompieron hace unas semanas, y ahora las cosas han cambiado.

Finalmente, decidimos quedar para conocernos en persona. Como no nos hemos visto nunca, acordamos que yo dejaría sobre la mesa un libro, el diccionario del idioma Klyngon^[1], del que tanto he hablado con ella. Así podrá reconocerme.

Estoy bastante nervioso, así que combato mi inquietud alineando los

cubiertos. Sí, soy un maniático del orden. Es uno de mis defectos.

En un momento dado, noto que alguien se detiene delante de mi mesa, así que alzo la vista y ahí está ella. Me quedo deslumbrado al ver lo preciosa que es. Lleva un vestido negro ajustado, tacones de aguja y los labios pintados de rojo. Su brillante melena negra cubre sus hombros, y algunos mechones se cuelan en su pronunciado escote. Yo siento que se me seca la garganta, y soy incapaz de articular palabra. Me levanto y ella me sonríe.

—Buenas noches, Adrián. O debería decir, Link83 —dice mientras el camarero retira un poco su silla, para ayudarla a acomodarse.

Yo me siento al mismo tiempo que ella, y finalmente respondo:

—Buenas noches, Lorena. Es un placer conocerte por fin.

Ella se ríe.

—Lo mismo digo.

Comenzamos a charlar mientras degustamos una cena exquisita. Raviolis de carne bañados en salsa de tomate, y de postre, tiramisú, todo acompañado de un vino blanco italiano.

Hablamos de la ruptura con su ex, de nuestros trabajos, de nuestras aficiones. Yo siento que conectamos a la perfección. Lorena me gusta mucho, y creo que, por fin, he encontrado a la mujer de mis sueños.

Terminamos de cenar, y es entonces cuando yo me armo de valor para pedirle que prolonguemos el encuentro.

—Oye, me lo he pasado genial y he pensado que podríamos, si te apetece, ir a mi casa, y tomar la última allí.

Ella me mira de arriba abajo, mientras yo espero su respuesta con cierto temor. De repente, observo que su gesto se torna serio.

—Adrián, eres un chico estupendo. De verdad. Y me lo he pasado muy bien. Pero, mira, no eres exactamente lo que busco. No eres mi tipo.

En ese instante, me quedo desconcertado.

—Pero pensé que conectábamos...

Ella pone los ojos en blanco, y suspira, exasperada. Parece que le molesta lo que he dicho.

—Adrián, como amigo pareces alguien estupendo, pero, sinceramente, jamás se me pasaría por la cabeza que llegáramos a ser algo más.

Yo siento un ligero malestar ante esa última frase, y me revuelvo, incómodo. De repente, la sensación de fracaso, que tan bien conozco, empieza a apoderarse de mí.

—¿Hay algún motivo específico?

Observo que ella me mira con cierta lástima.

—Mira, te voy a dar un consejo. Cambia tu cuerpo, haz ejercicio. Tienes pinta de empollón. Eres muy majo, pero no eres nada sensual. Te falta sex-appeal. Si cambias eso, las chicas empezarán a tomarte en serio.

Dicho esto, se marcha, y me deja allí hecho polvo. Media hora después ya estoy abriendo la puerta de casa. No sé cómo he llegado, pero lo he hecho, sano y salvo. No tengo fuerzas ni para cambiarme de ropa, y voy directo a mi habitación. Me tumbo en la cama, y cierro los ojos. Otra vez me ocurría lo mismo.

Durante toda mi vida, he tenido una larga lista de amores no correspondidos. Todas las chicas que me gustaban querían ser mis amigas, no mis novias. Y yo, como un tonto, siempre esperaba mi momento.

Guardaba la esperanza, pensando que algún día, una de aquellas chicas me miraría con otros ojos. Sin embargo, eso nunca sucedía. Alguna vez había conseguido ligar, pero siempre era algo temporal. Todas decían lo mismo: No tenían interés en tener una relación seria conmigo.

En ese momento, me llega un mensaje de Víctor, mi mejor amigo desde el instituto:

<<¿Cómo va la cosa? Si no contestas ahora, no te preocupes, lo entenderé ;)>>

Yo pongo una mueca de disgusto, y contesto:

<<Tranquilo, ha terminado y ha sido un desastre. Como siempre.>>

Cinco segundos después, me envía su respuesta:

<<Mañana vienes a casa a comer con nosotros.>>

Aunque no tenía muchas ganas de nada, decido aceptar la invitación. Así al menos podría desahogarme con mis dos mejores amigos. Ellos eran los que de verdad me comprendían.

Capítulo 2

Irene

Son las ocho de la mañana del domingo, y aunque hoy no tengo que madrugar, mi cuerpo igualmente me anima a levantarme temprano. Anoche apenas pude dormir por culpa de mi compañera de piso, Daniela, que decidió traerse a su novio.

Ambos estuvieron toda la noche compartiendo su pasión con el resto del mundo. A mí no me importaba, porque en alguna ocasión había traído a alguno de mis ligues a casa, y no había recibido protestas tuyas, así que era lo justo.

Yo estaba últimamente en plan ermitaño respecto a ese tema. Durante una temporada me lie con muchos chicos, pero en los últimos dos meses no había salido con nadie. Me apetecía disfrutar de la soledad.

Voy a la cocina para prepararme el desayuno, y justo cuando estoy abriendo un armario para coger mis cereales, aparece por la puerta Héctor ¿O era Ramón? No lo recuerdo, porque Daniela cambia de novio cada tres meses.

En un primer momento, no me doy cuenta de que el muchacho va ligero de ropa, porque ni siquiera le estoy mirando. Entonces, me giro y me lo encuentro allí de pie, bostezando, con todo al aire.

Intento mantener la mirada apartada de sus partes íntimas, pero no puedo, y compruebo que está bien dotado. Ahora entiendo los gritos de placer de mi compañera. Él parece darse cuenta por fin de mi presencia, y sale disparado de la cocina en dirección a la habitación. Se acabaron las vistas. Me encojo de hombros, y sigo con mis cosas, quitándole importancia.

A los diez minutos, mientras estoy sentada en la mesa del salón desayunando, aparece la pareja feliz haciéndose arrumacos, algo que me disgusta enormemente.

—Osito, luego te llamo y nos vemos esta noche —dice Daniela con voz melosa.

—Osita, esta noche trabajo. ¿Lo dejamos para mañana? —responde él del mismo modo.

Siento que me va a dar una subida de azúcar con tanto edulcorante.

—De acuerdo, osito. ¿Me prometes pensar en mí todo el día?

Yo pongo los ojos en blanco. ¿Cómo podían ser tan empalagosos?

—Te lo prometo.

Finalmente, aquella agonía termina, y Daniela se sienta a desayunar conmigo.

—Anoche te lo pasaste genial, osita —digo con cierta sorna.

Daniela me mira alzando una ceja.

—Búrlate, pero al menos yo tengo vida social.

—Yo tengo vida social, solo que menos intensa. ¿Crees que seguirás con Ramón pasados tres meses?

—¡Héctor! Y sí, estoy enamorada de él.

—No te he preguntado si estás enamorada de él. Te he preguntado si crees que lo nuestro durará más de tres meses.

—Pues no lo sé, no tengo una bola de cristal para adivinarlo.

—Pobre Héctor, no sabe la que le espera en cuanto aparezca otro más guapo que él.

Observo que Daniela suspira, exasperada.

—¿Hoy nos hemos levantado graciosos?

—Ya sabes que yo soy así todo el año. No sé de qué te sorprendes.

—Necesitas un novio con urgencia. Así verías las cosas de otra manera. Siempre criticando las relaciones de los demás, cuando tú eres la menos indicada.

Yo entonces frunzo el ceño.

—Soy honesta. No busco el amor y no creo en el compromiso. Y a ti te ocurre lo mismo. En cuanto pasa un tiempo, cambias de novio porque el que tienes te aburre.

—Eso no es cierto. Lo que ocurre es que, me doy cuenta de que realmente no nos une el amor, sino la pasión. Y eso desaparece rápidamente.

—Eso te pasa por lanzarte a los brazos del primero que pasa —asevero.

—Me gusta el riesgo. La vida son cuatro días y hay que vivirla. Errar y aprender. Eso dice siempre mi madre. Tú, en cambio, con ese autocontrol que tienes, te estás perdiendo muchas cosas.

Yo asiento.

—Sí, me pierdo el dolor, la depresión, que me engañen, que me tomen el pelo. Llorar por alguien que no lo merece. Estoy sufriendo ahora mismo por ello.

—A mí no me engañas con todo ese rollo de tía dura que te gastas. En el fondo, sé que eres una mujer sensible, que espera a su príncipe azul. Pero hay algún motivo oculto que te hace ser así.

Había dado en el clavo, siempre lo hacía. Sin embargo, a pesar del tiempo que llevábamos conviviendo, prefería guardar ciertos aspectos de mi vida para mí.

—Bueno, si tú lo dices —respondo, encogiéndome de hombros.

Daniela suspira con resignación.

—No tienes remedio.

En ese momento, suena mi teléfono y compruebo que tengo un mensaje. Es mi hermano Jorge, que me escribe para recordarme que hoy tenemos reunión familiar en casa de mis abuelos.

Por lo visto, Jorge y Carla tenían algo importante que contarnos, y querían hacerlo en persona. A mí me tenía intrigada tanto misterio, aunque estaba segura de que sería algo bueno.

Terminamos de desayunar y recojo la mesa, mientras Daniela se da una ducha. Esa mañana haríamos limpieza, y después me prepararía para ir a casa de mis abuelos. Estaba deseando verlos.

Alrededor de la una, llego a casa de mis abuelos, y veo en el umbral de la puerta un rostro familiar asomándose. Maco salta de alegría al verme, dando vueltas sobre sí mismo. Yo le doy muchos mimos, mientras él me responde con lametones en las manos. Adoraba a ese peludo que siempre te recibía con entusiasmo.

Mi abuela acude a mi encuentro, y nos abrazamos. Enseguida entro en el salón, y allí están prácticamente todos. Mis abuelos, mi madre con su pareja, Ramiro, Jorge y Carla. Yo era la última en llegar.

A continuación, nos sentamos a la mesa. Mi abuela había preparado paella y ensalada. Siempre que iba allí, notaba que ganaba al menos un kilo, porque acababa con la tripa llena, sin apenas poder moverme. Si mi abuela comprobaba que habías terminado, enseguida te ofrecía más comida. De niña, comía como una lima, y me convertí en una especie de bola de billar, regordeta y feliz, al igual que mi hermano.

Sin embargo, poco antes de cumplir dieciséis años me puse a dieta, y conseguí adelgazar. Ahora tenía una silueta perfecta, sin un atisbo de grasa, a base de disciplina. Iba al gimnasio seis días a la semana para mantenerme en forma, y mi dieta consistía en comida saludable baja en grasa. Pero en casa de mi abuela eso no era posible, así que hacía una excepción.

Mientras comemos y charlamos, observo a mi hermano y a Carla. Aquella pareja era la viva imagen de la felicidad y la complicidad. Ahora que lo pienso, menos mal que reaccioné a tiempo, e hice posible que acabaran juntos.

Si no hubiera solucionado aquel malentendido, la cosa ahora sería muy distinta.

Mi madre también había encontrado la felicidad después del divorcio, y Ramiro era un tipo encantador que nos caía muy bien. Ellos vivían en Altea, aunque ahora habían venido a Madrid a pasar unos días.

Por otro lado, mi padre llevaba también muchos años viviendo fuera, en Cantabria, donde convivía con Isabel, una mujer unos años más joven que él. Aunque apenas nos veíamos, nuestra relación con ellos era excelente. Parece ser que la distancia ayuda a tener buena armonía familiar.

—Bueno, ha llegado el momento de daros la gran noticia —anuncia mi hermano de repente.

Esto capta nuestra atención, y todos nos mantenemos en silencio, expectantes.

—Hace unos días, nos enteramos de una noticia que espero que os haga muy felices. Ya está confirmado. ¡Vamos a ser padres! —exclama Jorge, sonriente.

Yo abro mucho los ojos y la boca, sorprendida, y enseguida me levanto para darles un sentido abrazo. ¡Voy a ser tía! No me lo puedo creer. Brindamos por el futuro nuevo miembro de la familia, aunque Carla lo hace sin alcohol, claro está.

Inmediatamente, el tema de conversación se centra en el embarazo y el bebé. Mi madre y mi abuela monopolizan la atención de Carla, para darle consejos y contarle experiencias.

Mientras tanto, yo me siento junto a mi hermano, y noto la emoción que desprende por todos los poros de su piel.

—Aún no me lo creo. Me vais a hacer tía. Esto se avisa, hombre —digo yo en broma.

Jorge me sonrío.

—La verdad es que llevábamos un tiempo buscándolo, y hace unos días, Carla se dio cuenta de que tenía una falta, así que, hicimos la prueba y después el médico lo confirmó.

—Va a ser el mejor bebé del mundo.

—Bueno, ya solo faltas tú —comenta mi abuela, que está a mi espalda.

De repente, noto todas las miradas centradas en mí. Ahora sentía la presión familiar sobre mi persona de una manera asfixiante. Ya sabía yo que no todo sería alegría. Ahora la persecución sería implacable.

Capítulo 3

Adrián

Había quedado con Víctor y Elisa en su casa, en la zona de Suances. Allí vivían en un piso bastante grande, con una amplia terraza, en un área tranquila, rodeada de zonas verdes.

Hace un sol espléndido, y aunque hace un poco de frío, Víctor y Elisa proponen que tomemos el aperitivo en la terraza.

Mientras camino por el pasillo en dirección al salón, me encuentro con Yolanda, la hija de mis amigos, que acababa de cumplir tres años. Está muy graciosa con su pelo moreno recogido en una coleta, vistiendo una camiseta con el dibujo de la sirenita Ariel, una de las princesas Disney, falda vaquera y zapatillas deportivas. Con una enorme sonrisa y estirando sus bracitos, se abalanza sobre mí y me abraza.

—¡Tío Adrián!

Así me llamaba la pequeñaja, debido a la estrecha amistad que tenía con su padre. Como Víctor era hijo único, y la hermana de Elisa vivía fuera de España, yo ejercía de tío y de canguro la mayoría de las veces. Víctor y yo éramos casi como hermanos.

Nos conocimos en el instituto, cuando ambos teníamos dieciséis años. Él era del grupo de los populares, un tipo duro y deportista que siempre suspendía Matemáticas, y yo era el cerebritito de la clase.

Como los padres de Víctor conocían a los míos, pensaron que yo podría ayudarle a aprobar la asignatura, y a cambio, me pagarían. Yo acepté el reto porque el dinero me vendría muy bien, aunque me inquietaba un poco la idea de ser el profesor particular de uno de los malotes del instituto.

Poco a poco, comprobé que detrás de ese aspecto de tipo duro, Víctor era un chico genial, y muy buena gente. De hecho, descubrí que casi todo lo que se decía de él eran puras habladurías malintencionadas. Gracias a su influencia y protección, los matones dejaron de meterse conmigo.

Desde entonces, somos grandes amigos, y siempre hemos encontrado el uno en el otro apoyo y comprensión.

Aún recuerdo cuando Víctor bebía los vientos por Elisa. Ella, al principio, no estaba segura de sus intenciones, y reusaba salir con él. Y yo

siempre le decía que estaba seguro de que acabarían juntos. Y no me equivoqué. Tiempo después, empezaron a salir, y finalmente, se casaron en una ceremonia íntima, a la que acudimos todos sus seres queridos.

Víctor tenía su propio negocio, un gimnasio, que llevaba con su socio Jorge, un tipo encantador. Yo solo había estado allí una vez, cuando lo inauguraron. La verdad es que el ejercicio físico no era lo mío.

Mientras Elisa y yo estamos sentados, mirando a Yolanda jugar con sus muñecas en el interior de la casa, Víctor trae una bandeja llena de bebidas y un surtido de frutos secos. Finalmente se sienta, y comenzamos a charlar.

—Bueno, cuéntanos. ¿Qué pasó anoche? —pregunta mi amigo.

Yo suspiro, abatido.

—La cena fue bien. Charlamos, reímos. Todo parecía ir a la perfección. Por eso, al terminar la cena, le pregunté si quería prolongar el encuentro.

—¿Y?

—Y en ese momento me dejó las cosas claras. Me dijo que no era su tipo. Es más, se permitió darme un consejo.

Observo que ambos fruncen el ceño.

—¿Y qué consejo te dio? —pregunta Elisa.

Yo respiro hondo y contesto:

—Sus palabras textuales fueron: Cambia tu cuerpo, haz ejercicio. Tienes pinta de empollón. Eres muy majo, pero no eres nada sensual. Te falta sex-appeal. Si cambias eso, las chicas empezarán a tomarte en serio.

En ese momento, Elisa y Víctor ponen cara de enfado.

—¿De qué va esa chica? Por favor, Adrián, no hagas ni caso. Es una imbécil —afirma Elisa, indignada.

—Seguro que ella es perfecta —comenta Víctor con sorna—. Eres un tío fantástico, y si esa mujer está ciega, tú no tienes la culpa. Ella se lo pierde —sentencia, dándome una palmadita en el hombro.

Yo no estoy tan convencido, porque no era la primera vez que esto me ocurría.

—Chicos, os agradezco vuestras palabras, pero debo admitir que tiene razón. No soy un tipo guapo y sexy que hace que las chicas se desmayen a su paso.

—Eres más que eso, Adrián. Eres sensible, encantador, inteligente, divertido y simpático. Estoy segura de que pronto conocerás a una mujer que será capaz de ver todas esas cualidades —dice Elisa, mirándome con ternura.

—Soy el amigo perfecto, no el príncipe azul que todas esperan—asevero.

—Ya estamos con eso. Oye, no existe el príncipe azul ni las princesas de cuento. Esto es el mundo real. Tú eres un partidazo. Tienes un buen empleo, un piso para ti solo, tu propio coche, eres responsable y un buen amigo. Solo necesitas saber usar tus armas de seducción. Una mirada, una buena conversación, hacer reír a la chica que te gusta, y entonces, caerá rendida a tus pies —afirma Víctor.

Yo me río ante el comentario.

—Ya hago eso, Víctor. Y no funciona. Todas se ríen un montón y tenemos grandes conversaciones.

—Adrián, seamos sinceros. La mayoría de las veces ejerces de paño de lágrimas porque las animas a hablar de sus exnovios, de sus sentimientos heridos, y todo eso. Así que, es culpa tuya, señorito —responde mi amigo.

En eso no podía quitarle la razón. Muchas acababan hablando de sus ex, y yo escuchaba pacientemente, sin tener la oportunidad de aportar algo mío.

—Bueno, de todas formas, lo he estado pensando y quiero ponerme en forma. Quiero tener tus músculos, Víctor. Tu cara no, claro, eso es imposible.

Mi amigo me mira alzando una ceja.

—¿Hablas en serio? Recuerdo que educación física se te daba fatal en el instituto.

—Han pasado muchos años, y tengo la motivación necesaria para afrontar el reto.

—Te advierto que vas a tener que trabajar duro, estás muy delgado y tienes que ganar masa muscular.

—Me pondré en tus manos. Quiero convertirme en un tío bueno, en un Chris Evans. No en un Sylvester Stallone, eso sería pasarse.

Ambos me miran de arriba abajo, examinándome.

—Yo creo que tiene buena materia prima. ¿Crees que podrás ayudarle? —pregunta Elisa dirigiéndose a Víctor.

Mi amigo se rasca el mentón y me mira de nuevo.

—Nada es imposible —asevera, inclinando la cabeza hacia un lado. Entonces, me mira y dice—: Muy bien. Mañana quiero verte en el gimnasio cuanto antes.

Yo sonrío, satisfecho.

—Mi última clase termina a las cinco, así que puedo estar allí a las siete.

—Perfecto. Mañana empieza la lucha. Voy a hacer que causes disturbios, amigo mío.

Eso era lo que yo quería, crear impacto, no indiferencia. La única

atención que captaba era la de mis alumnos y alumnas, que siempre estaban atentos en mis clases, algo poco corriente.

Si era capaz de que unos chavales me prestaran atención cuando les hablaba de Pitágoras, estaba dispuesto a conseguir que la chica que me gustara me correspondiera del mismo modo. No volvería a ser el amigo ni el escudero nunca más.



Al día siguiente, me levanto temprano y me enfrento al lunes con el ánimo por las nubes. Me siento optimista y motivado ante este nuevo reto. Sé que será duro, pero frente al Doctorado y el Máster, aquello sería un paseo en bicicleta. Además, con la guía de Víctor, todo iría bien.

Llego a la universidad, donde mis compañeros me preguntan cómo había ido la tan publicitada cita del sábado, y yo me limito a contestar con una sonrisa:

—Bueno, no ha salido como esperaba, pero que tampoco se acaba el mundo por eso.

Porque, efectivamente, no era una tragedia. Son cosas que te ocurren en la vida y que te hacen replantearte las cosas.

Cuando entro en clase, mis alumnos ya están sentados. El aula está repleta, como siempre. Mis compañeros de profesión, que enseñaban otras disciplinas, siempre me preguntaban cómo conseguía que mis alumnos asistieran a mis clases con entusiasmo. Y la respuesta no era sencilla, aunque para mí sí.

Básicamente, explico las cosas de una manera dinámica, con ejemplos prácticos, y dejo que los alumnos participen. Recuerdo lo tediosas que resultaban algunas clases a las que asistía cuando estudiaba. No por la materia en sí, sino porque los profesores no sabían conectar con los alumnos. No conseguían sacar ese entusiasmo que todos llevamos dentro y que nos anima a estudiar una carrera específica.

Cuando termino las clases, algunos de mis alumnos se presentan en mi despacho para resolver algunas dudas, y comentar algunos aspectos del temario. Una vez atiendo a todos, me voy a casa para prepararme.

Nada más llegar, busco en mi armario unos pantalones deportivos y una camiseta. Me pongo las zapatillas de deporte y cuando ya está todo preparado, me voy al gimnasio. Ahora noto el gusanillo de la emoción moviéndose en mi interior. Estoy algo nervioso ante esta nueva

experiencia, pero estoy lleno de energía. Voy a darlo todo.

Capítulo 4

Irene

—Seño, Leire no me quiere dejar sus acuarelas. Le he dicho que tenemos que compartir, pero no me deja.

Aparto la vista del dibujo que está haciendo otra de mis alumnas, y veo a Rocío con los brazos en jarras y cara seria. La pequeña, de cuatro años, me mira, expectante, con sus mofletes regordetes. A mí me parecía adorable cuando se enfadaba, aunque era un auténtico torbellino.

Yo me levanto y la acompaño al rincón donde están sentadas Leire y ella, pintando. Leire tiene la cabeza inclinada y la vista puesta en el dibujo que está coloreando. Lleva su pelo rubio rizado sujeto con una cinta de color rosa. Me acerco a ella, mientras Rocío espera de pie a mi lado.

—Leire, ¿es cierto que no estás compartiendo las acuarelas?

La niña me mira, y pone gesto serio.

—Es que Rocío gasta mucha acuarela. No colorea bien —responde.

Rocío no dice nada, solo se limita a balancearse sobre sus talones, con las manos cruzadas a la espalda.

—Bueno, se me ocurre que, como tú sabes un poquito más de esto, podrías enseñarle a hacerlo mejor. ¿Qué te parece? —le propongo.

Leire me mira, pensativa. A continuación, asoma su cabecita por encima de mi hombro, y observa a Rocío, que la mira de reojo.

—Vale, yo le enseño —contesta Leire, sonriente.

A los cinco minutos, ya son de nuevo amigas. Ambas están concentradas, coloreando sus dibujos, mientras Leire da instrucciones a Rocío para ayudarle a mejorar su técnica.

A pesar de los años que llevaba en la enseñanza, aún me sorprendía el hecho de que los niños siempre fueran capaces de arreglar sus disputas con abrumadora rapidez. Ojalá todos los problemas del mundo se solucionaran de la misma manera.

Desde pequeña, mi sueño era ser profesora. En la adolescencia, ejercí de canguro para ganar algo de dinero, y más tarde, cuando estudiaba en la universidad, me dediqué a dar clases particulares de Lengua y Matemáticas a niños de Primaria.

Obtuve el título de Magisterio y me especialicé en Educación Infantil. Llevo trabajando ocho años en el mismo colegio, y siempre estoy aprendiendo cosas nuevas. No hay un día en el que no ocurra algo interesante o curioso. Por eso me gusta tanto mi trabajo.

—Seño, ¿usted tiene novio? —pregunta Javier, uno de mis alumnos.

Yo alzo una ceja ante la repentina pregunta.

—No, no tengo novio.

—¿Y cuántos años tiene?

Los niños no tienen filtro, siempre son directos.

—Treinta.

—¡Ah, bueno! Entonces es igual que mi tía Cecilia. Mi abuela es una pesada, y le dice todo el rato que cuando se va a echar novio, que se está haciendo vieja. Pero yo no creo que mi tía sea vieja, seño. No tiene arrugas ni nada como mi abuela. Y usted tampoco.

Yo me río ante el comentario. Era todo un halago viniendo de un niño de cinco años.

—Yo tampoco creo que tu tía sea vieja.

—Además, mi tía es super genial, porque siempre juega conmigo al Mario Bros, y me lleva al cine a ver pelis de dibujos, porque mi madre y mi padre no quieren ir.

—Tu tía debe ser muy divertida.

—¡Lo es! Y no me gusta que mi abuela le diga esas cosas —me dice con gesto serio.

—Bueno, Javier, a veces los mayores decimos tonterías y no nos damos cuenta. No hagas mucho caso.

—Eso me dice mi tía, aunque cuando mi abuela le dice eso se pone triste. Ella se cree que no lo noto, pero me doy cuenta de todo. ¡Que soy pequeño, pero no tonto!

Yo le miro con ternura, porque me parece simplemente encantador.

—Tú no te preocupes, que tu tía es fuerte. Tú lo que tienes que hacer es decirle cosas bonitas para animarla.

Javier sonríe ampliamente ante mi comentario, y a continuación, vuelve a su sitio.

A mí me ocurría lo mismo que a su tía, aunque no a menudo. Todo empezó poco antes de cumplir los treinta. Parece que el universo se pone de acuerdo, y madres, abuelas, tías, incluso algunas amigas, se dedican a recordarte que el tiempo corre en tu contra y que debes traer hijos al mundo pronto.

Cuando era adolescente y leía novelas románticas ambientadas en el siglo XIX, donde las protagonistas eran mujeres de mi edad o más jóvenes, que sufrían una considerable presión social por el hecho de no estar casadas a cierta edad, creía que todo aquello era cosa del pasado. Sin embargo, viendo el panorama, parece que las cosas no han cambiado tanto.

Afortunadamente, hace muchos años, desarrollé un mecanismo de pasotismo supino, que hacía que todo aquello me importara poco. Lo malo era que, daba la impresión de que la vida se confabulaba para hacerme notar que me estaba quedando atrás.

Todos mis amigos se habían casado, y hacían vida en pareja, algunos con niños incluidos. A excepción de Daniela, que tampoco contaba, porque dedicaba todo su tiempo a sus novios. Vamos que, al final, siempre acababa haciendo planes sola.

Después de terminar las clases, recojo mis cosas, y me dirijo al gimnasio que regenta mi hermano con Víctor, uno de sus mejores amigos. Allí es donde voy a entrenar todas las semanas.

Son las ocho de la tarde, y a esa hora, el gimnasio está bastante lleno. Casi todos venían de manera temporal, porque querían ponerse en forma antes de Navidad, o antes de las vacaciones de verano. Yo era de las pocas personas que iba todo el año.

Nada más entrar, me encuentro con Manuela, que está atendiendo a un cliente, así que paso rápidamente por delante de ella, la saludo agitando la mano, y me meto en el vestuario. Me cambio, y cuando salgo, compruebo que mi hermano está impartiendo una de sus clases de aeróbic, mientras Víctor está hablando con un cliente al que yo no había visto antes. Desde donde estoy, puedo oír la conversación. Víctor le está explicando una serie de ejercicios que tiene que hacer, y cómo funcionan los aparatos.

El nuevo cliente es un chico alto y delgado, que aparenta ser bastante joven. No parece necesitar ejercicios de cardio, porque todas las indicaciones que Víctor le da están relacionadas con los aparatos de musculación.

Me subo en la cinta para correr un rato, y fijo mi vista en el monitor que tengo delante, donde se pueden ver videoclips de canciones de los años 80. Saco mi iPod, coloco los diminutos auriculares en mis oídos, y me aísló del resto del mundo gracias a la música electrónica que siempre me pongo para correr.

Pierdo de vista al nuevo cliente y a Víctor durante un rato, hasta que me bajo de la cinta, y me dirijo a la zona de musculación para empezar mis

ejercicios de tonificación. Allí, en una de las máquinas, veo al nuevo cliente, que ahora está solo.

Le miro de reojo, al igual que él hace conmigo. Observo que mi presencia le pone un poco nervioso, algo que me resulta curioso, incluso divertido. Decido quitarle importancia, y me tumbo en la colchoneta que hay allí para hacer unos abdominales.

De repente, observo que el hombre agarra una pesa de veinte kilos y que apenas puede levantarla. Obviamente, está cogiendo más peso del debido, pero prefiero no decirle nada y me limito a observarle discretamente.

Él sigue intentándolo con todas sus fuerzas. Sin embargo, es inútil.

Termino mi ejercicio y le miro atentamente. Era divertido ver cómo intentaba hacerse el fuerte cuando su cara se estaba poniendo colorada por el esfuerzo.

Finalmente, decido tomar cartas en el asunto. Sin moverme del sitio, con los brazos apoyados sobre mis rodillas flexionadas, digo:

—Como sigas así, vas a acabar haciéndote daño.

Él me mira, nervioso, casi avergonzado.

—No, si esto no es nada...

Yo me río.

—Oye, no te preocupes, no hace falta que trates de hacerte el fuerte. Está claro que no estás acostumbrado. Es tu primer día y las cosas no se consiguen de manera inmediata. —En ese momento, me levanto, me acerco a la zona donde están colocadas las pesas, y le doy una de cinco kilos—. Será mejor que empieces con esto. Más adelante, podrás levantar más peso.

Él me mira de nuevo, y observo que se ruboriza.

—Muchas gracias. La verdad es que ha sido estúpido intentar empezar la casa por el tejado.

—Descuida, aquí hay mucha gente que viene a exhibirse.

Entonces, busco con la mirada a uno de los tipos más presumidos del gimnasio, y lo encuentro rápidamente. Se llama Luis, y es un tipo con unos músculos enormes, cuyo alimento principal son los anabolizantes. Siempre se coloca delante del espejo para mirarse.

—¿Ves a ese de ahí? —El hombre fija la vista donde yo le indico y asiente—. Es uno de los que vienen a exhibirse, se pasa casi todo el tiempo ahí delante del espejo, y apenas hace ejercicio.

—Madre mía, su brazo es más grande que mi pierna.

Yo me río ante el comentario.

—Espero que tú no te conviertas en eso. Me decepcionarías.

Le miro, y vuelve a ruborizarse. Resultaba encantador cuando se mostraba tan tímido.

—¡Ni de broma! Además, yo no quiero ser un armario de cuatro puertas. Me conformo con ganar algo de masa muscular. Como Chris Hemsworth.

—Bueno, salvando las distancias, no es un objetivo inalcanzable. Solo tienes que ser constante, y poco a poco, tu cuerpo irá cambiando. ¿Qué instrucciones te ha dado Víctor?

Coge de un banco el papel con la tabla de ejercicios que Víctor le había dado y me lo entrega. Estudio el contenido, y observo que muchos de aquellos ejercicios también formaban parte de mi rutina.

—Bueno, si quieres puedo echarte una mano.

—¡Oh, no querría molestarte! Tú también estás entrenando.

—No te preocupes, casi todos estos ejercicios están incluidos en mi tabla.

—Pues te lo agradezco. Por cierto, no me he presentado, me llamo Adrián.

—Yo, Irene —respondo estrechándole la mano.

A partir de ese momento, entrenamos juntos el resto del tiempo. Adrián empezó con ejercicios sencillos, con poco peso, mientras yo seguía mi rutina. Me gustaba ver que estaba motivado, y que seguía todas mis indicaciones al pie de la letra.

—¿Y a qué te dedicas? —pregunto con curiosidad, mientras le ayudo con uno de los ejercicios.

—Soy profesor de Matemáticas y Química en la universidad. ¿Y tú?

—¡Vaya! ¡Qué curioso! Yo también soy profesora, aunque de educación infantil. Trabajo en un colegio. ¿Y vives por aquí cerca?

Adrián asiente.

—Vivo a dos manzanas de aquí, cerca del centro comercial.

—Vivimos muy cerquita entonces. Yo comparto piso. ¿Tú también compartes?

Adrián niega con la cabeza.

—Vivo solo.

—¡Qué suerte tienes! Compartir es un asco. Aunque no me quejo, mi compañera es igual de desastrosa que yo.

—Yo compartí piso durante la universidad, y cuando estudié un año fuera. Y la verdad es que la experiencia en los dos casos no fue mala.

—¿Dónde estudiaste?

—Estuve un año en Berlín.

—Me encanta esa ciudad. Estuve hace muchos años y me quedé con ganas de repetir la visita. Cada vez que veo un documental o un programa de Españoles por el Mundo^[2], y sale Berlín, me muero por volver.

—Aún conservo amigos en la ciudad, así que, si voy de viaje, puedes unirte si quieres.

En ese momento, alzo una ceja, incrédula.

—¿Es eso una proposición? Porque, aunque creo que estamos yendo muy deprisa, estoy dispuesta a aceptarla.

De repente, Adrián me mira, nervioso, y se pone rojo como un tomate.

—Oye, que era una broma, no hace falta que dejes de respirar ni nada de eso —me apresuro a decir.

Él entonces se ríe a carcajadas y me contagia su risa. Noto que todo el mundo nos mira, extrañados, aunque eso no detiene nuestra diversión.

Finalmente, acabamos nuestro entrenamiento, y llega el momento de despedirnos. Nos encontramos en la recepción después de salir del vestuario.

—Ha sido un placer conocerte. ¿Te veré mañana? —le pregunto.

—¡Claro que sí! Tengo que seguir trabajando duro para conseguir el cuerpo de Chris Hemsworth.

Yo me río.

—Nos vemos mañana entonces, Thor.

Y dicho esto, me doy media vuelta y me marcho a mi casa.

Después de una refrescante ducha, preparo la cena mientras pienso en Adrián. Me había caído muy bien, parecía un tipo agradable, y me hacía mucha gracia su timidez. También era evidente que no tenía demasiada confianza en sí mismo, y por eso quería cambiar su aspecto, para ganar un poco de autoestima.

En realidad, me siento un poco identificada con él. En el pasado, yo también fui una persona insegura y llena de complejos, hasta que conseguí un cuerpo de infarto, y mucha seguridad en mí misma. Por eso, me gustaba la idea de poder ayudar a Adrián a alcanzar su objetivo. De repente, sonrío al pensar que volveré a encontrarme con él al día siguiente.

Capítulo 5

Adrián

Cuando Irene se despide de mí, la observo mientras se aleja, hasta que desaparece finalmente de mi vista.

—Veo que te llevas bien con mi hermana.

Me doy la vuelta y veo a Jorge, el socio de Víctor, que está ahí de pie, mirándome. Enseguida, no sé por qué, me pongo un poco nervioso, sobre todo al ver sus musculosos brazos. Su presencia me impone bastante.

—¿Tu hermana?

—Irene, sí. Es mi hermana. ¿No te acuerdas de ella? Asistió a la boda de Víctor. Allí os presenté —me explica en tono amable.

En ese momento, intento hacer memoria. Ese día conocí a mucha gente y no conseguía recordar a Irene. Seguramente, por aquel entonces, tenía un aspecto diferente.

—Pues ahora no caigo...

—En aquella época llevaba el pelo teñido, era pelirroja, y bueno, no estuvo mucho tiempo en la fiesta. Estaba con su acompañante un poco ocupada en otro sitio...

Después de darme esos datos, lo recordé todo. Además del pelo teñido, llevaba un vestido largo y ajustado de color violeta, e iba acompañada de un tipo muy guapo. Nos presentaron, y al momento, ella desapareció.

Recuerdo que apenas me fijé en nadie, porque Nerea, la chica de la que estaba enamorado en aquella época, me había acompañado a la boda, y no tenía ojos para otra.

—Lo recuerdo. Sí, estaba muy distinta. Ahora lleva el pelo castaño claro, por eso no la había reconocido.

—Es su color de pelo natural.

—Sí, es un color muy bonito.

Observo que Jorge me mira con suspicacia, algo que me pone más tenso de lo que ya estaba.

—Pero, oye, que yo no pretendo nada con tu hermana. Es muy maja, me estaba ayudando con mis ejercicios... ¡De gimnasia! No ha habido nada más. ¡Lo juro! —explico atropelladamente.

Jorge entonces se ríe a carcajadas.

—Tranquilo, hombre, no tienes que darme explicaciones. Además, mi hermana no me preocupa, sabe muy bien lo que se hace. En todo caso, el que estaría en peligro serías tú.

Yo frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

En ese momento, alguien me da una palmada en la espalda, y la sacudida que provoca aquel acto es tal, que hace que casi me caiga. De hecho, siento que el corazón y los pulmones se han movido de su sitio durante unos segundos.

—¿Cómo ha ido tu primer día? —pregunta Víctor, que había sido el causante de la sacudida.

—Bien, aunque con el golpe que me has dado casi no lo cuento —respondo.

—¡Venga ya! Si apenas te he rozado. Siento no haber podido estar todo el tiempo contigo, es que tenía que atender a otro cliente.

—Descuida, ha tenido una buena monitora—apunta Jorge.

Ante el comentario, Víctor me mira, extrañado.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Irene —contesta Jorge, cruzando los brazos sobre su pecho.

Noto que Víctor me mira de nuevo, esta vez con suspicacia.

—Interesante. Aunque extraño.

Me da la sensación de que me estoy perdiendo algo.

—¿Qué es extraño?

—Dame unos minutos, y salimos a tomar algo. Luego te lo explico todo —responde Víctor, dejando mi pregunta sin respuesta.

Diez minutos más tarde, estamos sentados delante de la barra de un bar cercano, con el ruido de las bulliciosas conversaciones y la musiquita de la máquina tragaperras como sonido de fondo. Nos acaban de servir unas cervezas, acompañadas de una ración de patatas bravas.

—Adrián, quiero hacerte una advertencia, porque te conozco desde hace mucho tiempo y sé cómo eres. —Se inclina un poco hacia mí y me mira a los ojos—. Escucha atentamente, y por favor, hazme caso: No te enamores de Irene.

Yo me quedo atónito ante esa advertencia, que considero bastante prematura.

—¡Pero si apenas la conozco! ¿Cómo has llegado a la conclusión de que

voy a enamorarme de ella?

—Porque te enamoras de cualquier mujer que centre su atención en ti durante más de cinco minutos.

Yo pongo los ojos en blanco y resoplo.

—Eres un exagerado.

Víctor se echa hacia atrás, y me mira, desafiante.

—Nerea, la conociste en Expo Manga, era dependienta en uno de los puestos, solo hablasteis durante cinco minutos sobre Dragon Ball, y cuando salimos de allí, me dijiste que había sido un flechazo.

Quiero protestar, pero sé que tengo las de perder porque la historia es cierta. Me enamoré de Nerea casi al instante, cuando empezamos a hablar de la colección de Dragon Ball que ella tenía en su casa. Conseguí volver a verla porque tenía la tarjeta de la tienda donde trabajaba. Y efectivamente, tampoco funcionó.

—En segundo de bachillerato, Aitana, del equipo de baloncesto femenino. Te ayudó a recoger tus apuntes, que se te habían caído después de tropezar. Solo hablaste un minuto con ella, y saliste del instituto, dando saltitos como si fueras Fred Astaire, mientras me decías que habías encontrado al amor de tu vida. Y solo porque te había sonreído, o algo así.

—Me sonrió. Levantó el labio superior y me enseñó los dientes—
puntualizo.

—Y ya no hablemos de Lorena. Ni siquiera la habías visto en persona, y ya me hablabas de pedirle ir en serio.

—Es que conectábamos muy bien, de verdad.

Víctor sonríe y niega con la cabeza. Parece que le hace gracia lo que he dicho. Entonces, me mira de nuevo, serio.

—La cuestión es, que siempre te precipitas. Y antes de que metas la pata, y acabes enamorado, llorando por las esquinas, prefiero advertirte.

—Pero ¿qué ocurre con Irene? ¿Tiene una enfermedad contagiosa o algo así?

—No es eso.

—Entonces, explícate —le exijo.

Víctor lanza un sonoro suspiro.

—Irene no busca tener una relación seria. De hecho, nunca la ha tenido. Solo tiene líos de una noche. No se ata a nadie. Eso es lo que ocurre.

—Bueno, a lo mejor es que no ha conocido al hombre indicado.

—No le interesa y punto. Además, ni siquiera querría tener un lío contigo.

No eres su tipo. Solo sale con tíos buenos sin cerebro.

La verdad es que me decepciona un poco saber eso.

—Así que es una persona superficial.

—Yo no lo diría de esa forma. Irene es una mujer fantástica, una gran amiga, buena persona, inteligente, divertida. Puedes contar con ella siempre, pero en cuanto a relaciones sentimentales se refiere, digamos que no busca conocer a alguien profundo. Total, para lo que va a hacer, le vale.

Yo tuerzo el gesto, y me encojo de hombros.

—De acuerdo. Entonces, descuida, no la miraré con ojos de enamorado.

Regreso a casa y después de cenar, me meto en la cama totalmente agotado. La verdad es que ahora empiezo a notar en mi cuerpo el esfuerzo y el trabajo duro. Finalmente, cierro los ojos y pienso en la conversación que he tenido con Víctor.

Lo cierto es que no se equivocaba. Soy una persona enamoradiza, y eso me solía traer problemas. Conocía a una chica, conversábamos y acababa enamorándome sin darme cuenta. Pero ella de mí no, y luego venía el desengaño. Con Lorena me había sucedido lo mismo. Hablando durante tanto tiempo por Internet, me cree una idea en la cabeza y cuando nos vimos, resultó que me equivoqué.

Solo había tenido dos relaciones serias en mi vida, y no habían durado ni un año. Mi primera novia fue Nadia, éramos compañeros en algunos de los cursos de la universidad. Nos acercamos poco a poco, nos hicimos amigos, y acabamos liándonos. Con ella perdí mi virginidad. Pensaba que estábamos hechos el uno para el otro, y fui el hombre más feliz del mundo durante los seis meses que duró lo nuestro. Sin embargo, su ex apareció en escena, y ella me confesó que se había liado conmigo por despecho.

Recompuse mi corazón, y volví a enamorarme después de ser durante mucho tiempo el amigo especial de todas las mujeres de mi vida. Conocí a Nerea en Expo Manga, y enseguida encontramos cosas en común. Me bastaron pocos minutos de conversación para soñar con ella. Volvimos a vernos y parece que la cosa podía funcionar, incluso me acompañó a la boda de Víctor y Elisa.

Sin embargo, después de cinco meses, me dijo que no estaba preparada para ir más en serio y que prefería ir por libre. Más tarde, me enteré de que se había ligado a un guapo bombero y que iban a casarse, tras haber estado saliendo solo durante tres meses. Vamos, que fui un novio de transición.

Y hoy con Irene, bueno, yo no diría que me he enamorado de ella, pero sí

me ha dejado deslumbrado. Un cuerpo escultural, una cara bonita, y una actitud simpática y algo gamberra. Lo primero que me sorprendió fue la confianza en sí misma que desprende. Se nota a primera vista.

Yo, como un estúpido, intenté impresionarla haciéndome el fuerte. Sin embargo, me alegra que haya sido honesta y me haya puesto en mi sitio. No quiero convertirme en algo que no soy. Ahora que sé que ella no busca pareja, no me haré ilusiones. No obstante, quiero ganarme su amistad, porque me ha caído muy bien y me ha ayudado mucho.



Al día siguiente, me levanto con todo el cuerpo dolorido. Las agujetas se han adueñado de mi cuerpo, y durante todo el día hago esfuerzos para combatir el dolor. Estuve a punto de tirar la toalla, pero decidí acudir al gimnasio a la misma hora. No podía rendirme a la primera de cambio.

Nada más entrar, observo a Irene a lo lejos, corriendo en la cinta. Me ve y me sonrío. Es entonces cuando me acerco a ella.

—Veo que tú ya estás entrenando.

—Me quedan solo cinco minutos, ve calentando y empezamos —me indica con la voz entrecortada.

Yo obedezco, voy al vestuario, dejo mi mochila en la taquilla, y me dirijo a la zona de musculación, donde comienzo a calentar como me había enseñado Víctor el día anterior. Justo cuando termino, Irene ya está a mi lado, preparada para empezar. Cuando me pongo a ello, el dolor se agudiza y me cuesta hacer los ejercicios.

—Tranquilo, es normal. Para combatir las agujetas debes hacer más ejercicio. El cuerpo se acostumbrará.

—Deduzco que hace tiempo que no tienes agujetas.

Ella se ríe.

—Desde hace unos diez años.

—Oye, me dijo Víctor que ya nos conocíamos. Fue en su boda.

Irene me mira con el ceño fruncido.

—¿Ah, sí?

—Soy amigo de Víctor desde hace años. Por lo visto nos presentó en su boda, pero yo tampoco me acordaba. Curioso ¿verdad?

—Pues la verdad es que sí. Vaya, el mundo es un pañuelo—sentencia, sonriente.

—Recuerdo que estabas acompañada ese día, y llevabas el pelo teñido.

—Sí, fue una fase.

Yo alzo una ceja ante el comentario.

—¿Teñirte el pelo o el acompañante?

Ella vuelve a reírse.

—Ambos.

Yo sonrío ante su respuesta. Nos quedamos en silencio unos segundos, y al momento, Irene vuelve a hablar.

—Oye, por curiosidad, ¿cuántos años tienes? Es que pareces muy joven.

—Tengo treinta y cuatro.

Ella abre mucho los ojos, sorprendida.

—¡Vaya! Así que eres tres años mayor que yo. No me lo esperaba.

—Suelen decirme eso. Por lo visto, aparento menos edad.

—Desde luego que sí. Pensaba que eras más joven que yo —asevera—.

Oye, ¿cómo os conocisteis Víctor y tú?

—En el instituto. Ambos estábamos en el mismo curso, pero en clases distintas. Víctor era uno de los malotes y yo de los empollones. Curiosamente, éramos vecinos, y, sin embargo, no teníamos relación. Como él iba muy mal en los estudios, sus padres se reunieron con los míos, y decidieron que yo me encargara de ayudarle. Así que, me convertí en su profesor particular. Gracias a ello, descubrí que Víctor no era un mal tipo y nos acabamos haciendo amigos. A partir de entonces, se convirtió en mi protector. Y menos mal, porque se metían mucho conmigo.

—Yo odiaba el instituto. Es la peor etapa de mi vida. Incluso cuando adelgacé y dejaron de meterse conmigo. Simplemente no encajaba.

—¿Se metían contigo? —pregunto, incrédulo, observando su perfecta figura.

—Sí, cuando estaba gorda. Ya sabes, los típicos graciosos.

Vaya, parece que teníamos algo en común. Aún recuerdo perfectamente cómo me sentí entonces, y sí, para mí también fue una etapa que prefería olvidar.

—Te comprendo perfectamente. ¿Y tú cómo conociste a Víctor?

—A través de mi hermano, cuando ambos estudiaban Educación Física. Recuerdo que, en aquella época, Víctor era muy distinto.

—Sí, siempre iba de flor en flor. Sin embargo, cuando conoció a Elisa, cambió.

—Lo que no sé es cómo se conocieron. Me contó que los presentó un amigo.

Me la quedo mirando, y ella parece entender lo que quiero decir.

—¿Fuiste tú? —pregunta, emocionada.

—¡Exacto! Elisa y yo nos conocíamos porque solíamos jugar juegos de rol en un club todos los viernes por la noche. Nos hicimos buenos amigos, y le presenté a Víctor.

—Así que te van los juegos de rol. ¿Y qué me dices de los videojuegos?

—Mi primera consola fue la Nintendo 64. Y soy fan de *The Legend of Zelda*.

Irene me mira, asombrada.

—Me encanta ese juego. ¿Y tienes Playstation 4?

Yo asiento enérgicamente.

—¡Sí! Ahora estoy jugando al *Uncharted 2*. Era un juego que tenía pendiente.

—¡Madre mía! Es un juegazo. Bueno, no te cuento nada, espero a que lo termines. Yo ahora estoy jugando por tercera vez el *Majora's Mask* en mi 3DS. No tengo consolas de sobremesa porque no tengo sitio. Tengo que ir a casa de mi hermano si quiero jugar a la Play.

—Bueno, si te apetece, puedes venir a mi casa a jugar algún día. Tengo muchos juegos.

—¿De verdad? —pregunta ella, sonriente—. Entonces, te doy mi número y quedamos un día de estos.

Se dirige a la mesa de recepción, y regresa rápidamente con un papel y un bolígrafo. Apunta su número en el papel, mientras yo la miro sin creerme lo que acaba de suceder. No solo era maja, sino que compartíamos la misma afición por los videojuegos.

De repente, noto que mi corazón empieza a dar saltos de alegría, mientras ella me entrega el papel con una enorme sonrisa.

—Aquí lo tienes. Mándame luego un mensaje y lo guardo.

Así lo haría. Después de terminar el entrenamiento, regreso a casa y le mando un mensaje, al cual ella responde rápidamente: <<Recibido y guardado :)>>. Yo simplemente sonrío ante aquellas simples palabras. Parece ser que Irene y yo empezábamos a conocernos mejor. Y de repente, me di cuenta de que estaba deseando saber más de ella. ¡Pero solo como amigo! Única y exclusivamente como amigo.

Capítulo 6

Irene

Son las ocho de la mañana de un viernes de principios de noviembre, y en esta época, ya hace bastante frío en Madrid, así que los guantes, la bufanda y el gorro de lana son complementos de uso obligatorio. El cielo está algo nublado, y da la impresión de que está a punto de llover.

Entro en la sala de profesores de primaria y educación infantil, donde ya hay algunos compañeros. La estancia es grande y espaciosa, y la luz entra por tres enormes ventanas. Hay una mesa alargada en forma de L, donde nos sentamos, preparamos los materiales que usamos en las clases o corregimos los trabajos de los alumnos.

En la sala tenemos un rincón con una cafetera y un armario pequeño, donde guardamos bollos y otros dulces que cada uno va trayendo para compartir. Así podemos tomar un tentempié de vez en cuando. Al fondo, hay una fila de armarios grandes, donde siempre guardamos nuestras pertenencias.

Me siento al lado de Nuria, una de las profesoras de primaria, que, en ese momento, está revisando unos deberes, y me saluda con la mano, dándome los buenos días. En el otro extremo está Gutiérrez, otro profesor de primaria, con sus gafas de montura metálica, y su jersey de punto con coderas. Él era un maestro de la vieja escuela.

Saco de mi mochila mi carpeta, mi agenda y un cuaderno, donde tenía escrito el programa del día y los horarios. Cojo un bolígrafo, y empiezo a revisar todo el material que había preparado para las clases de ese día. Mientras estoy inmersa en esa tarea, entra mi compañera de educación infantil, Virginia, que daba clases en el aula de al lado. Nos habíamos hecho buenas amigas desde que nos conocimos hace ya ocho años. No obstante, las dos entramos a trabajar en el colegio el mismo día.

—¡Buenos días a todos! —nos saluda con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días —respondo.

—¿Ha pasado algo bueno? Pareces contenta —comenta Gutiérrez.

Virginia suspira, soñadora.

—El amor es el culpable.

Los tres nos miramos, y nos reímos discretamente. Virginia llevaba dos

semanas saliendo con un actor, Leandro, que formaba parte de una compañía teatral de corte moderno y trasgresor. Me lo presentó hace una semana, y me causó buena impresión, aunque siempre parecía estar en las nubes.

Virginia se sirve un café, y después se sienta a mi lado.

—¡Toma! Dos entradas para el estreno de una gran obra. De Shakespeare, nada más y nada menos —dice, poniendo las dos entradas sobre mi cuaderno.

Leo el nombre de la obra, estrechando la mirada.

—Hamlet 2.0.

Entonces, miro a Virginia con suspicacia, y ella carraspea.

—Es una versión moderna y tecnológica de Hamlet. Habla de la destrucción del ser humano por culpa de las redes.

En ese momento, puedo escuchar las sutiles risas de mis compañeros.

—Así que Hamlet en versión digital. Ya veo...

—Es la primera obra que va a dirigir Leandro. Va a ser genial. Por eso, he pensado que podrías ir al estreno, y llevar a alguien contigo...

—Vamos, que la gente está como loca por ir a ver la obra, y soy una privilegiada por tener estas entradas.

Virginia se muerde el labio inferior.

—Bueno, dejémoslo en que te va a salir gratis. Además, las entradas teatrales son muy caras, deberías alegrarte.

—No creo que sea para mí, Virginia —digo, torciendo el gesto.

De repente, ella me agarra del brazo, y me mira fijamente a los ojos, suplicante.

—Por favor, necesito gente que haga bulto, sino suspenderán el estreno, y sería muy injusto. Haré lo que quieras, te invito a cenar, a comer. ¡Lo que quieras!

—Pues si es así, yo también me apunto —espetea Nuria, divertida.

Yo suspiro con resignación. Aunque no me apetecía, tampoco quería perjudicar a nadie.

—De acuerdo, veré a quien puedo convencer para que me acompañe.

Virginia me da un sentido abrazo.

—¡Gracias! Te lo compensaré, lo prometo. Es mañana en la sala Calypso, en Moncloa, a las seis de la tarde. Bueno, ahora me voy.

Y así, como si fuera un torbellino que arrasa todo a su paso, se va de la sala de profesores. Yo miro las entradas, saco mi teléfono, y empiezo a escribir a mis contactos, con la esperanza de encontrar a alguien que quiera acompañarme a ver Hamlet 2.0.

Pasaron las horas y todas las respuestas fueron negativas. Todo el mundo tenía una excusa perfecta. Que si mi hijo tiene un partido, que si comemos en casa de mis suegros, que si ya he quedado para ir al cine. Al final, me tocaría ir sola.

Por la tarde, entro en el gimnasio, algo desanimada, y agotada después de una jornada ajetreada. En educación infantil nunca había un día tranquilo.

Una vez salgo del vestuario, me reúno con Adrián, que ya está calentando, como siempre.

Nuestros encuentros se habían convertido en una rutina divertida y amena. Adrián es un tipo simpático y un gran conversador. Nunca me aburro con él.

Al verme, me sonrío, y debo admitir que su sonrisa me parecía muy bonita, al igual que sus ojos, de color verde.

—¡Buenas! ¿Qué tal el día? —me pregunta, animado.

Yo sonrío, aunque no estoy del todo contenta.

—Bien, cansada, pero bien. Lo de siempre.

Observo que Adrián me mira con suspicacia.

—Pues te noto desanimada.

Yo suspiro con resignación.

—Bueno, es que mañana tengo un compromiso, y no tengo muchas ganas de ir. Además, tendré que hacerlo sola, porque todo el mundo tiene planes.

—¿De qué se trata?

—Una compañera de trabajo, Virginia, tiene un novio actor. Trabaja en una compañía que hace obras modernas y adaptaciones de clásicos un tanto curiosas.

Adrián asiente.

—Entiendo.

—Pues bien, me ha regalado entradas para ver la obra Hamlet 2.0.

En ese momento, Adrián alza una ceja.

—¿Hamlet 2.0? Parece interesante...

Yo me río ante el comentario.

—En fin. La obra se representa mañana, y me va a tocar ir sola. Todo el mundo tiene planes.

—Bueno, si quieres puedo acompañarte. No tengo planes para mañana.

Yo le miro, esperanzada.

—¿En serio?

Adrián sonrío, y asiente.

—Sí, no hay problema. Además, ahora siento curiosidad por saber de qué

va el tema. Y Shakespeare me gusta.

Yo sonrío, aliviada. Era simplemente perfecto.



Quedamos en la entrada del metro de Ciudad Lineal, en la calle Alcalá. Adrián llega puntual a la cita, y nos metemos rápidamente en el metro para resguardarnos del frío.

Para la ocasión, visto un pantalón negro de vestir, camisa fucsia y un abrigo largo negro, con botines a juego. Adrián lleva pantalones grises, chaqueta larga negra y camisa de color azul claro. La verdad es que me parece que está muy guapo. Elegante pero informal.

Entramos en el vagón y conseguimos sentarnos enseguida.

—Así que te gusta Shakespeare. ¿Alguna obra en particular? —pregunto.

—Hamlet es mi favorita. Mis padres tienen una colección de obras completas de la literatura, y en un volumen están todas las tragedias de Shakespeare. Leí Hamlet por primera vez en la adolescencia y me encantó.

—Pues tengo la impresión de que esta noche vas a sufrir, porque van a destrozarnos Hamlet.

Adrián se ríe ante mi ocurrencia.

—¿Y a ti?

—Mi obra preferida es El Rey Lear. Me gusta el hecho de que trate temas como la vejez, la locura y la ingratitud de la propia familia. Son cosas que forman parte de nuestra vida, y podemos sentirnos identificados con ese tipo de situaciones.

—La verdad es que los temas que trata Shakespeare son atemporales. Esos mismos problemas que se plantean en sus obras, existen hoy en día.

Yo asiento, porque estoy totalmente de acuerdo con lo que acaba de decir.

—Ahí reside su genialidad.

Llegamos a la sala Calypso, y después de mostrar nuestras entradas al acomodador, nos sentamos en las butacas asignadas. La sala no es muy grande, y tiene un pequeño escenario al fondo. Nuestros asientos están en segunda fila, así que podemos ver el espectáculo sin problemas.

Giro la cabeza y miro a nuestro alrededor, esperando ver a Virginia. Encuentro que la sala está bastante llena, aunque no al completo. Entre el público hay muchos estudiantes universitarios, cada uno vestido según las normas de sus respectivas tribus urbanas: emos, punks, otakus, góticos, hippies, hípsters con gafas de pasta sin cristal y con barba.

Hay otros estudiantes que no forman parte de ninguna tribu urbana, y que, por lo tanto, no llevan vestimenta distintiva.

También hay un grupo de jubiladas, con el moño recién peinado, y pintadas como una puerta. Seguramente sean parientes de algún miembro de la compañía y vienen a hacer bulto como nosotros.

Observo a Virginia entrando en la sala, y al verme, me saluda con la mano. Se acerca a nosotros rápidamente, porque la obra está a punto de empezar, y se sienta a mi lado.

—¡Gracias por venir!

—Veo que la sala está casi llena —comento.

Ella se encoge de hombros.

—Bueno, al menos no está vacía, que es lo que importa.

Entonces, Virginia mira a Adrián, y enseguida caigo en la cuenta de que no los he presentado.

—Virginia, este es mi amigo Adrián. Adrián, Virginia.

Ambos se estrechan la mano.

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo. Y gracias por venir. Espero que os guste la obra— responde Virginia.

En ese momento, se apagan las luces, y a continuación, comienza a sonar una música de violín un tanto triste y trágica. Empezaba el espectáculo. Los actores vestían trajes de corte vanguardista y de colores chillones que dañaban la vista.

El escenario estaba casi desnudo, porque según nos explicó Virginia, Leandro quería que el público se centrara en los actores. Era Hamlet estilo futurista, con algunos cambios en el guion original.

La acción no transcurría en Dinamarca, sino en Internet, y en vez de la muerte de su padre, todo giraba en torno a una discusión en Twitter. Problemas del mundo real o algo así. Yo miraba a Adrián de vez en cuando para ver sus reacciones. Parecía muy interesado en lo que estaba sucediendo sobre el escenario, y se mostraba pensativo. Quizás estaba intentando comprender lo que estaba presenciando.

Termina finalmente la obra, y Virginia nos conduce a los camerinos, donde Leandro nos recibe vestido con su traje negro ajustado, lleno de trozos de tela plateada, sombra negra en los ojos y labios pintados de morado. Él era el Hamlet moderno.

—Felicidades, Leandro. Ha sido... Curioso —digo, intentando ser

amable.

Él parece complacido, aunque no dice nada.

—¿Profesor Lozano?

Me giro, y veo a una pareja de chicos jóvenes mirando a Adrián con admiración.

—Sí, soy yo. ¿Nos conocemos? —responde.

—Somos María y Raúl, de segundo —explica el chico.

Adrián los mira, sorprendido.

—¡Pero bueno! ¿Vosotros habéis participado en la obra? Es que no os he reconocido con el maquillaje. ¡Qué sorpresa! No sabía que hacíais teatro.

—Bueno, hacemos esto de vez en cuando, como hobby. No sabíamos que le gustaba el teatro moderno, profe —comenta el chico.

Adrián se encoge de hombros.

—Pues ya veis, aquí estoy. He venido con una amiga. Oye, me ha encantado, habéis estado muy bien haciendo de... ¿De qué hacíais?

Los dos se ríen.

—Yo de sirvienta y Raúl de mensajero.

Adrián asiente.

—Ahora lo recuerdo. Pues eso, que habéis estado muy bien.

En ese momento, me mira y dice:

—Chicos, os presento a Irene, ella es la que me ha invitado a ver la obra. Irene, estos son Raúl y María, alumnos míos de la facultad.

—Encantada —respondo, sonriente.

—Igualmente. Oye, ¿os apetece tomar algo? Vamos a ir todos a un bar que está aquí al lado, sirven unas tapas estupendas —propone María.

Los dos nos miramos y asentimos. Parecía un buen plan.

—De acuerdo. Virginia, Leandro, os esperamos en el bar—digo yo, mientras caminamos por el pasillo de los camerinos en dirección a la salida.

Estuvimos el resto de la velada en el bar charlando, mientras degustábamos unas deliciosas tapas y bebíamos. María y Raúl me hablaron del trabajo de Adrián como profesor. Solo tenían buenas palabras para él.

—Es exigente. Siempre busca lo mejor de ti, y hace que te motives. Algo que parece aburrido, lo convierte en lo más interesante del mundo —me explica María.

—Vaya, y eso que parece tímido.

—¡Y lo es! Pero cuando se pone delante de nosotros en clase, deja su timidez a un lado. Es un tipo genial. Un maestro con verdadera vocación.

Yo sonrío al comprobar el aprecio que sienten sus alumnos por él. Ojalá los míos me recuerden con tanto cariño en el futuro.

A las once nos despedimos de todos, y cogemos un tren de regreso a casa.

—Tus alumnos te aprecian mucho—comento mientras vamos sentados en el tren.

Adrián me mira.

—Eso parece. Yo también los aprecio.

—¿Por qué decidiste hacerte profesor?

—A raíz de dar clases particulares a Víctor. Conseguí que aprobara todo, y me di cuenta de que me gustaba enseñar. Aunque a mi padre le habría gustado que me dedicara a la investigación.

—¿A qué se dedican tus padres?

—Mi padre es botánico. Lleva a cabo proyectos de investigación relacionados con la mejora de los cultivos y la vida de las plantas. Siempre está metido en el laboratorio. Y mi madre es médico, especializada en neurología.

—¡Vaya! Así que tu amor por la ciencia viene desde la cuna.

Adrián sonríe.

—Así es. Pero yo me salí de la senda, y preferí dedicarme a la enseñanza. ¿Y tus padres? ¿A qué se dedican?

—Mi padre se jubiló hace un año, pero trabajó primero como ejecutivo en una empresa de comunicación, y después, cuando se fue a vivir a Cantabria, estuvo sus últimos años en una empresa de marketing, en el mismo puesto. Y mi madre también está jubilada, antes trabajó como administrativa.

—¿Y por qué te decidiste por la enseñanza?

—Siempre quise ser maestra, desde niña. De hecho, cuando jugaba con mis muñecas, ellas eran mis alumnas y yo la profesora.

—Debe ser agotador trabajar con niños tan pequeños.

—Sí, es agotador, pero nunca tengo tiempo de aburrirme. Eso es lo que más me gusta. Además, en el fondo, yo también soy un poco niña, así que, los entiendo. Admiro su honestidad y su inocencia. Son cosas que solemos perder con la edad.

—Estoy totalmente de acuerdo con eso.

—¿Y a ti te gustan los niños?

—Sí, la verdad es que me gustaría algún día formar una familia. Aunque no estoy muy seguro de que eso sea posible por ahora.

Noto una enorme sensación de tristeza y derrota en ese último comentario.

—Bueno, eso nunca se sabe. Seguro que conocerás a alguien con quien cumplir ese sueño.

Adrián suspira.

—Ya, eso pensaba yo, pero...

Yo le miro, entrecerrando los ojos.

—¿Pero...?

—No soy la clase de hombre que despierta pasión entre las mujeres.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. Además, me lo han hecho saber hace poco tiempo. Por eso me apunté al gimnasio, para mejorar en ese aspecto.

Yo me giro hacia él y lo miro fijamente.

—Explícame eso, que no lo entiendo.

Él se masajea la nuca, nervioso.

—Hace una semana, tuve una cita con una mujer que conocí en Internet. Jugábamos online en el World of Warcraft, nos hicimos amigos y empezamos a conocernos. A mí me gustaba, aunque por aquel entonces ella tenía novio. Sin embargo, hace poco lo dejaron, así que decidí lanzarme y proponerle una cita. Entonces, quedamos, y pensé que todo había ido bien. Charlamos, nos reímos. Había buen ambiente entre nosotros, y a mí me gustaba incluso más que antes. Al terminar, le propuse prolongar la cita, y ella se negó, diciéndome lo siguiente, y cito textualmente: “Mira, te voy a dar un consejo. Cambia tu cuerpo, haz ejercicio. Tienes pinta de empollón. Eres muy majo, pero no eres nada sensual. Te falta sex-appeal. Si cambias eso, las chicas empezarán a tomarte en serio.”

Al escuchar esto, me siento totalmente indignada. ¿Cómo puede alguien hacer esos comentarios tan hirientes y malintencionados?

—¡Esa chica es una imbecil! El problema lo tiene ella en el cerebro. ¿De qué va? Tú no tienes que cambiar nada, eres un tipo estupendo.

Adrián me mira con pesar, y siento una punzada de dolor en el pecho. ¡Qué mirada tan triste!

—Irene, te lo agradezco, pero es la verdad. A todas os gustan los tipos seductores, con músculos y tipazo. Y yo no soy así. Soy un enclenque, un empollón, un espárrago andante.

Ahora sí que estoy enfadada.

—¡Me niego a que hables así de ti mismo! Mira, te voy a decir algo. He salido con esa clase de tíos que tú describes. Y ¿sabes una cosa? Me he aburrido como una ostra estando con ellos. Ni conversación, ni intereses

comunes. Al final, todo se reducía al sexo. Y si te he visto no me acuerdo. En esta vida, no todo gira entorno al aspecto físico. Uno necesita tener cerebro.

—¿Y entonces por qué salías con ellos?

—Porque no busco nada serio, Adrián. Yo no soy de las que se enamoran. De hecho, te diré que llevo dos meses sin liarme con nadie porque me aburre tener que ligar con tipos así. Ellos tampoco miran más allá de mi físico, es decir que, en realidad, buscamos lo mismo. Pero yo creo que eres un tipo genial, y estoy segura de que hay alguien por ahí que será capaz de mirar más allá del físico. Así que, no desesperes y no te dejes llevar por la opinión de una idiota.

—Gracias, Irene.

En ese instante, Adrián me sonrío, y puedo ver cómo se ilumina su mirada. De repente, noto que mi pulso se acelera, y no entiendo por qué. Aparto la mirada, y fijo la vista en el asiento vacío que tengo delante.

Había sentido una gran impotencia y un enorme enfado al escuchar lo que esa idiota le había dicho. En ese momento, un amargo recuerdo ensombreció aquel instante, recordándome que yo también fui como Adrián una vez. Sacudo la cabeza intentando olvidar aquel terrible recuerdo de mi adolescencia. No iba a permitir que otro pasara por lo mismo.

Capítulo 7

Adrián

Es domingo, y hoy he quedado con Víctor y Elisa para tomar el aperitivo. Antes, iríamos al parque de La Quinta de los Molinos a dar un paseo con Yolanda, aprovechando aquella mañana fría pero soleada.

El parque fue creado a mediados del siglo XIX, y fue propiedad del marqués de Suances hasta que el ayuntamiento de la ciudad se lo quedó, permitiendo así que los habitantes de Madrid pudieran visitarlo. Es un lugar tranquilo y encantador, perfecto para dar largos paseos.

Mientras caminamos, las hojas esparcidas sobre el suelo de adoquines que hay en el camino crujen bajo nuestros pies. Víctor empuja el carrito en el que va sentada Yolanda, que lo observa todo con ojos curiosos: los perros que pasean con sus dueños, los pájaros que se posan sobre los árboles. Mientras, Elisa camina a mi lado.

En este momento, yo estoy contándoles cómo había sido mi encuentro con Irene la noche anterior.

—Fuimos a un bar de la zona, donde sirven unas tapas buenísimas. Allí estuvimos charlando entre risas. Fue muy divertido.

—Bueno, me alegra que te divirtieras. Aunque estoy algo sorprendida. No sabía que tuvieras una relación tan estrecha con Irene —comenta Elisa.

—Es muy maja y nos llevamos muy bien. Aunque no sé si sería correcto decir que tenemos una relación estrecha.

—Espero que no hayas olvidado mi advertencia —dice Víctor, mirándome con severidad.

Yo pongo los ojos en blanco, mientras Elisa nos mira a los dos, desconcertada.

—¿Qué advertencia?

—Que no debo enamorarme de Irene bajo ningún concepto —contesto.

Ella resopla y se ríe.

—¡Eso es una tontería! Por mucho que lo intentes, no puedes controlar de quien te enamoras. Además, ¿por qué le has dicho eso? —pregunta, mirando a Víctor.

—Porque sé que Irene no se va a enamorar de él.

—¿Y por qué no? ¿Tú qué sabes?

—Porque la conozco desde hace años, Elisa. Según me dijo Jorge, tiene una especie de trauma o algo así, y huye del compromiso desde entonces.

Esto último capta mi interés, y me animo a preguntar.

—¿Un trauma? ¿De qué se trata?

Víctor traga saliva, mientras le miramos, expectantes.

—No lo sé exactamente —contesta, aunque conociéndole, sé que miente.

En ese momento, vemos a lo lejos a una pareja que va paseando con un perro pequeño. Víctor reconoce a ambos enseguida. Son Jorge y su mujer. Minutos después, llegan hasta nosotros y nos saludan.

—¡Chicos! ¿Qué hacéis por aquí? —pregunta Jorge, sonriente.

—Hemos venido a dar un paseo con la niña—responde Elisa.

De repente, el perrito que va con ellos empieza a tirar de la correa y se dirige a mí, mientras la mujer de Jorge intenta sujetarlo. Llega hasta a mí, y apoya las dos patas sobre mis piernas. Está claro que busca mi atención. Me agacho un poco y le acaricio el lomo.

—Hola, pequeñajo. ¿Cómo te llamas?

—Se llama Maco. Y yo soy Carla. Tú debes ser Adrián ¿cierto?

Yo me levanto y la miro con curiosidad.

—Encantado. ¿Cómo has sabido que era yo?

—Me lo ha dicho Jorge al veros desde lejos. Sé que conoces a mi cuñada.

Yo sonrío.

—Así es. Oye, Maco es muy bonito. Parece joven.

—Tiene dos años y medio.

Miro a Maco con ternura, y él empieza a dar saltos de alegría. Mientras tanto, Yolanda nos observa y se ríe.

—Tienes cara de travieso —le digo, mientras él me mira con cara de felicidad.

—Le gustas, está claro. Maco suele ser bastante selectivo con los desconocidos.

—Entonces, me siento afortunado por ser parte de los elegidos.

Mientras Jorge charla con Elisa y Víctor, reanudamos la marcha.

—Así que, te llevas bien con Irene —comenta Carla.

—Sí, es muy simpática.

—Es un torbellino, siempre lo ha sido.

—¿La conoces desde hace mucho?

—Desde que éramos niñas. Nuestras abuelas eran vecinas en el mismo edificio. Irene y yo éramos uña y carne. Siempre fue muy simpática, y una romántica empedernida.

Esto último me sorprende un poco.

—¿De verdad?

Carla se ríe.

—Lo sé, ahora ya no es una romántica, pero antes lo era. Recuerdo que solíamos ver películas románticas y leíamos historias de amor. Jane Eyre, Orgullo y Prejuicio, Cumbres Borrascosas. Le encantaban esas novelas. Sin embargo, parece ser que ya no. Ahora prefiere el cine de terror y las historias lúgubres.

—¿Y qué la hizo cambiar tanto?

Carla se encoge de hombros.

—Nunca habla de ello. Fue durante la adolescencia. Ya sabes que esa es una etapa de cambios para todos.

—Sin duda.

Durante el resto del trayecto, y después en el bar donde tomamos el aperitivo, Carla y yo hablamos de todo un poco. De nuestras respectivas profesiones, de cómo se reencontró con Jorge y acabaron casándose, y de Irene.

—De pequeños, Jorge y ella estaban gorditos. A mí me parecían adorables. Siempre sonreían y se mostraban alegres, a pesar de que algunos idiotas se metían con ellos. A Irene le encantaba comer dulces de todo tipo, sobre todo, si tenían chocolate. Era su perdición.

Yo no soy capaz de imaginarme a Irene con unos kilos de más, sobre todo, viendo lo disciplinada que es.

—Nos divertíamos muchísimo. La verdad es que tuvimos una infancia maravillosa. Oye, ahora que lo estaba pensando. Dentro de una semana es el cumpleaños de Irene y queremos organizarle una fiesta sorpresa en casa. ¿Te apuntas?

Yo me quedo sin saber qué decir.

—No sé, a lo mejor ella no quiere invitarme.

—¡Tonterías! Tienes que venir.

Intento buscar una excusa, pero no encuentro ninguna.

—Bueno, ¿y qué puedo regalarle?

Observo que Carla pone gesto pensativo.

—Quizás algo relacionado con los videojuegos. Le encantan.

Pues ya estaba hecho. Estaba invitado al cumpleaños de Irene, así que ahora tocaba averiguar qué iba a regalarle.

Después del aperitivo, me despido de todos, y me dirijo a casa de mis padres, con los que había quedado para comer. Mis padres viven cerca de la plaza de Manuel Becerra, en un apartamento muy grande con tres habitaciones, salón-comedor enorme, dos baños, amplia cocina y terraza. Compraron la casa poco antes de que yo naciera, y viví allí hasta que me independicé.

Entro en casa, y mi madre me saluda dándome un beso en cada mejilla. Lleva su pelo recogido en una coleta perfecta, maquillaje suave y viste informal pero elegante, con unos pantalones grises y un jersey negro de cuello alto. Al instante, aparece mi padre desde el fondo del pasillo que conduce al salón, y me da un rápido abrazo, acompañado de una ligera palmadita en la espalda.

—Pasa, cariño, debes estar helado —me dice mi madre, mientras yo me quito el abrigo.

—Sí, hace bastante frío, pero aquí se está bien.

—Hemos puesto la calefacción a la temperatura idónea, 22°C. Evitamos congelarnos y conseguimos no enfermarnos por exceso de cambio de temperatura —explica mi padre.

Tanto mi padre como mi madre tienen algún tipo de manía, costumbre o conducta con las que he tenido que lidiar toda mi vida, y que han influido de alguna manera en mi carácter. Mi padre siempre busca la perfección en todo. En su trabajo, en casa, en la temperatura del termostato.

De niño, me exigía ser el mejor en cualquier cosa que hiciera, aunque no siempre era capaz de cumplir sus expectativas. Cuando eso ocurría, mostraba su enfado simplemente con una mirada severa, y no dejándome hacer lo que me gustara durante un corto período de tiempo.

Mi madre, por otro lado, es una maniática de la limpieza. Limpia de forma compulsiva. Para ella es inconcebible que haya una sola mota de polvo en la casa. Es más, siempre lleva toallitas limpiadoras en el bolso cuando salimos a algún sitio. Según ella, los baños y lavabos de los lugares públicos o de las casas de sus amigos y allegados nunca están libres de gérmenes, y es necesario darles un repaso. Vamos, que he salido medio normal de milagro. Por lo demás, son padres de lo más comunes.

Nos sentamos a la mesa, y comenzamos a comer, mientras charlamos. Mi madre ha preparado cocido madrileño, plato perfecto para entrar en calor.

—Te veo más fuerte. ¿Has ganado peso? —pregunta mi madre.

—Estoy yendo al gimnasio.

Mis padres me miran, sorprendidos.

—Pero si tú siempre has sido un desastre para el ejercicio físico —dice mi padre, incrédulo.

—Bueno, la gente cambia con los años.

—Yo creo que es por algún motivo concreto. ¿Una mujer, tal vez? —pregunta mi madre con suspicacia.

Yo no respondo, y desvío la mirada hacia mi plato.

—Hijo, deberías hacerlo por ti mismo y no por otra persona. Esos son motivos estúpidos, muy propios de una sociedad consumista e individualista —afirma mi padre, observándome con severidad detrás de sus gafas.

—Antonio, el chico está enamorado. Además, el ejercicio físico es bueno. ¿Y cuándo vas a presentárnosla? —pregunta mi madre, emocionada.

De repente, empiezo a inquietarme.

—Bueno, yo...

—Inés, no digas tonterías. Está claro que este es otro de esos amores imposibles que tiene —comenta mi padre con desdén.

Siempre es así. Nunca tiene fe en mí. Pues ahora se va a enterar.

—Se llama Irene, y si queréis podemos vernos esta semana para que la conozcáis.

Al momento, me maldigo por mentirles, pero ya es tarde para echarse atrás. Observo que mi padre me mira, sorprendido.

—¡Estupendo! ¿Qué tal si nos vemos el jueves por la noche en la plaza de Callao? Así podremos ir a un restaurante que me han recomendado —propone mi madre.

—De acuerdo —respondo.

Ya estaba hecho y no había vuelta atrás. Ahora solo tenía que convencer a Irene para que me ayudara a salir de este entuerto en el que me había metido yo solito. Esperaba que fuera comprensiva y no me asesinara por meterla en este lío.

Capítulo 8

Irene

Son las ocho y media de la tarde, y la plaza de Callao está llena de gente. Ya ha anochecido, y se puede ver el luminoso cartel de Schweppes en todo su esplendor. Hace bastante frío, y la brisa helada acaricia mi cara.

Adrián y yo estamos delante de la boca de metro, esperando. Él se pasea delante de mí, dando vueltas en círculos, muy nervioso.

—Tranquilízate. El plan va a salir bien. Ya te dije que se me da bien mentir.

—Esto es culpa mía. Si no me hubiera hecho el importante, no estaría aquí dando vueltas, con los nervios de punta —se lamenta.

Yo suspiro con resignación.

—Relájate, por favor.

Adrián se detiene en seco, y me mira.

—Gracias otra vez por esto, de verdad.

Yo me río.

—Gracias no. Me debes una invitación a cenar y unas partidas a la Play.

Él entonces sonrío.

—Igualmente, gracias. Y siento todas las molestias.

Yo dibujo una sonrisa. Era realmente considerado. Lo peor es que se había metido en este lío por querer impresionar a su padre, que, por lo visto, siempre era muy exigente.

Cuando el lunes me contó todo el asunto, me entraron ganas de echarme a reír. Era una tontería querer impresionar a alguien que nunca estaría satisfecho.

La verdad es que, no había conocido a nadie como Adrián antes. Es un hombre sensible, amable, educado e inteligente. Y sí, mi hermano se parece a él en ciertos aspectos, pero Adrián tiene algo especial que lo hace diferente al resto. Su timidez y su inseguridad hacían que te dieran ganas de abrazarlo todo el tiempo. Se mostró tan angustiado cuando me lo explicó todo, que no dudé en echarle una mano. No iba a dejarle en la estacada.

—¡Adrián!

Los dos miramos en dirección a la calle Preciados, y vemos a una pareja

de mediana edad acercarse. Está claro que son los padres de Adrián.

Su madre tiene el pelo castaño y los ojos claros. Lleva el pelo suelto, liso y bien peinado, abrigo largo oscuro, pañuelo multicolor de seda en el cuello, pantalones grises de vestir y zapatos de tacón negro. Su padre tiene los ojos verdes, el pelo canoso, y lleva puestas unas gafas con montura de pasta de color negro. Viste una gabardina gris, pañuelo de color escarlata al cuello, pantalones y zapatos oscuros de vestir. Tiene un gesto severo, casi altivo, con un aire de científico un tanto extravagante. Me recuerda a mi profesor de Ciencias en el instituto, Don Pablo, que era bastante serio.

—Mamá, papá, ella es Irene, mi novia —anuncia Adrián.

Ambos me saludan dándome un beso en cada mejilla, y enseguida percibo su escrutinio.

—Bueno, es un placer conocerte, Irene. La verdad es que todo esto ha sido una sorpresa. No sabíamos nada hasta hace unos días —comenta la madre de Adrián.

Yo, de forma instintiva, agarro a Adrián del brazo, y me pego a él como una lapa.

—Sí, bueno, es que queríamos conocernos a fondo antes de hacerlo público —explica Adrián.

—Sabia decisión —asevera su padre.

—Será mejor que nos vayamos, ya tengo mesa reservada en Vivares —nos insta su madre.

Nos dirigimos a Gran Vía, y Adrián y yo nos miramos. Los dos respiramos aliviados. Parece ser que, de momento, se lo habían creído. Aunque no debíamos bajar la guardia.

Entramos en el restaurante, que está en la calle Hortaleza. Daba gracias porque la madre de Adrián hubiera reservado mesa, ya que el sitio está abarrotado. Por lo visto, es un restaurante con muy buena fama.

Nos sentamos en una mesa situada en un rincón de la sala, donde podemos hablar tranquilamente.

—¿Y cómo os conocisteis? —pregunta la madre de Adrián.

Él y yo nos miramos, intentando decidir quién contesta la pregunta.

—En el gimnasio, hace un mes —explica Adrián.

—Es el gimnasio donde trabaja Víctor ¿cierto? —comenta su madre.

—Víctor y el hermano de Irene, Jorge, son los dueños. Nos conocimos primero en la boda de Víctor, aunque no nos volvimos a ver hasta que yo fui al gimnasio. De hecho, cuando nos encontramos otra vez, no nos acordábamos el

uno del otro.

—Sí, fue como en una película. A mí me hizo gracia verle allí entre todos esos aparatos de gimnasia, sin saber muy bien qué hacer. Por eso decidí ayudarlo. Empezamos a hablar, y nos dimos cuenta de que ya nos habíamos visto antes. Así que, empezamos a pasar tiempo juntos—explico.

—Y un buen día nos enamoramos —dice Adrián, mirándome, sonriente.

En este instante, noto un fuerte latido en mi corazón, que me hace inquietarme un poco. Seguramente es una especie de acto reflejo de mi corazón, debido a esa sonrisa tan bonita que Adrián me está mostrando. Nada importante.

—Es una historia preciosa —comenta la madre de Adrián, emocionada.

—¿Y a qué te dedicas, Irene? —pregunta su padre.

—Soy maestra de educación infantil en un colegio.

—Interesante. ¿Algún logro académico? Diplomas, menciones...

—Bueno, fui una estudiante con buenas notas, pero nada relevante. Creo que mi mayor logro es trabajar en algo que me gusta, y que encima me paguen por ello.

Su padre asiente, serio, mientras Adrián y su madre nos miran de reojo.

—Eso está muy bien. La verdad es que estoy sorprendido. Debo decir que, se ve claramente que sois muy distintos.

—Ya sabe lo que dicen, los polos opuestos se atraen.

—Cierto. Pero vuestro nivel de polaridad es considerable.

—No tanto, créame. Tenemos muchas cosas en común que no se ven a primera vista.

El padre de Adrián se inclina hacia delante, mirándome fijamente. A pesar de que esto me pone un poco nerviosa, no pienso achantarme. Aquel hombre está buscando algo que yo no voy a darle.

—¿Qué es lo que te atrajo de Adrián?

De repente, percibo la inquietud de Adrián. No debe temer nada. Este duelo entre el profesor chiflado y yo tiene un claro vencedor.

—Adrián es inteligente, culto, amable, simpático y sensible. Me parece el hombre más irresistible del mundo. Me atrae su forma de ser, su calidez y su bondad. Es alguien incomprendido, que ha tenido mala suerte en el amor, porque se ha cruzado con un montón de mujeres superficiales que no eran capaces de ver lo que tenían delante: un ser excepcional y maravilloso, con una brillante carrera académica y una mente privilegiada. Aunque eso ya lo sabe —sentencio, orgullosa.

Su padre se echa hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo de la silla, con aire sereno.

—Bueno, estoy de acuerdo en todos los aspectos, excepto en el académico, creo que Adrián puede hacer mucho más.

Enseguida veo que la madre de Adrián pone los ojos en blanco.

—Anda, déjate de tonterías. Cuando te conocí, yo era infinitamente superior a ti en el aspecto académico. Yo ya estaba con el doctorado, cuando tú aún estabas empezando. Entonces, te quedaba mucho por hacer. Así que, no te pongas tan digno, que el que menos logros tiene de la familia, eres tú.

Ese ha sido un golpe maestro, sin duda. Observo que el padre de Adrián se remueve, incómodo.

—Está bien, lo admito. He sido demasiado exigente. Así que, vamos a brindar por esta pareja tan especial. Por Adrián y por Irene, espero que seáis muy felices —dice, alzando su copa.

Adrián y yo nos miramos, asombrados. Aquella era la victoria definitiva.

Durante el resto de la cena, charlamos animadamente, mientras los padres de Adrián contaban anécdotas de cuando este era pequeño. Incluso, su madre me enseñó unas fotos que tenía en la cartera. En ellas, aparecía Adrián con un diploma a los diez años, sonriente y orgulloso, y en otra, en la adolescencia, estudiando. A mí me parecía un chico encantador.

El padre de Adrián se mostró relajado y jovial durante el resto de la velada. Parece ser que detrás de esa máscara de hombre severo, hay un padre preocupado, que ahora está más tranquilo después de conocerme, y comprobar que mi aprecio por Adrián era sincero.

Terminamos de cenar y nos despedimos de ellos, con la promesa de volver a vernos. Adrián y yo caminamos en dirección al metro en silencio, pero contentos. Todo había ido bien.

—Tu padre me ha sorprendido. Al principio daba la impresión de que era un tipo estirado, pero es todo fachada.

—Sí, bueno. Conmigo siempre ha sido exigente. De todas formas, seguramente aún tenga sus dudas.

—¿Sabes? Tu padre está muy orgulloso de ti, Adrián.

Él me mira, sorprendido.

—Eso es porque no le conoces.

—Te equivocas. Le conozco bien. Se parece a mi padre. Muy exigente, pero en el fondo, es blando y tierno. Tu padre te quiere y está orgulloso de ti. Y se preocupa mucho. Por eso me ha estado interrogando. Si le importaras un

bledo no me habría bombardeado a preguntas. Quiere lo mejor para ti, y no quiere que te engañen.

Adrián se queda callado unos segundos, y después me mira. Otra vez noto ese fuerte latido en mi corazón. Esos ojos verdes me provocaban un efecto extraño.

—Puede que tengas razón. Nunca lo había pensado. Como es siempre tan estricto...

Yo sonrío.

—Tipo duro con corazón blando.

Seguimos caminando y llegamos hasta el metro. Nos subimos de nuevo en el tren, de regreso a casa.

—¿Y cómo son tus padres?

Yo pienso la respuesta unos segundos.

—Mi madre es cariñosa, una madraza, siempre preocupada. Vive en Altea, con su pareja, Jaime, un tipo maravilloso. Mi padre vive en Cantabria con su novia, Isabel, una . No solemos vernos mucho, nuestra relación es a distancia. Solía chocar mucho con él en la adolescencia. Ya sabes, es una edad difícil. Él querría que sentara la cabeza, pero yo ya le he dejado claro lo que pienso sobre el tema, y parece que por fin lo ha aceptado. A ambos suelo verles unas cuantas veces al año. Reparto mis vacaciones entre Altea y Cantabria. Ellos no se meten en mi vida, y yo no me meto en la suya. Vive y deja vivir.

—¿Cuándo se divorciaron?

—Cuando yo tenía doce años, después de unas cuantas crisis. Eran muy infelices. Al principio, Jorge y yo nos disgustamos. Para mí, era un cuento de hadas que se acababa. Sin embargo, con el tiempo, comprendí que eran más felices por separado. Se estaban destrozando el uno al otro.

—¿Por eso no tienes relaciones serias?

—Es un motivo más añadido a la lista. Aunque no es el principal.

—¿Y cuál es?

En ese momento, me revuelvo, incómoda. Es un recuerdo amargo que no me apetece compartir.

—Prefiero no hablar de ello, si no te importa.

Adrián asiente y no insiste más. A continuación, salimos del metro y antes de despedirnos dice:

—Bueno, gracias por lo de hoy. ¿Cuándo quieres tu recompensa?

—Pues mira, ahora que lo pienso. El sábado van a hacer una fiesta para

celebrar el futuro nacimiento de mi sobrino o sobrina, y mañana voy a ir a comprar un regalo. Tu ayuda me vendría genial.

—De acuerdo. No hay problema.

—Estupendo, entonces nos vemos mañana aquí, en la entrada del metro a las cinco.

Adrián y yo nos despedimos, y mientras yo camino en la otra dirección, puedo oír su voz.

—¡Irene! —Doy media vuelta y le miro—. Todo eso que has dicho de mí. ¿Es realmente lo que piensas, o estabas fingiendo?

Pienso la respuesta, recordando todo lo que había dicho de él durante la cena. Entonces, contesto:

—No he mentado en nada. Es realmente lo que pienso de ti.

Noto, a pesar de la distancia que nos separa, que Adrián se está poniendo colorado. Sonríe al ver su reacción. Me parecía tierno y adorable. Este chico iba a hacer que me diera una subida de azúcar con tanta dulzura.

Regreso a casa, y después de ponerme el pijama, me tumbo y estoy un rato con los ojos abiertos, pensando. Sí, todo lo que había dicho era cierto. Adrián es alguien especial y maravilloso.

Era un completo incomprendido que se había cruzado con chicas que no eran capaces de ver todo lo bueno que llevaba dentro. Ciertamente tiene sus defectos. Tiene poca confianza en sí mismo, es un tanto nervioso, suele precipitarse, y tiene una manía de colocar los cubiertos de forma simétrica un tanto extraña, según observé durante la cena.

Obviamente, todos tenemos defectos, unos más y otros menos. Somos muy diferentes, pero no sé por qué, tengo la sensación de que puedo contarle cualquier cosa.

Incluso pienso que algún día solo bastará una mirada para que comprenda lo que quiero decir sin palabras.

De repente, Adrián aparece en mi mente, mirándome, sonriente, y mi corazón vuelve a palpar, esta vez con más contundencia. ¿Qué me está pasando? Será mejor que me duerma y sueñe con Chris Hemsworth, así se me pasará la tontería.

Capítulo 9

Adrián

<<Nos gusta mucho Irene. Es una chica estupenda ;)>>. Releo el mensaje que me envió mi madre ayer después de la cena, y sonrío con una enorme sensación de culpabilidad. Mis padres se habían creído completamente que Irene y yo éramos pareja. Lo cierto es que, incluso yo llegué a dudar, porque Irene se metió en el papel de forma magistral.

Estuve muy nervioso al principio. Sin embargo, la situación cambió cuando Irene puso en su sitio a mi padre. Nunca le había visto incómodo ni inquieto, e Irene hizo eso posible, dejándole bien claro que una chica guapa y fantástica como ella podía enamorarse de un tipo corriente como yo. Gracias a su apoyo y su defensa, me sentí seguro de mí mismo por primera vez en muchos años.

Mientras caminábamos por la calle, observé que Irene hacía que los hombres se giraran para mirarla. Con su abrigo largo negro, que le llegaba por encima de las rodillas, sus piernas envueltas en medias negras de seda, con unos zapatos de tacón, caminando con paso firme, mostrando su aplastante seguridad en sí misma, su larga y sedosa melena castaña ondulada en las puntas, sus labios pintados de color rosa, y su perfecta sonrisa, destacaba entre la sombría multitud. Todo parecía brillar a su alrededor. De hecho, sentí que también me iluminaba a mí y que me transmitía su confianza con solo una mirada.

Hoy habíamos quedado para ir de compras. La estoy esperando de pie delante de la boca de metro, acurrucado en mi abrigo. De repente, alzo la vista y la veo venir.

Lleva unos pantalones vaqueros azules, una chaqueta de lana de color rosa, botines marrones, gorro y bufanda negros, y el pelo suelto, como el día anterior. Sin maquillaje, está igualmente preciosa. De repente, noto que mi pulso se acelera, algo que me inquieta bastante.

—¿Nos vamos? —pregunta, sonriente.

Yo asiento, y bajamos al metro, donde nos metemos en el primer vagón que pasa.

—Quiero darte las gracias otra vez por lo de ayer. Mis padres se

quedaron encantados. Les gustas mucho.

Ella se ríe.

—Lástima que nuestro noviazgo haya durado tan poco. Aunque debo reconocer que para mí ha sido el primero.

—¿No has tenido novio antes?

—Novio, no. Rollos, líos, amigos con derecho a roce, sí. ¿Y tú?

—Un par de relaciones cortas. Nada del otro mundo. He vivido una sequía sentimental permanente. Aunque yo no soy de líos. Prefiero los noviazgos serios.

—Entiendo. Eres de los que van en serio. Yo, sinceramente, prefiero no atarme. Creo que hoy en día, el concepto del amor no tiene sentido. Casi todo el mundo está convencido de que se quiere y que van a estar juntos para siempre. Buscan el cuento de hadas. Y me temo que eso no existe.

—Bueno, yo no busco un cuento de hadas. Simplemente, quiero encontrar a alguien con quien compartir mi vida. Que nos conozcamos, que con una sola mirada sepamos lo que el otro piensa. Que nos comprendamos y nos queramos. En lo bueno y en lo malo.

—Al menos tienes los pies en la tierra en ese sentido, aunque veo difícil que encuentres eso en alguna parte.

—Sé que mucha gente, sobre todo, amigas mías, buscan un romance de novela. Como en los libros de Jane Austen. Un señor Darcy, que las quiera para siempre. Y ese ideal es difícil de alcanzar.

Irene sonríe.

—O un irresistible escocés, como en Forastera. Todas están locas por Jamie Fraser.

—¿Y a ti? ¿No gustaría encontrar un señor Darcy o un Jamie Fraser?

Irene se pone seria de repente.

—Para nada. Además, yo no leo esas cosas. En esas novelas nos venden una realidad que no existe. Todo mentira. No me interesa en absoluto.

La miro con curiosidad, y tengo la sensación de que no está siendo del todo sincera. Irene seguía siendo un auténtico misterio, a pesar de su carácter honesto.

Llegamos a Callao, y salimos a la plaza en dirección a la calle Preciados. Entramos en unos grandes almacenes, y nos dirigimos a la sección de bebés y premamá. Allí comenzamos la búsqueda.

En un momento dado, Irene encuentra algo.

—¿Qué te parece? —me pregunta, mostrándome un pijama de color

blanco con un osito dibujado en medio.

Yo me encojo de hombros.

—Me parece mono.

Entonces, Irene mira el pijama, dubitativa.

—No, no es lo que busco. Tiene que ser algo original. Todo el mundo le regalará cosas parecidas.

De repente, buscando con la mirada, encuentro un pijama de bebé de color rojo y azul, y con el símbolo de Spiderman en el pecho. Me parece original y muy friki. Lo cojo y se lo muestro a Irene, que sonrío al verlo.

—¡Es perfecto! —exclama, entusiasmada.

Sí, compró el pijama de Spiderman. Resulta que a Irene también le gustan las películas de superhéroes.

—Aunque soy más de DC Comics. Pero este me gusta igualmente — comenta.

Salimos de la sección, y nos dirigimos a la planta de libros, donde Irene quería echar un vistazo. Recorremos los estantes por separado, mirando cada uno la sección que le interesa. Yo estoy en la zona de comics, y ella en novela negra. Después de un rato, no encuentro nada que me interese, así que voy a buscar a Irene para ver lo que está haciendo.

Y la encuentro enseguida. Está de pie delante de una de las góndolas, contemplando un libro que tiene agarrado entre sus manos. Yo me quedo mirándola, en silencio. El libro era Jane Eyre de Charlotte Brontë. Lo mira y lo acaricia como si fuera algo muy valioso. Es de tapa dura, con grabados de corte clásico en la cubierta.

De repente, se gira y nuestras miradas se encuentran. Observo que se pone nerviosa, y rápidamente deja el libro donde estaba.

—No he encontrado nada interesante. ¿Nos vamos? —espeta, inquieta.

Yo no digo nada, pero me quedo con el detalle. Ese libro le gustaba, y estaba casi convencido de que tenía un significado especial para ella, aunque intentara disimular. Ya tenía regalo de cumpleaños.

Como ya se nos había hecho tarde, decidimos ir a cenar algo, así que nos dirigimos al metro, y nos vamos a un restaurante italiano que conozco en Alonso Martínez, donde se come muy bien a precio asequible.

Nos sentamos, y enseguida nos toman nota y nos sirven la bebida.

—Ha sido una suerte encontrar ese pijama. Mi sobrino o sobrina se va a convertir en un friki de nacimiento —asevera Irene.

—¿A tu hermano le gusta eso?

—¡Sí! De hecho, seguramente él querrá otro.

—Por cierto, te recuerdo que tenemos unas partidas pendientes en mi casa.

—Bueno, ¿qué te parece si mañana...? ¡Mierda! No puedo. Tengo la comida familiar para la entrega de regalos, y no sé cuándo acabaré.

Sonríó por dentro al pensar en su cara al día siguiente, cuando descubra que todos estábamos compinchados para hacerle una fiesta sorpresa por su cumpleaños.

—Podemos dejarlo para el sábado que viene.

Irene asiente, y entonces, me mira con interés.

—Oye, dime una cosa. ¿Por qué tus dos únicas relaciones no salieron bien?

Yo suspiro, abatido.

—Porque al final ninguna de las dos me quería. Primero, fui su amigo. Me contaban todos sus problemas con sus novios. Y después, digamos que me conocieron más y decidieron probar suerte. Pero pasado un tiempo, se dieron cuenta de que no estaban enamoradas de mí. La primera me dijo que había empezado a salir conmigo por despecho, para darle celos a su ex, y que se lo había pasado bien, pero que yo no era lo que ella buscaba. Y para la otra, fui un novio de transición hasta que encontró al definitivo, y se casó con él. Vamos, un desastre.

Irene me mira, incrédula.

—De verdad que hay gente que se lo tiene que hacer mirar. No entiendo cómo pueden actuar así.

—No creo que se dieran cuenta del daño que me hacían. El amor nos hace ser egoístas, y no nos damos cuenta del dolor que podemos causar a otros.

—El problema es que la gente suele mirarse el ombligo con demasiada frecuencia, y no miden las consecuencias de sus actos. Todos tenemos algo de culpa en las cosas que hacemos. Tanto por el hecho de hacerlas, como por dejar que sucedan.

—Imagino que debí ser más seductor. En vez de escucharlas, quizás debí ser más lanzado. Como esos tíos buenos que van pisando fuerte.

—La verdad es que, sin ofender, tienes cara de amigo super comprensivo de la princesa del cuento. Cuando te conocí, enseguida tuve la sensación de que podía contarte cualquier cosa.

—No puedo evitar ser comprensivo y diligente. Soy así. Me gusta apoyar a la gente. Escuchar, comprender y ayudar.

—Yo creo que deberías ser más egoísta y pensar más en lo que quieres tú. Aunque, por favor, no tomes como ejemplo a los guaperas creídos que hay pululando por ahí. Tú eres mil veces mejor. Lo que necesitas es tener más confianza en ti mismo.

Una hora después, terminamos de cenar y nos levantamos de la mesa. Irene me pide que la espere fuera, porque necesita ir al baño. Así que, salgo del restaurante y la espero junto a la puerta, donde hay un enorme ficus.

De repente, alzo la vista, y veo a lo lejos a la última persona a la que querría encontrarme en esos momentos. Lorena está caminando hacia el restaurante acompañada de una amiga, y está igual de guapa que la noche que nos conocimos.

En ese instante, noto que el pánico se apodera de mí. Como no tengo valor suficiente para enfrentarme a ella, decido esconderme detrás del enorme ficus de la entrada.

Veo que Irene sale del restaurante, y empieza a buscarme con la mirada.

—¿Adrián?

—Detrás de ti —contesto en voz baja.

Se da la vuelta, y es entonces cuando me ve escondido detrás del ficus. Se acerca y me mira, frunciendo el ceño.

—¿Se puede saber qué haces?

—¡Está aquí! —exclamo en voz baja.

—¿Quién?

—Lorena. Está aquí con una amiga.

—¿Lorena? ¿Y quién es Lorena?

—La chica que me rechazó y me dijo todo ese rollo de que me faltaba sex-appeal. Por eso empecé a ir al gimnasio. ¿Recuerdas?

Observo que Irene alza la vista, y mira a Lorena, que está cada vez más cerca. Entonces, se dirige hacia a mí y me agarra del brazo.

—¿Qué haces? —pregunto, alarmado.

—Escúchame. Vas a salir de tu escondite y te vas a enfrentar a ella. Yo te ayudaré.

—¿Qué dices? ¡Ni de broma! Ya me humilló bastante ese día.

Irene tira de mí, y me saca de mi escondite. En ese momento, me mira, decidida, y yo trago saliva, nervioso.

—Vas a esperarme aquí, y la vas a saludar. Y después, entraré en acción. Tú sígueme la corriente.

A continuación, Irene entra en el restaurante, dejándome solo ante el

peligro. Lorena y yo cruzamos nuestras miradas, y noto como fuerza la sonrisa. Yo intento mantener la calma, y sonrío, nervioso.

—¡Hola, Lorena! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo tú por aquí? —digo con toda la calma que puedo.

Su amiga y ella llegan hasta mí, y se detienen.

—Venimos a cenar. Nos han dicho que este sitio está muy bien. ¿Cómo estás?

—Bien, aquí, paseando un rato —respondo, intentando parecer despreocupado.

De repente, Irene sale del restaurante, y me mira con cara de sorpresa, como si llevara mucho tiempo sin verme.

—¿¡Adrián!? ¡Vaya, vaya! Así que por fin volvemos a vernos.

Se pone a mi lado, ignorando a Lorena y a su amiga, que la miran, molestas.

—¡Te parecerá bonito tenerme así! Después de la noche que pasamos juntos. Aún recuerdo las cosas que me hacías. ¿Por qué no volviste a llamarme? ¿Tan ocupado estás? —dice con dramatismo, mientras agarra mi brazo, y acaricia mi mentón.

En ese momento, noto cómo la piel se me eriza. A pesar de no entender nada, le sigo el juego, como me pidió.

—Lo siento, he estado ocupado. No he tenido tiempo ni de respirar —contesto con naturalidad.

Irene pone morritos y ladea la cabeza.

—Ya, seguro que sí. Bueno, igualmente, espero que me llames y que repitamos la experiencia.

En ese instante, se acerca a mí y me da un beso en la comisura de los labios.

Yo me quedo paralizado, y siento calor por todo mi cuerpo. Incluso diría que me he quedado sin respiración durante unos segundos. A continuación, Irene se aparta de mí, y se marcha.

Es entonces cuando siento de nuevo el frío en mi piel. Yo me rasco la nuca y alzo la vista. Observo que Lorena y su amiga me miran, asombradas. De repente, Lorena se acerca a mí, mirándome fijamente, y dice:

—Oye, ¿tienes planes para el sábado que viene?

Minutos después, me reúno con Irene en la otra calle. No puedo creer lo que acaba de suceder.

—¡Me ha pedido que salgamos el sábado que viene! —exclamo,

entusiasmado.

Irene me sonríe, y cruza los brazos sobre su pecho.

—Y ahí tienes el empujoncito que necesitabas.  Hab eıs quedado entonces?

Yo asiento.

—Sí. Cenaremos, y después, lo que surja. No sé qué has hecho, pero ha funcionado. Su cara era un poema.

—Conozco a las chicas como ella, y sé lo que buscan. Un canalla seductor. Y esta noche, tú lo has sido. Y debes seguir siéndolo por el momento. Caer a rendida a tus pies, te lo aseguro.

Aquella noche, me sentí como Cenicienta preparándose para el baile. Cual hada madrina, Irene había hecho posible que me convirtiera en un príncipe para Lorena. Estaba nervioso, pero a la vez me sentía confiado. Parece ser que Irene me había prestado algunos pedazos de la confianza que a ella le sobraban. Ahora todo dependía de mí. No podía decepcionarla.

Capítulo 10

Irene

—¡Feliz cumpleaños, cielo!

Dice mi padre al otro lado de la línea. Son las ocho de la mañana, y como cada año, él es el primero en felicitarme.

—Gracias, papá —respondo, sonriente, mientras me levanto de la cama.

—¿Ya notas algo diferente?

Yo me río, porque en todos mis cumpleaños siempre preguntaba lo mismo.

—Todavía no, aún es pronto. Ya te diré mañana.

Escucho un sonoro suspiro.

—Es una pena que no pueda estar hoy. Pero quiero que sepas que dentro de tres días os haré una visita relámpago. Iré solo esta vez, porque Isabel tiene que trabajar. Así podré darte tu regalo en persona.

Yo me quedo sorprendida.

—¿De verdad? ¿Y cómo es eso?

—Bueno, primero, porque hace muchos meses que no nos vemos, y no me apetece esperar al verano para que vengáis por aquí. Segundo, porque quiero darle a tu hermano y a Carla un regalo para mi futuro nieto. Y tercero, porque quiero daros un achuchón. ¿Te parece poco?

Yo me río de nuevo.

—Me parece genial, papá. Tengo ganas de verte.

—Y yo a ti, cariño. Bueno, cumpleañosera, ¿qué planes tienes para hoy?

Yo me encojo de hombros.

—Hoy iré a comer con la familia. Vamos a hacer una pequeña reunión familiar para darle a Jorge y a Carla los regalos para el bebé, y poco más.

—Pues vaya una celebración. Pensaba que hoy te desmadrarías un poco. Bueno, cuando nos veamos, te invito a cenar.

—¡Vale!

—Pues nada, te mando besos de todos por aquí. Solo me queda decirte que cumplas muchos más y que yo los vea. Te dejo ya. Un abrazo enorme, tesoro.

—Un abrazo, papá. Y manda besos a todos de mi parte.

Cuelgo el teléfono y comienzo a preparar el desayuno. Ese día estaría sola en el piso, porque Daniela había salido temprano. Por lo visto, iba a dormir en casa de su novio. Parece ser que el asunto iba en serio.

Termino de desayunar y arreglo mi cuarto, mientras mi teléfono no para de sonar. Mensajes en las redes sociales, mensajes de whatsapp, llamadas. Todo eran felicitaciones de amigos y conocidos.

De quien no tenía noticias era de Adrián. Bueno, tampoco tenía por qué, él no sabía que hoy era mi cumpleaños. La verdad es que últimamente no me quitaba su imagen de la cabeza, y eso me preocupaba. Quizás la falta de sexo me estaba afectando.

Sin embargo, tampoco estaba del todo segura. Lo único que sabía es que siempre tenía ganas de verle y que cuando estábamos juntos, me olvidaba de todo lo demás.

Hoy los protagonistas de la reunión serían mi hermano y Carla, aunque si me daban algún regalo, no iba a protestar.

Llego a casa de mis abuelos a la una y media de la tarde, y sale a recibirme mi abuela, acompañada de Maco, que en cuanto me ve empieza a dar saltos de alegría. Yo le doy unos mimos, y entro en la casa.

—Venga, deja tu abrigo y pasa, así entrarás en calor —dice mi abuela.

Dejo mi abrigo colgado en el perchero, y me llama la atención el silencio reinante en la casa. Pensaba que a esa hora todos estarían allí, pero no era así. Parece ser que era la primera en llegar. Sin percatarme de nada, entro en el salón acompañada de Maco.

—¡Sorpresa! —gritan todos al unísono.

Yo me sobresalto y miro a mi alrededor. Estaban todos. Mi hermano, Carla, mi abuelo, mi madre, su pareja, Víctor, Elisa, la pequeña Yolanda, que vino corriendo hasta mí y me dio un fuerte abrazo, y para mi sorpresa, Adrián.

Me está mirando con sus bonitos ojos verdes y con una deslumbrante sonrisa. Estoy muy emocionada por la sorpresa, aunque lo estoy más por el hecho de que Adrián esté allí. No sé por qué, pero su presencia me hace especial ilusión. Recibo abrazos de todos, incluido el de Adrián.

—Que calladito te lo tenías —le digo.

Él se encoge de hombros.

—Si te lo hubiera dicho, no habría sido una sorpresa.

—Bueno, la comida ya está lista. Vamos todos a la mesa—anuncia mi abuela.

Nos sentamos todos a la mesa. Adrián se sitúa justo entre mi madre y mi

abuela, mientras que yo me siento entre mi abuelo y Carla. Observo que mi abuela y mi madre hablan con Adrián animadamente, y puedo oír que le hacen muchas preguntas, que él contesta sin rechistar. Estaba segura de que le estarían interrogando sin piedad.

Comimos unos macarrones boloñesa con queso gratinado, un poco de ensalada, y de postre, una enorme tarta de chocolate con nata, con mi nombre grabado encima con chocolate blanco. Mi familia me conocía bien y sabía que el chocolate era mi perdición desde niña.

Encienden las velas y esperan a que formule un deseo. No pido nada especial, solo deseo que momentos así se repitan durante muchos años más. Estar rodeada de mis seres queridos en un día tan especial. Con eso me basta. Soplo y apago las velas. A continuación, mi madre sirve la tarta. Brindamos con cava y seguimos comiendo, hasta que llega la hora del café.

—¡Y ahora los regalos! —anuncia mi madre, entusiasmada, mientras se levanta a buscar las bolsas llenas de regalos que tenían escondidas en una de las habitaciones.

Empieza a entregarme paquetes, unos más grandes y otros más pequeños. Víctor y Elisa me han regalado un jersey de lana de color rojo y cuello alto, y un perfume. Mis abuelos un juego de gorro, bufanda y guantes de color gris para protegerme del frío. Mi madre y su pareja una chaqueta de cuero estilo motera que llevaba tiempo queriendo comprarme, y Jorge y Carla un videojuego para mi 3DS que también tenía ganas de tener. Aprovecho el momento para darles el pijama que había comprado para el bebé, y según me dicen, les encanta.

Finalmente, me entregan el regalo de Adrián. Lo abro con una sonrisa y me topo con algo totalmente inesperado. Es el ejemplar de Jane Eyre que vi en la tienda la tarde anterior. De tapa dura de color azul y con grabados en la cubierta. Una auténtica joya. Hacía años que no leía ese libro por decisión propia, ya que había dejado atrás a esa Irene romántica que esperaba encontrar a su señor Rochester. Sin embargo, el regalo me hace mucha ilusión. Miro a Adrián, y observo que permanece expectante.

—Gracias —le digo con emoción en mi voz.

Él me sonrío, y siento un cosquilleo en el estómago. Adrián había dado de lleno en el centro de mi corazón con ese regalo.

Acaricio el lomo y abro el libro por la primera página, ajena al ajetreo que hay a mi alrededor. Mi familia ya está recogiendo la mesa, mientras yo leo las primeras líneas de aquella novela que había leído tantas veces en el

pasado. Y lo más curioso, es que aún recordaba párrafos y citas concretas. Después de casi quince años, la obra de Charlotte Brontë seguía grabada en mi memoria. De repente, Adrián se sienta a mi lado.

—Esto ha sido un golpe bajo —le digo medio en broma.

Él me mira con curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

Giro la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Ahora ya lo sabía. Necesitaba explicarle porque había dejado de creer en ciertas cosas. Sentía que él podría comprenderme.

—Más tarde te lo cuento.

Más tarde, mi abuela nos sirve café y unas pastas. Observo que Adrián se lleva de maravilla con Yolanda, la hija de Víctor y Elisa. La niña le habla, y él la escucha como si lo que estuviera diciendo fuera lo más importante del mundo. Maco también está encantado con Adrián, y no para de buscar su atención.

Mientras estamos tomando el café, mi madre se sienta al lado de Adrián, y empieza a enseñarle fotos de nuestra infancia. Cada vez que nos reuníamos, siempre sacaba los álbumes familiares y contaba anécdotas, aunque ya nos las supiéramos.

—Aquí tenía diez años. Esta es Carla y esta es Irene. Están monísimas —comenta mi madre.

Yo echo un vistazo a la foto y digo:

—Bueno, yo ahí estaba un poco rellenita.

—Hasta los quince estuviste gordita, pero eras monísima. Tenías una cara preciosa, y la sigues teniendo —afirma mi madre.

—A mí me parece que estás adorable en esta foto —dice Adrián, mirándome de reojo. Yo me revuelvo incómoda ante el halago, porque era del todo inesperado—. Yo era un espárrago. Y eso que comía mucho, pero no había manera de que engordara.

—Bueno, gran parte de la culpa la tuvieron sus abuelos. Siempre les daban mucho de comer—indica mi madre.

Mi abuela la mira con el ceño fruncido.

—¡Estaban creciendo! Y era importante que comieran bien.

—En eso no tengo queja —afirmo, abrazando a mi abuela.

Mi madre señala otra foto. En ella, aparecía yo con gesto serio y mirada distraída.

—Esta fue en verano. Tenía quince años. En esos días, estaba más

apagada. No sé, llevaba una temporada un poco enfadada con el mundo.

En esa época, ya había pasado aquello que me cambió, y sí, estaba enfadada con el mundo.

—¿Tú cómo eras en esa época, Adrián? —pregunta mi abuela.

—Un empollón. Estaba casi siempre liado con los estudios.

—Así que dabas alegrías a tus padres con las notas. Menuda suerte. Con estos dos tuvimos muchas batallas por eso —comenta mi madre.

Yo entonces pongo los ojos en blanco.

—Bueno, pero al final no nos ha ido tan mal.

—Eso es cierto. Ahora solo queda que te eches novio y te tomes las cosas en serio —dice mi madre, mirándome.

Yo alzo una ceja.

—No te preocupes, creo que estamos cerca de conseguirlo —afirma mi abuela, guiñándome un ojo.

En ese momento, comprendo por dónde van los tiros, y decido que la visita se ha prolongado demasiado. Miro el reloj. Ya son las siete, y ha anochecido. Es el momento perfecto para marcharse. Me levanto de forma precipitada, y miro a Adrián.

—Será mejor que nos vayamos. Hemos quedado con unos amigos y nos están esperando.

Adrián me mira, desconcertado.

—¿Hemos quedado?

Yo le fulmino con la mirada, y él capta enseguida mis intenciones.

—Cierto, hemos quedado en ese sitio.

Se levanta, y observo que mi madre y mi abuela se miran, divertidas. Mira que les gusta enredar. Nos vamos despidiendo de todos, y justo cuando llego a la puerta, mi madre me agarra del hombro y me susurra.

—Me gusta mucho Adrián, espero que le des una oportunidad.

Me mira con ternura, y yo suspiro con resignación. Salimos por la puerta y bajamos las escaleras hasta salir finalmente a la calle. Allí empezamos a caminar en dirección al metro. No hay apenas gente caminando por los alrededores. Estamos prácticamente solos.

—Así que, creciste aquí —comenta Adrián, rompiendo el silencio reinante.

—Sí, en este parque jugábamos todos los días. Pasé más tiempo aquí que en mi casa.

—Parece un lugar agradable para crecer.

Yo miro a Adrián, que camina a mi lado, pensativo.

—Sí, lo es.

—Por cierto, ¿qué es eso que ibas a contarme?

Yo respiro hondo, y miro al frente. Ha llegado el momento de compartir aquel momento que llevaba años siendo un secreto. Algo que me cambió. Un hechizo que aún no se había roto.

—Se trata de una historia. Un poco larga, aunque si no tienes tiempo...

Observo que Adrián niega con la cabeza.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Nos miramos, y siento un fuerte latido en mi corazón. En ese instante, mi memoria retrocede en el tiempo, y puedo ver con claridad la escena que estoy a punto de narrar. He vuelto al día de San Valentín de 2001.

Capítulo 11

Adrián

Irene suspira, nerviosa, y comienza su relato:

—Tenía quince años, y por aquel entonces, era una persona muy distinta. Soñadora, enamoradiza y muy romántica. Tenía las estanterías llenas de libros de romance, películas románticas y manga *shoujo*. Mis autoras preferidas eran Jane Austen y las hermanas Brontë. Jane Eyre era mi novela favorita. La había leído más de cien veces y nunca me cansaba. Soñaba con encontrar a mi propio señor Rochester. En aquella época, pensé que lo había encontrado. Se llamaba Gustavo, era el chico más popular y guapo de nuestro curso. Alto, con el pelo castaño oscuro, ojos del mismo color, sonrisa deslumbrante y actitud rebelde. Era un tipo duro que volvía locas a todas las chicas. Todas soñaban con él y yo no era una excepción. Llevaba enamorada de él desde que empecé el instituto. Nuestro primer encuentro fue de novela. Llegué tarde el primer día de clase, y él me abrió la puerta. En cuanto le vi, me enamoré sin remedio. Y ya no pude quitármelo de la cabeza. Después de meditar durante mucho tiempo, decidí que había llegado el momento de lanzarme y decirle lo que sentía por él. A pesar de su actitud de machote, yo pensaba que en el fondo era un buen chico y que lo suyo era pura fachada. Deseaba que mirara más allá de mis kilos de más, y se enamorara perdidamente de mí. Así que, como te decía, tomé una determinación y elegí el momento perfecto para pasar a la acción. En mi instituto, cada año, por San Valentín, un grupo de alumnos organizaba un evento especial para recaudar dinero para el viaje de fin de curso: El reparto de claveles. Podías comprar un clavel que venía con una tarjeta con dedicatoria, y enviárselo a quien tú quisieras. Hacías el encargo días antes, y el día de San Valentín, ellos iban clase por clase entregándolos. Yo decidí encargar uno para Gustavo y le escribí la siguiente dedicatoria. “No lo sabes, pero te quiero desde la primera vez que te vi. Te pido que me des la oportunidad de llegar al centro de tu corazón. Con amor, Irene.”

—Eso es muy bonito —comento.

Irene sonríe con timidez.

—Ese día llegué a clase entusiasmada, pero al mismo tiempo, muy nerviosa. Llegó la hora de la verdad y le entregaron el clavel delante de mí. Al

principio, él no le dio demasiada importancia, porque había recibido cuatro claveles. Leía las tarjetas con indiferencia, hasta que llegó a la mía. En ese momento, el tiempo se detuvo para mí. Observé que la leía con interés, y empecé a tener esperanza. Me imaginé que giraría la cabeza, y me miraría con amor y devoción. Pero nada más lejos de la realidad. Me miró, sí. Y dijo: “¿En serio has escrito esto? ¿Qué te has tomado? ¿Te crees que tienes alguna posibilidad? Eres una gorda sebosa, y, además, fea. Bájate de la nube y aterriza, idiota.”

Yo aprieto la mandíbula y los puños, enfadado. Ahora mismo tengo unas ganas enormes de matar a ese tipo. ¿Cómo podía ser tan cruel con una persona que le había abierto su corazón?

—Imagínate como me sentí. Me destrozó por completo. Lo último que recuerdo es que salí corriendo del aula, me fui a la enfermería y fingí que me dolía el estómago. Así que me fui a casa y no volví al instituto en tres días. Conseguí que mi madre se creyera que estaba enferma. No le conté nada de lo sucedido a nadie, ni siquiera a Jorge. Si lo hubiera hecho, le habría dado una paliza.

—Pues se la merecía, sin duda. Ese tío era un miserable. Por mucho que una persona no te atraiga, no tienes derecho a ser cruel. Con un no habría bastado.

Observo que Irene suspira.

—Lo sé. Pero eso cambió mi vida. Saqué todas las novelas de amor de mi habitación y se las entregué a mi madre para que las alejara de mí. No volví a ver películas románticas. Dejé de creer en el romance, en el amor en sí. Ya no confiaba en nadie, ni siquiera en mí misma.

—Es horrible que por culpa de algo así, hayas dejado de creer en el amor.

—No quería que volvieran a hacerme daño.

—No puedes evitar el sufrimiento. Ninguno podemos.

—Tienes razón, pero yo tomé ese camino y ahora me limito a seguir la senda.

Acabo de descubrir que, a pesar de su fachada de mujer dura y rebelde, Irene es una persona muy sensible.

—¿Y este episodio solo lo conozco yo?

Irene asiente, para mi sorpresa.

—Sí. Nadie más lo conoce.

—¿Y por qué has decidido contármelo? —pregunto con interés.

Irene se encoge de hombros, y se queda en silencio unos segundos. A continuación, me mira y responde:

—Porque sentía que podía hacerlo.

Regreso a casa dando vueltas al asunto. Había sido un día lleno de emociones. Bueno, desde que conocí a Irene, no ha habido lugar para el aburrimiento. Sin embargo, hoy ha sido un poco diferente.

He compartido momentos con su familia, me he introducido en su círculo más íntimo, incluso yendo más allá. Directamente he entrado en su alma. Recordé las imágenes de las fotografías que su madre me había enseñado. Irene con unos kilos de más, con la mirada risueña e inocente. Y unas cuantas fotografías después, su mirada reflejaba malestar. Había perdido su brillo.

Si yo hubiera estado allí ese día de San Valentín, le habría dicho unas cuantas cosas a ese imbécil. Seguramente a continuación me habría dado una paliza, pero no me habría importado. No si con eso ayudaba a Irene a no rendirse. Podía imaginarme como se sintió. A mí me habían rechazado tantas veces que había perdido la cuenta.

Sin embargo, cuando terminó de contármelo, pude ver que algo en ella había cambiado. Su mirada era distinta. Parecía haberse quitado un peso de encima. Guardar en secreto una experiencia así durante tantos años debía ser doloroso.

Sonríó al recordar cómo ojeaba Jane Eyre. Parecía una niña pequeña con un juguete nuevo.

Su madre y su abuela me hicieron un montón de preguntas durante la comida, solo les faltó preguntarme el número de pasaporte.

Sin embargo, entiendo sus preocupaciones. La quieren mucho y desean por encima de todo que sea feliz. Yo también lo deseo. Irene es una mujer maravillosa que merece toda la felicidad que la vida pueda darle.

Esa noche, de forma inesperada, sueño con Irene. Va paseando por el parque de Arriaga, agarrada del brazo de un hombre, haciendo el mismo camino que habíamos recorrido durante el paseo. Sonríe, risueña, y mira a su pareja con ternura.

En ese momento, yo voy detrás de ella, y siento una enorme sensación de incomodidad. No me gusta la idea de que esté con otro.

De repente, se gira, me mira y me guiña un ojo. ¿Qué significa?

Me despierto al día siguiente y trato de evitar pensar en ello. Irene está fuera de mi alcance, y es tan solo una buena amiga. Mi objetivo es conquistar a Lorena. Sí, así es. Entonces, ¿por qué no estoy tan convencido?

Capítulo 12

Irene

Son las ocho de la tarde, y estamos de pie, esperando a mi padre en la puerta del restaurante. Habíamos quedado en un restaurante asturiano muy conocido que hay en la zona centro, y que a mi padre le encantaba.

Jorge, Carla y yo miramos expectantes a ambos lados de la calle, y minutos después, le vemos llegar caminando con una sonrisa, con su pelo canoso peinado hacia atrás, sus ojos oscuros mirándonos con ternura, y envuelto en un abrigo largo de color negro.

—¡Hola chicos! —dice, repartiendo abrazos y besos.

A continuación, entramos en el restaurante y nos sentamos. Es un lugar elegante, pero con cierto toque antiguo. Paredes y suelo de madera, lámparas de araña con elementos decorativos y cuadros de paisajes asturianos. La carta está compuesta de platos típicos de la zona, que tienen una pinta estupenda.

Aunque es difícil decidirse, finalmente, me decanto por un cachopo acompañado de patatas panaderas. Para beber, elegimos sidra, y pedimos una tabla de embutido y queso como entrante.

—Bueno, no os hago esperar más. Aquí tenéis el regalo —dice mi padre, entregándole una bolsa a mi hermano.

Jorge y Carla miran a mi padre, sonrientes.

—Gracias, papá —responde Jorge.

En su interior encuentra unos patucos acompañados de un papel doblado por la mitad. Jorge abre el papel y comprueba que se trata de un cheque. Todos miramos a mi padre, desconcertados.

—Es para que compréis el cochecito o la cuna. O lo que os venga bien.

Jorge y Carla le dan un sentido abrazo, y enseguida, la conversación cambia de tercio.

—Por cierto, Irene, te noto distinta —comenta mi padre.

Yo, que estoy comiendo queso en ese momento, mastico y trago rápidamente para poder hablar.

—¿Distinta? ¿A qué te refieres?

—No sé. La mirada, la cara. Pareces contenta. ¿Ha ocurrido algo bueno?

Noto las miradas escrutadoras de Jorge y Carla, aunque decido ignorarlas

deliberadamente.

—Nada en absoluto.

—Ya, eso dices, pero nosotros no tenemos esos datos —afirma mi hermano con aire inocente.

Yo le fulmino con la mirada. ¿A qué se refería?

—Solo diremos un nombre: Adrián —dice Carla.

¿¡Tú también!? Noto que mi padre me mira, expectante, así que me apresuro a desmentir cualquier pensamiento que se le esté pasando por la cabeza.

—Es un amigo, nada más.

—Un amigo con el que pasas mucho tiempo, con el que sales a menudo, y que te hace tener esa mirada risueña todo el día —explica Jorge.

Yo abro la boca y le miro, indignada.

—Es cierto que pasamos muchos ratos juntos. Pero solo como amigos. No me gusta ni nada de eso.

Entonces le lanzo a mi padre una mirada inocente.

—Papá, en serio, es solo un amigo. No te dejes engañar —insisto.

Observo que mi padre se encoge de hombros, y pone cara de desilusión.

—Una lástima.

Suspiro con resignación. Sé que él querría que me enamorara y sentara la cabeza. Pero, de momento, podía quedarse sentado esperando. Aunque he mentido en algo. Adrián sí me gusta, al menos, como amigo.

Terminamos de cenar y acompañamos a mi padre hasta su coche, que está en un aparcamiento cercano. Jorge y Carla caminan delante nuestro, a unos pocos metros. Es entonces cuando mi padre aprovecha el momento para darme mi regalo.

—Toma —dice metiendo la mano en uno de los bolsillos de mi chaqueta.

—Papá, parece que me estés pasando droga.

—Es que no me gusta dar el dinero en plena calle, así es más seguro.

Meto la mano en el bolsillo, y saco tres billetes de cien euros.

—Para que te compres lo que quieras.

Mi padre solía hacer eso. Te daba dinero para que tú te compraras lo que quisieras. Era pésimo con el tema de los regalos.

Yo le sonrío, agradecida. Me vendría bien para comprarme unas cuantas cosas.

—Gracias, papá.

A continuación, le doy un beso en la mejilla, y le agarro del brazo

mientras andamos.

—¿Sabes? Cuando tu madre y yo nos separamos, tardé mucho tiempo en volver a creer en el amor. No quería volver a enamorarme. Sin embargo, un buen día sucedió. Aunque me costó aceptarlo ¿sabes?

—Lo sé, papá. ¿Adónde quieres llegar?

—No sé quién es ese Adrián, pero puedo ver que te hace mucho bien, Irene. Te veo más animada, más contenta. Y eso me alegra mucho, hija. Hasta hace poco has estado dando tumbos, con uno y con otro, y sé que no eras feliz. Solo espero que abras tu corazón y dejes que alguien entre. Te aseguro que, aunque corras el riesgo de sufrir, merece la pena intentarlo.

Yo suspiro con resignación y no digo nada más. Finalmente nos despedimos, y cada uno regresa a su casa. Mi padre tenía razón. Después de contar mi historia, sentía que algo había cambiado, como si me hubiera quitado un peso de encima. Ahora, quizás, empezaba a ver las cosas desde otro punto de vista. Aun así, me quedaba un largo camino por recorrer antes de entregarme a alguien.



El día D ha llegado. Adrián me acaba de mandar un mensaje, diciéndome que va camino del restaurante en el que ha quedado con Lorena. Está hecho un manojo de nervios. Lleva así toda la semana.

Hoy sábado, tendrá su cita con Lorena, y estoy segura de que será un éxito, aunque no sé si en realidad quiero que así sea. Últimamente no dejo de pensar en él. Y no como un amigo, precisamente. Quizás me hayan bajado las defensas.

Debo admitir que esa tal Lorena no me daba buena espina. Nada más verla, me recordó a una chica de mi instituto que era una creída, y que se comportaba como si fuera la reina de Inglaterra. Era estúpida y superficial, pero siempre encandilaba a los chicos. Sinceramente, no me gustaba la idea de que Adrián y ella salieran. Sin embargo, no podía decirle nada. No era asunto mío, al fin y al cabo.

Esta noche no he hecho planes. Daniela ha salido y yo he decidido quedarme en casa leyendo, mientras espero alguna noticia de Adrián.

Minutos antes de salir de casa para encontrarse con Lorena, me ha mandado un mensaje con una foto suya, que se había hecho delante del espejo. Lleva un pantalón vaquero azul, una americana de color negro y una camisa blanca. Su sonrisa resplandece al igual que su mirada. Pienso que está

realmente guapo, y así se lo hago saber en otro mensaje. A los pocos segundos, él me responde con un emoticono de carita sonriente.

Suspiro, un poco triste. Él tendría su gran cita, y yo estaría leyendo la historia de Jane Eyre por quinta vez esa semana.

Me siento en el sofá, y me pongo a leer, mientras como galletas de chocolate. De vez en cuando, miro de reojo el teléfono y compruebo la hora.

Ya son las nueve, y estoy segura de que en este momento ambos están sentados delante de la mesa, charlando. Ella haría alguna gracia estúpida y él se reiría con dulzura. Hablarían, reirían, intercambiarían miradas cómplices. Y finalmente, acabarían besándose, y después irían a su casa, y entonces...

Cierro el libro de golpe, furiosa. ¿Por qué me disgusta tanto esa idea? Lo importante es que Adrián sea feliz con la chica que le gusta. Sin embargo, pienso que Lorena no le merece, porque no le acepta tal y como es, y eso me molesta.

Con lo bueno, gracioso y tierno que es mi Adrián. ¡Un momento! ¿¡He dicho mi Adrián!? ¿¡En qué narices estoy pensando!? No es mi Adrián. Es solo Adrián, el hombre más maravilloso y adorable del mundo. Al que dan ganas de abrazar, y besar, y quitarle la ropa para luego... ¡Basta! Voy a por más galletas.

Estoy a punto de levantarme, cuando suena mi teléfono. Temerosa, lo cojo y veo en la pantalla que Adrián me está llamando. Extrañada, descuelgo.

—¿Sí?

—Hola, Irene. ¿Te pillo en mal momento?

Su voz suena angustiada. Ahora sí que me preocupa.

—No, estoy en casa. ¿Va todo bien?

—Sí... Bueno, no... No sé. Estoy un poco confuso. ¿Puedo ir a tu casa?

Yo abro mucho los ojos, sorprendida.

—¿Ahora? Pero si se supone que estás con Lorena...

—No estoy con ella. He cancelado la cita.

Eso sí que no me lo esperaba.

—Vale, ven a mi casa y me lo explicas.

—De acuerdo. Mándame la dirección y estaré allí lo antes posible.

Le mando un mensaje con la dirección, y diez minutos más tarde, ya está en el portal. Me había cambiado de ropa, sustituyendo mi sencillo pijama a rayas, por unos vaqueros y una camiseta de color azul con el logo de Atari.

Adrián entra en mi piso con gesto serio y paso firme.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunto.

—No, gracias. Estoy bien. Aunque no he cenado.

—No creo que eso sea importante ahora mismo—comento.

Adrián suspira.

—Tienes razón.

Le invito a sentarse a mi lado en el sofá, y así lo hace.

—Venga, cuéntame. ¿Por qué no estás con Lorena?

Adrián me mira y responde:

—Porque sentía que no estaba haciendo lo correcto. Verás, cuando la tuve delante de mí, y empezamos a caminar en dirección al restaurante, todo iba bien. Estaba preciosa, me sonreía. Yo pensaba que todo iría de maravilla. Sin embargo, cuanto más hablaba, menos me gustaba. No dejaba de hablar de sí misma, y tampoco me preguntaba nada. Era como si ella fuera el centro del universo. No me sentía cómodo. No sentí ninguna conexión con ella. Y entonces me di cuenta de que aquello era un error. Por eso, le dije que era mejor cancelar la cita justo antes de llegar al restaurante.

Yo estoy alucinando con todo lo que me está contando.

—Pero yo creía que te gustaba.

—Me gustaba, tú lo has dicho. Pero ya no. Y, de hecho, tampoco estoy muy seguro de que me gustara de verdad antes. No puedo estar con alguien que solo sale conmigo porque cree que soy otra persona. Deseo que me quieran tal y como soy. Y Lorena no estaba dispuesta a hacerlo.

Yo, no sé por qué, me pongo a dar saltos de alegría por dentro, aunque esto no se refleja en mi rostro.

—¿Y ella cómo ha reaccionado?

Adrián se encoge de hombros.

—Al principio alucinó, pero después de lo que le dije, entendió todo.

—¿Y qué le dijiste?

En ese momento, entra en casa Daniela con su novio. Se están besando apasionadamente, y parece que no se percatan de nuestra presencia. Adrián y yo los miramos, desconcertados. Siempre me hacía lo mismo. Venía con sus novios sin avisar. Finalmente, cierran la puerta del dormitorio de Daniela tras de sí, y volvemos a estar solos. Entonces, Adrián se gira y me mira.

—¿Quién...?

—Daniela, mi compañera de piso y su novio. Me temo que aquí no tendremos intimidad para seguir hablando.

—Bueno, si quieres podemos ir a mi casa. Pedimos una pizza y echamos unas partidas. ¿Te apetece?

Yo sonrío y asiento. Por supuesto que me apetece. Era el mejor plan del mundo.

Cojo mi abrigo, y salimos por la puerta. Su casa no está lejos, así que vamos andando.

—Entonces, ¿qué es lo que le dijiste? —pregunto de nuevo.

Adrián carraspea, nervioso, y sin mirarme, contesta:

—Simplemente le dije que no éramos compatibles. Eso fue todo.

Intuyo que me está mintiendo, o que al menos, está omitiendo información. Sin embargo, decido no insistir. Seguramente, no era nada importante.

Finalmente, llegamos a su apartamento. Es un tercer piso con ascensor, y en cuanto al tamaño, es más grande que el mío. Dos habitaciones, un salón grande, un baño y una terraza pequeña que da a la calle. Las paredes están prácticamente cubiertas de estanterías llenas de películas, videojuegos y libros. Me acerco y reconozco algunos nombres en los lomos: Einstein, Hawking, Galileo, Nikola Tesla. También hay una buena colección de cómics. Observo que todo está colocado en orden alfabético.

—Veo que lo tienes todo bien ordenado—comento.

—Me gusta el orden. Soy un poco maniático, lo admito.

—A mí me gusta el orden, pero soy más ordenada en el trabajo que en casa. Además, es difícil mantener el control cuando compartes piso.

—He visto que tu compañera es un tanto peculiar.

Yo le miro, divertida.

—Una manera suave de decirlo. Sí, es peculiar, un desastre, una cotilla, y le encanta cambiar de novios como de calcetines. Aunque ella sí busca el amor en cada uno de ellos. Pero se le pasa rápido.

Pedimos una pizza de jamón y queso con champiñones, y unos helados de postre que estaban incluidos en la oferta. Preparamos la mesa del salón para comer, y quince minutos después, ya estamos comiendo, bebiendo y charlando.

—En la universidad, estudié un año en Praga, gracias a la beca Erasmus —le comento—. Tú estuviste en Berlín, si no recuerdo mal.

—Sí, un año también. Creo que era de los pocos estudiantes Erasmus que estudiaba.

Yo me río ante el comentario.

—Yo estudiaba, sí, pero también me divertía. Sobre todo, ligando con guapos chicos eslavos, rubios y con ojos claros.

Adrián sonrío.

—Tú sí que sabes pasártelo bien.

Después de cenar, recogemos la mesa, y a continuación, Adrián enciende la consola y empezamos a jugar al *Uncharted 2*. El jugaría, y yo le ayudaría a superar las fases.

Nos convertimos en el intrépido aventurero Nathan Drake y nos dedicamos a buscar tesoros. Reímos, sufrimos, nos enfadamos con los controles del mando. El tiempo pasó volando.

De repente, nos damos cuenta de que es la una de la madrugada, así que decidimos guardar la partida, apagar la consola y descansar.

Aunque es tarde, no veo problema en volver a mi casa sola, dando un corto paseo. Yo ya estoy dispuesta a marcharme, cuando Adrián me detiene poniendo su mano en mi hombro.

—Si quieres puedes quedarte. Tengo una habitación de sobra.

Yo niego con la cabeza, aunque le agradezco el ofrecimiento.

—Descuida. Mi casa está aquí al lado.

—A estas horas, hay mucha gente rara. En pocos metros, puedes encontrarte con un ladrón o un asesino en serie, y no me lo perdonaría.

Al ver la mirada suplicante que me pone, no puedo decirle que no. En realidad, yo tampoco quiero marcharme aún.

—De acuerdo, me quedo.

Adrián me sonrío, y tengo que controlar el repentino impulso de abrazarlo. Observo que lleva la camisa blanca medio desabrochada, mostrando parte de su torso, y que su mirada resplandece. Esto hace que mi pulso se acelere.

Entramos en la otra habitación, que es del mismo tamaño que la suya. Hay una cama de matrimonio, un armario empotrado de madera oscura, y un escritorio pequeño donde hay papeles y libros bien colocados. Justo encima de la cama, hay colgado un cuadro con una foto de la puerta de Brandeburgo. Tiene una única ventana, con cortinas de color marfil, que da a un patio interior.

Adrián coge unas sábanas y un edredón del armario, y entre los dos hacemos la cama. Ahora solo queda encontrar algo que pueda ponerme para dormir.

Minutos después, Adrián me entrega una camiseta grande con la cara de Mickey Mouse. Yo entonces le miro, sorprendida.

—Sí, soy fan de Disney —comenta, medio avergonzado.

Yo me río.

—A mí también me gusta.

A continuación, cierra la puerta tras de sí para que pueda cambiarme. Me quito la ropa y me pongo la camiseta, que me llega a la mitad del muslo. Parecía un vestido corto.

Salgo de la habitación, y me encuentro a Adrián saliendo del baño, con un pantalón de pijama con dibujos de Spiderman y una camiseta azul. Yo sonrío al verle. La verdad es que está muy mono con ese conjunto. Adrián me mira de arriba abajo, y noto que empieza a ruborizarse.

—Veo que te queda... Esto...

Empieza a rascarse la nuca, sin dejar de mirarme.

—Me queda bien, sí. Es muy cómoda—comento.

Él traga saliva, y me mira a los ojos.

—Sí, es importante que estés cómoda, claro. Bueno, yo... Yo me voy a dormir. —Empieza a retroceder despacio en dirección a su cuarto—. Que descanses y si necesitas algo, por favor, avísame. Estoy disponible. ¡Cien por cien!

Su espalda choca con el marco de la puerta, y eso le hace sobresaltarse. Yo no puedo evitar reírme. Busca con la mano el picaporte, y consigue finalmente abrir la puerta.

—Buenas noches.

Dicho esto, cierra la puerta y yo me quedo en el pasillo, sonriendo. Me encantaba verle nervioso. Sobre todo, si era yo la causante de ese estado. Es muy inocente, y no tiene maldad en ninguno de los poros de su piel.

Otro habría intentado ligar conmigo o llevarme a la cama, pero Adrián no es así. Él es respetuoso y cortés. Sabe dónde están los límites. Aunque, sinceramente, me encantaría que intentara seducirme... Bueno, será mejor que me vaya a dormir, que ya estoy pensando cosas raras.

Un par de horas más tarde, me levanto con ganas de ir al baño. Busco a tientas el interruptor de la lámpara que hay en la mesilla y lo enciendo. La luz me molesta un poco, pero enseguida consigo centrarme.

Salgo al pasillo, que está en completa oscuridad, y uso la linterna del teléfono para evitar encender la luz, y despertar a Adrián.

Voy al baño, termino mi asunto, y me dispongo a volver a mi cuarto.

Sin embargo, algo me detiene. Noto cómo el pulso se me acelera, y giro mi rostro en dirección a la habitación de Adrián. Una pregunta me asalta: ¿Qué aspecto tendría dormido? Sé que no debo, pero no puedo evitarlo, porque mis pies empiezan a andar solos.

Llego hasta la puerta, y la abro lentamente. Rechina un poco y me

detengo, aunque compruebo enseguida que Adrián sigue dormido.

Entro sigilosamente y me acerco a la cama. Ahí está, tumbado boca arriba, durmiendo plácidamente. Tiene un semblante dulce, y su boca dibuja una media sonrisa. Seguramente, está teniendo un sueño agradable.

La persiana no está echada del todo, y la luz entra por el hueco. Gracias a esto, puedo ver un poco la estancia. Miro alrededor, y compruebo que en las paredes hay colgados posters de Spiderman, Superman y Star Trek. Hay otro escritorio donde, seguramente, Adrián prepararía sus lecciones y corregiría los exámenes.

Vuelvo a mirarle y observo que está destapado, y que la camiseta que lleva está un poco levantada. Puedo ver la cinta de sus calzoncillos y parte de su vientre. Me muerdo el labio inferior, nerviosa. Noto un cosquilleo en las manos y una cálida sensación que me recorre todo el cuerpo. Un salvaje e inoportuno impulso se está apoderando de mí. Quería despertarle, y hacer de todo menos hablar.

Aparto la mirada, cerrando los ojos con fuerza. Los abro, y a continuación, me alejo de la cama en dirección a la puerta. Aquello era demasiado tentador, y totalmente incorrecto. No soy capaz de pensar con claridad a estas horas de la noche, con un hombre totalmente indefenso delante de mí. Pobre Adrián, si supiera lo que estoy pensando, y las cosas tan subidas de tono que quiero hacer con él, dejaría de hablarme.

Salgo de la habitación y cierro la puerta despacio. Llego a mi cuarto, me meto en la cama, y respiro hondo. No podía acostarme con él. Adrián no era como los demás. Era un ser inocente y puro, al que yo quería corromper.

Tenía ganas de despertarle, quitarle la ropa, besarle, acariciarle, y después, hacerle el amor hasta el agotamiento.

Con esa sonrisa, esa dulce mirada, y sus mejillas ruborizadas por la timidez, era completamente irresistible para mí.

Cierro los ojos con fuerza. Intento recordar si alguna vez había sentido esto. Y no, nunca me había sucedido.

Al día siguiente, me marcho temprano, evitando encontrarme con Adrián. Llego a mi casa, y desayuno con Daniela y su novio. Ella me pregunta por la noche anterior, y apenas le doy detalles.

Aún tengo una mezcla de sentimientos un tanto extraña. Estoy empezando a considerar que quizás paso demasiado tiempo con Adrián. Tal vez era mejor no vernos durante un tiempo. Así podría calmar los descontrolados latidos de mi corazón.

—Por cierto, el otro día llegó una carta para ti, y se me olvidó dártela—
me dice Daniela.

Se levanta y va a buscarla. Estaba guardada en el cajón de la cómoda que hay en el salón. Me la entrega y miro el remitente. No podía creerme lo que estaba leyendo. La abro y me quedo más sorprendida que antes, si es que eso era posible. ¿El destino me estaba mandando señales?

Capítulo 13

Adrián

Los rayos de sol que entran por la ventana de mi cuarto me despiertan. Me levanto y voy al salón para ver si Irene está allí. Pronto me desilusiono, al comprobar que Irene ya se había marchado. No escuché nada, así que debió irse temprano y de forma sigilosa. Todo había sido un poco extraño en los últimos días.

Había estado tenso y estresado toda la semana, pensando en mi cita con Lorena. Todo el tiempo pensaba en qué iba a ponerme, en cómo debía actuar. A pesar de esto, los ánimos de Irene me ayudaron a ganar seguridad en mí mismo. También el hecho de que empezaba a notar los efectos del ejercicio. Mis músculos ya tenían forma, y las camisas me quedaban algo más ajustadas.

Acudí a la cita con mis mejores galas. Sonriente, animado y decidido. Quería que Lorena se diera cuenta de lo que se estaba perdiendo. Nos encontramos en el punto acordado, en la entrada del metro de Alonso Martínez.

Ella iba con un vestido gris perla ajustado en la cintura y con vuelo en la falda. Llevaba una chaqueta negra y zapatos de tacón del mismo color. Llegó sonriente, y me miró de una forma un tanto diferente, casi seductora, diría yo. Eso me dio mucha seguridad.

Nos saludamos con dos besos y empezamos a caminar. A medida que nos íbamos acercando al restaurante, Lorena no paraba de hablar de sí misma. De lo que había hecho esa semana, de la ropa que se había comprado, cuanto le había costado y de lo que buscaba en un hombre.

Básicamente, me dijo que se había equivocado conmigo y que se había precipitado. Le había sorprendido gratamente esa faceta de ligón que le era desconocida y que nunca se hubiera imaginado.

Mientras ella hablaba, llegó un punto en el que desconecté, y me puse a mirar escaparates, baldosines, transeúntes. Y de repente, apareció Irene en mi mente. Cómo deseaba estar con ella en esos momentos. Con ella jamás me aburría. Siempre teníamos algo que contarnos, nos reíamos de cualquier cosa y me sentía a gusto a su lado. Sin embargo, con Lorena no era así.

La miré de reojo. Ahí estaba, cambiando de parecer después de que mi

amiga mintiera y le hiciera creer que yo era un canalla, un tipo duro. Y no lo era, claro que no. ¿Cómo podía plantearme salir con alguien que realmente no me aceptaría nunca tal y como era?

Aquella conexión que yo pensaba que teníamos, ya no existía. Quizás ni siquiera estuvo ahí desde el principio. Tal vez fueron imaginaciones o ilusiones mías. Estaba claro como el agua. Éramos muy distintos. Yo con quien quería estar era con Irene. Fue entonces, al darme cuenta de eso, cuando me detuve en seco. Lorena me miró, desconcertada.

—¿Va todo bien?

Yo la miré, decidido.

—Creo que esto no es buena idea. Será mejor que cancelemos la cita.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Por qué? Pensaba que yo te gustaba y que tenías ganas de salir conmigo.

—Sí, y así era. Antes. Pero ahora...

—Ahora ¿qué? —preguntó con una ceja levantada y cruzando los brazos sobre su pecho.

Yo suspiré con resignación.

—No puedo salir contigo cuando estoy pensando en otra persona. No sería justo.

Lorena me miró, entrecerrando los ojos.

—Es esa chica del otro día ¿no?

Yo me encogí de hombros.

—Bueno, yo...

Lorena asintió.

—Te gusta, está claro. Y tú a ella también.

En ese momento, me quedé estupefacto.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque se nota. Y mucho.

Yo no supe qué responder porque estaba un tanto aturdido. ¿Y si era cierto? Noté cómo mi corazón daba saltos de alegría al pensarlo.

—Bueno, será mejor que me vaya.

De repente, me sentí un poco culpable por dejarla plantada.

—Lo siento mucho, Lorena —dije, mirándola con cierta tristeza.

—Tranquilo. Yo me porté peor contigo. Estamos en paz—afirmó ella.

Dicho esto, se subió a un taxi, y se marchó. Fue entonces cuando llamé a Irene y fui a su casa. El resto de la noche estuve observándola sin que se diera

cuenta, intentando averiguar si lo que Lorena había comentado era verdad. No sé ella, pero yo estaba muy nervioso. Y me había dado cuenta de que me gustaba mucho. Su sonrisa, su cara, su pelo, su forma de ser. Todo me gustaba, incluso sus defectos.

Jugamos, comimos, reímos. Todo fluía siempre con absoluta naturalidad entre nosotros. Cuando decidió que ya era la hora de irse, hice todo lo que pude por retenerla. Me hacía ilusión que estuviera cerca de mí, aunque se quedara a dormir en otro cuarto.

Afortunadamente, Irene accedió. Y cuando la vi con mi camiseta de Mickey Mouse puesta, casi me da un infarto. Sus esbeltas piernas eran muy largas y su pelo suelto caía sobre su pecho. A mí me parecía una sirena que acababa de salir del agua.

No pude evitar ponerme nervioso y sentí calor en mis mejillas. Supe por su mirada que lo había notado, y yo me puse más colorado aún, muerto de vergüenza. Cuando me metí en la cama, deseé que Irene entrara en mi cuarto y se tumbara a mi lado.

No me importaba que no pudiera tocarla, con tenerla junto a mí me bastaba. Quería que viniera a hablar conmigo, a contarme cualquier cosa, o simplemente, a dormir. Y si me abrazaba como si fuera su osito de peluche particular, mejor todavía.

Cada vez que está cerca de mí, mi corazón salta de alegría y noto mariposas revoloteando en mi estómago. Si me roza, siento una especie de corriente eléctrica que invade todo mi cuerpo, y que me llena de felicidad. Y cada noche, Irene se convierte en la protagonista de todos mis sueños. Ya estaba todo claro como el agua. Me había enamorado de ella, y había tardado un poco en darme cuenta.

Sin embargo, sé que Irene tiene una línea marcada y que es imposible atravesarla. Porque, ¿cómo iba Irene a enamorarse de mí?

Necesito compartir estos pensamientos con alguien, así que, mientras desayuno, le mando un mensaje a Víctor. Quedamos en vernos en la entrada de La Quinta de los Molinos a las once. Saldríamos a pasear con Yolanda, y así podríamos hablar tranquilamente.

Llego a la hora acordada, y nada más verme, Yolanda extiende sus bracitos para que la coja en brazos, cosa que hago con una sonrisa. La niña me da un abrazo, y a continuación, la dejo en el suelo. Enseguida se pone a andar delante nuestro, mientras Víctor empuja el carrito.

—Bueno, cuéntame qué ocurre. Te noto preocupado.

Yo suspiro.

—No sé si contártelo, porque seguramente te enfadarás.

Víctor me mira con suspicacia.

—¿Qué has hecho?

Yo pongo las manos en alto.

—Nada malo, te lo prometo. Pero te enfadarás igualmente.

—Venga, déjate de tanto misterio.

Respiro hondo, y con decisión digo:

—Me he enamorado de Irene.

Víctor se detiene en seco y abre mucho los ojos. Entonces, se lleva las manos a la cabeza.

—¡Joder, Adrián! ¡Mira que te lo advertí!

—Papá ha dito una palabota —comenta Yolanda, riéndose.

Víctor y yo miramos a la niña con cierto pánico. No nos dimos cuenta de que estaba tan cerca de nosotros, y de que podía escuchar nuestra conversación perfectamente. Víctor se acerca a ella, se agacha, y la mira, serio.

—Cariño, papá ha dicho una palabrota, ha estado mal, así que no la repitas ¿vale?

—Peo se lo voy a desí a mamá. Papá, pum pum en el culo —responde ella, pizpireta.

A mí me está empezando a entrar la risa, porque es muy graciosa. Víctor está temblando, aguantándose la risa también. Sin embargo, debía parecer un padre serio y responsable.

—Hacemos una cosa. Yo te compro una bolsa de chuches y tú no le dices nada a mamá. ¿De acuerdo? Y, por supuesto, te olvidas de la palabrota. Eso no se dice.

Yolanda sonrío, triunfal, y asiente. La niña reemprende su marcha, caminando delante de nosotros, y yo miro a Víctor con gesto severo.

—Sobornando a tu hija ¿eh? Vaya padre estás hecho.

—Igualmente se lo iba a comprar. Un día a la semana siempre vamos a comprar chuches, tanto para mí como para ella. Es nuestro día especial. Bueno, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! ¡Mira que te dije que no te enamoras de ella!

Ahora volvía a ser el amigo que siempre me regañaba cuando hacía algo mal.

—Ya lo sé, pero uno no elije de quien se enamora. Ha surgido sin más. Y,

de verdad, he intentado evitarlo por todos los medios, pero ha sido imposible.

Víctor lanza un sonoro suspiro.

—¿Y desde cuándo lo sabes?

Yo pienso la respuesta durante unos segundos, tratando de encontrar en mi mente el momento exacto en el que me enamoré de ella.

—Desde la primera vez que hablamos me gustó. Y después, poco a poco, la cosa fue a más. Ayer, cuando estaba con Lorena, no hacía más que pensar en Irene. Fue entonces cuando me di cuenta de que me había enamorado de ella. No me importa que no me quiera, lo acepto. Sin embargo, no me pidas que no la quiera, porque es imposible. Irene es una mujer maravillosa y la querré siempre. Aunque me rechace.

Observo que Víctor me mira, pensativo.

—Esto es serio. Nunca te había visto así, tan decidido.

—Creo que es por culpa suya. Constantemente me repite que debo tener confianza en mí mismo y que soy un chico estupendo. Y, al final, estoy empezando a creérmelo.

Víctor se ríe.

—No tienes que creerlo, es que lo eres, Adrián. Vaya, llevo años diciéndote lo mismo, y al final le haces caso a Irene. Te ha dado fuerte.

Yo suspiro con pesar.

—Me temo que sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—Por el momento, me mantendré en silencio. No quiero estropear lo que hay entre nosotros. A lo mejor se asusta si le digo que la quiero.

—No creo que se asuste. Simplemente, te rechazará amablemente. Aunque la situación resultará incómoda para ella, y pondrá distancia entre vosotros, para no hacerte daño.

—Seguramente. Bueno, pues ya está. Me he quedado como nuevo. Necesitaba hablar de esto con alguien. Solo te pido que no digas nada. No quiero que Irene se entere por otros. Llegado el caso, quiero ser yo quien se lo diga.

—Tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo.

Seguimos caminando en silencio durante unos minutos. Y entonces, me asalta una duda.

—¿Crees que tengo alguna posibilidad?

Víctor me mira, extrañado.

—No estarás hablando de Irene...

Yo niego con la cabeza.

—Déjalo, es una tontería.

—Pensaba que no querías decirle nada.

—Sí, bueno, no sé. Solo estoy tanteando —comento, nervioso.

Víctor resopla, mostrándose impaciente.

—¿Quieres una respuesta?

Yo le miro, expectante, y asiento.

—Una entre cien. Así que, sí, existe una posibilidad. A partir de aquí, haz lo que quieras.

Dicho esto, seguimos andando, y yo me quedo con ese dato. Quizás Lorena tenía razón y resulta que a Irene le gusto. Víctor tampoco ha descartado del todo esa posibilidad con su respuesta, así que, empiezo a creer que un milagro es posible.

Finalmente, tomo una determinación. Iba a hablar con Irene y a confesarme. Al mediodía le mando un mensaje, citándola en una cafetería cercana para hablar de un asunto importante, sin revelar más información.

Quedamos a las cinco de la tarde en la entrada de la cafetería, y aparece puntual, como siempre. Lleva un abrigo largo de color negro, su juego de bufanda, guantes y gorro de color gris, unos vaqueros y botas altas negras. Aunque el sol nos había acompañado durante todo el día, por la tarde el cielo se ha llenado de nubes que amenazan con desatar una tormenta.

En cuanto Irene llega hasta donde yo estoy, me saluda con una sonrisa.

—¿Entramos? —la insto, abriendo la puerta y cediéndole el paso.

Nos sentamos en una mesa que hay junto a una ventana, y nos liberamos de nuestros abrigos.

Irene lleva un jersey de punto de color fucsia que le favorece mucho. Bueno, en mi opinión, todo le sentaba bien. Pedimos nuestros cafés, y en cuanto la camarera nos deja solos, empiezo a frotarme las manos, y desvío la mirada hacia la ventana. Ahora, teniéndola allí delante, los nervios empiezan a dominarme.

—Bueno, ya sé que tienes que hablarme de algo importante, pero necesito contarte otra cosa antes.

Yo la miro con interés.

—Cuéntame.

Irene sonrío, emocionada, y puedo ver un brillo de alegría en sus ojos. Me encanta verla así. Ahora siento que estoy completamente desarmado.

—Definitivamente, el destino me está mandando señales. Una de ellas en

forma de carta. Hace unos días recibí una invitación a un evento muy importante, aunque no me enteré hasta esta mañana. Van a celebrar una reunión de antiguos alumnos en mi instituto. Todos los que nos graduamos en 2004 estamos invitados. Y adivina quién va a estar allí...

Ahora me siento más inquieto que antes, si es que eso era posible. Me imagino quién puede ser, aunque no digo nada. Irene me mira, expectante, y al final, decide terminar de explicarse.

—¡Va a ir Gustavo! El chico que me gustaba en el instituto, el que me rechazó. Y tengo un plan perfecto de venganza.

Yo pongo una mueca de desaprobación.

—Oye, no creo que sea buena idea. Han pasado muchos años y ya has superado aquello.

Observo que Irene me mira con gesto serio, aunque enseguida vuelve a mostrarse contenta.

—Lo tengo todo pensado. Me pondré un vestido espectacular, le seduciré, me enrollaré con él y cuando le tenga rendido a mis pies, le daré una buena patada en el culo, como él hizo conmigo.

Yo niego con la cabeza.

—Irene, tú no eres así. Además, en la vida recoges lo que siembras. Seguro que se ha quedado calvo, que está pagando una hipoteca a cincuenta años, o que tiene una mujer a la que no soporta. No hará falta que hagas nada.

Ella me mira, indignada.

—Oye, ¿de qué parte estás? Ya te conté lo que me hizo, se merece un buen desprecio por mi parte.

—El mejor desprecio que le puedes hacer es que te vea fantástica y genial, y que pases de él. Lo de enrollarte con él no es necesario.

—¿Desde cuándo te molesta que me enrolle con otro? Ni que estuvieras enamorado de mí o algo así.

Esto último lo dice con sorna, y me hace sentir profundamente herido. La miro, dolido, y ella abre mucho los ojos.

—No estarás hablando en serio...

Yo suspiro amargamente. De repente, se me han quitado las ganas de estar allí. Todo ha salido mal. Había vuelto a tropezar con la misma piedra.

Saco unas monedas de mi cartera y las dejo encima de la mesa. A continuación, agarro mi abrigo y me levanto.

—Será mejor que me vaya.

—Adrián, no sabía nada, yo... Bueno, ya sabes que yo... —dice, apurada

y nerviosa.

Yo suspiro con pesar. No me gustaba verla así.

—No te preocupes, no podías saberlo. Mira, mejor olvídalo ¿vale? Ya está. Borrado de la memoria. Aquí no ha pasado nada.

Ella no parece convencida.

—Lo siento, Adrián.

Yo niego con la cabeza.

—No, perdóname tú a mí por haberme enamorado de ti. A pesar de que sabía que nunca me corresponderías, no pude evitarlo. Me enamoré de ti sin darme cuenta, porque eres genial y maravillosa. Bueno, ya lo he dicho. Te quiero, Irene. Y ahora, me voy. Creo que es lo mejor que puedo hacer. Cuídate.

Dicho esto, me marché de allí, completamente destrozado. Me habían roto el corazón muchas veces, pero esta vez fue mucho más dolorosa, porque Irene era única, y el amor que sentía por ella, especial e inolvidable.

Ahora lo único que podía hacer era intentar olvidarla, aunque sabía que sería imposible.

Se liaría con ese tal Gustavo, y estaba seguro de que se enamoraría de él, aunque no quisiera. Se rompería el hechizo, y serían felices y comerían perdices, mientras yo me arrastraría por el suelo retorciéndome de dolor. Una derrota que debía aceptar, sin más.

Capítulo 14

Irene

Había quedado con Carla para ir a hacer unas compras, con la única misión de encontrar un vestido perfecto para la reunión de antiguos alumnos.

Nos encontramos en la plaza de Callao, y desde allí, empezamos a recorrer Gran Vía hasta llegar a la calle Fuencarral. Vamos de tienda en tienda mirando, aunque por ahora, no he encontrado lo que estoy buscando.

Llevo varios días sin estar centrada. Desde que Adrián me dijo que estaba enamorado de mí, no he vuelto a ser yo misma. Siempre ando distraída, con la mente en otra parte.

Me sentía culpable, pero a la vez un poco feliz. Nunca se me habían declarado, y menos de una manera tan dulce y torpe. Había metido la pata al bromear con la idea de que a Adrián podría gustarle, porque al final, la realidad me había dado una bofetada en la cara.

No había percibido los profundos sentimientos de Adrián hacía mí. Intuía, quizás, que podía gustarle físicamente, por su forma de mirarme a veces, pero nada más allá de eso. A pesar de que parecía tener las cosas claras, en mi interior algo no iba bien.

En una de las tiendas, ojeando entre las perchas, encuentro una falda plisada hasta la rodilla de color azul marino, y una camisa blanca con detalles florales del mismo color. Decido que aquel conjunto podía quedarme bien con unos tacones altos. Cojo las prendas, me voy al probador, y Carla se queda esperando fuera.

—Por cierto, ¿sabes algo de Adrián? —me pregunta, a través de la cortina del probador.

En ese instante, estoy descolgando la camisa para probármela, y al oír el nombre de Adrián, noto una punzada de dolor en mi corazón.

—No le he visto desde hace días.

—Qué raro. Creía que eráis inseparables.

No respondo al comentario, y me centro en probarme la ropa. Compruebo, satisfecha, que el conjunto me queda muy bien. Corro la cortina, y Carla me estudia con la mirada.

—Te queda perfecto —afirma, asintiendo.

—Me lo llevo entonces.

A continuación, cierro la cortina y me cambio. Después de pagar, salimos de la tienda, en busca de los zapatos perfectos para el conjunto. Decidimos adentrarnos en el barrio de Chueca, donde hay muchas zapaterías. Ya en una de las tiendas, reanudamos la conversación.

—¿Ha ocurrido algo con Adrián? Te noto un poco distraída. Jorge me ha contado que ya no coincides con él en el gimnasio. ¿Le estás evitando?

—Digamos que nos estamos evitando. Y sí, hubo un problemilla entre nosotros.

—Soy toda oídos.

Yo suspiro con resignación, mientras cojo un par de zapatos de tacón de color azul marino, que podían combinar bien con mi atuendo. A continuación, le cuento el episodio de la cafetería con todo lujo de detalles. Una vez termino la narración, Carla me mira, pensativa.

—Ahora comprendo que os estéis evitando. Es lógico. Sin embargo, no podéis estar así para siempre. Sobre todo, por la amistad que os une.

—Lo sé. Pero Adrián necesita tiempo para dejar de estar enamorado de mí. No quiero hacerle daño.

—¿Solo lo haces por Adrián? —pregunta, mirándome con suspicacia.

—Bueno, también por mí. Sería una situación muy incómoda vernos después de eso.

—Oye, ¿qué sentiste cuando te confesó que te quería? ¿Qué pensaste?

En ese momento, la miro, desconcertada, y pienso durante unos segundos la respuesta.

—Si te soy sincera, me sentí halagada y un poco feliz. Si yo no pensara de la forma que lo hago, seguramente le correspondería.

—Imagino que querrás que sea feliz.

—Sí, de corazón. Se lo merece. Es un hombre fantástico.

—Y si mañana se enamorara de otra, no te importaría, claro.

Ese comentario hace que algo en mi interior se revuelva.

—No, claro que no.

—Genial, porque conozco a una mujer que podría interesarle. Quizás se la presente. No te importa ¿verdad?

Yo entonces trago saliva, y la miro, nerviosa. ¿Por qué iba a importarme? Adrián se merecía ser feliz. No me importaba que saliera con otra mujer. En absoluto. Puede salir con quien quiera, que a mí me da lo mismo.

—Claro que no. Adelante, preséntasela.

Observo que Carla me mira alzando una ceja, y empieza a reírse.

—Mientes fatal.

Yo abro mucho los ojos y la boca, sorprendida.

—Pero, ¿qué dices? No estoy mintiendo.

—Ya lo creo que estás mintiendo. Y fatal, además.

Aprieto la mandíbula, enfurruñada.

—Voy a pagar los zapatos.

Carla me espera junto a la puerta, y una vez paso por caja, salimos de la zapatería y comenzamos a caminar en dirección a la plaza de Chueca para tomarnos algo en alguno de los bares de la zona.

—No sé porque dices que miento. Si Adrián quiere salir con alguien, es libre de hacerlo. No es asunto mío.

—¿Por qué no admites de una santa vez que le quieres y que deseas tener una relación seria con él? Así todo esto se acabaría en un suspiro.

Yo la miro, indignada.

—¡Que no me gusta, jolines! Además, ¿yo? ¿tener una relación seria con alguien? Ni de broma, eso no es posible.

—Deberías superar lo que te pasó, y seguir adelante. Vivir estancada en el pasado no sirve de nada. Tienes que avanzar.

—Como se nota que no tienes ni idea de lo que me pasó.

—Claro que la tengo. Sé con pelos y señales lo que te ocurrió en secundaria.

Me detengo en seco, y miro a Carla, asombrada.

—¿Cómo puedes saber eso? No se lo he contado a nadie.

—Ya sé que no se lo has contado a nadie. Pero la gente tiene boca y habla mucho. Tu humillación fue pública y llegó a oídos de tu hermano. Lo supo por un compañero de clase, cuya hermana pequeña, a su vez, estaba en tu clase. Me explicó que él y sus amigos quisieron decirle unas cuantas cosas a ese niño, pero al ver lo mal que estabas, decidió no hacerlo, y ni siquiera mencionó el asunto. Si tú no querías hablar de ello, él no iba a armar jaleo. Así que, sí, sé todo lo que pasó. Entiendo que cosas así crean inseguridades, pero son momentos puntuales que debemos superar. Debes levantarte, sacudirte el polvo y continuar. No vale de nada que te pases la vida protegiéndote de situaciones así. Porque, ¿sabes lo que ocurre cuando actúas de esa forma? Que te pierdes muchas cosas. Y no quiero que dejes pasar la oportunidad de enamorarte, Irene.

No puedo creer lo que acabo de escuchar. Todos esos años pensando que

nadie sabía lo que sucedió, que nadie lo entendería, y resulta que estaba del todo equivocada. Jorge había sido muy considerado al no enfrentarse a Gustavo y respetar mi silencio. Desde luego, era afortunada por tener un hermano tan maravilloso.

—Aunque me gustara, que no es el caso, ya es tarde.

—No creo que sea tarde. Si uno quiere, todo se puede arreglar.

Suspiro con resignación.

—Eso ahora no importa. Además, tengo un plan de venganza que llevar a cabo, y necesito concentrarme en eso.

Observo que Carla pone los ojos en blanco y resopla.

—¡Olvídate de ese estúpido plan de venganza! No hará más que traerte disgustos.

Yo niego con la cabeza.

—Necesito ver a Gustavo arrastrarse por el suelo, suplicándome que le quiera, y después darle la patada, como él hizo conmigo. Si no, no me sentiré realizada.

Carla se cruza de brazos, y me mira, molesta.

—Muy bien, y una vez que hagas eso, ¿qué crees que va a pasar? Yo te lo diré. Que te vas a sentir culpable, porque tú no eres despiadada. Eres buena persona y no sabes ser mala. Entonces, te arrepentirás, porque Adrián pensará que eres una mala persona, que eres vengativa, y encima, tú tampoco te querrás a ti misma, porque sabrás que no has hecho bien. Te conozco Irene, somos muy parecidas, y no tenemos maldad en ninguno de los poros de nuestra piel.

—¿Esperas que le deje irse de rositas? ¡Ni hablar! Y si tengo que ser mala, lo seré—sentencio, decidida.

Carla suspira, agotada.

—Mira que eres cabezota. ¿Sabes qué? Haz lo que quieras, pero luego no vengas llorando—me advierte.

Por la noche, regreso a casa, ceno algo ligero y me voy a mi cuarto a ver una película en el ordenador. Una de suspense me vendría bien para pensar en otra cosa que no fuera Adrián. Llevaba pensando en él y en su cara triste desde la última vez que nos vimos.

En ese momento, mi teléfono vibra. Es un mensaje de Daniela. Dice que no pasará por casa esa noche ni mañana. Últimamente se quedaba mucho tiempo en casa de su novio y apenas la veía.

Sin saber por qué, me voy a la galería de imágenes de mi teléfono y me

pongo a mirar las fotos del día de mi cumpleaños. Jorge me las había mandado, y en ellas aparecían todos mis seres queridos.

En un momento dado, me detengo en una en la que aparecemos Adrián y yo, sonrientes. No puedo evitar suspirar con pesar mientras observo su rostro. Es tan tierno e inocente. Y valiente. Había que tener agallas para declararse, sabiendo que el fracaso estaba asegurado.

En un impulso repentino, poso mis dedos en la pantalla y acaricio la imagen de su cara con ternura. Siento una sensación de anhelo enorme, y en mi interior, deseo ir a su encuentro y comérmelo a besos.

Enseguida me doy cuenta de la gravedad de lo que estoy pensando, y aparto el teléfono bruscamente.

—No me gustas. No me gustas en absoluto. Y tampoco quiero comerte a besos—digo en voz alta, dirigiéndome a Adrián mentalmente.

Claro que no me gustaba. El hecho de pensar en él todo el tiempo y echarlo terriblemente de menos, no quería decir que me gustara ni que estuviera enamorada de él. Pero entonces, si no es eso, ¿por qué me siento tan desdichada?

Capítulo 15

Adrián

La cafetería de la facultad está abarrotada, especialmente en la zona de la barra, donde todo el mundo está pidiendo su comida. El lugar siempre se llenaba cuando llegaba la hora de comer. Yo había conseguido sentarme en una mesa alargada junto a una ventana, porque hoy había llegado pronto.

Mi almuerzo está encima de la mesa, listo para comer. Aunque, sinceramente, no tengo demasiado apetito. Desde que Irene me rechazó, no he vuelto a ser el mismo.

Había estado toda esa semana evitándola. Seguía yendo al gimnasio, pero en horarios distintos. No tenía fuerzas para enfrentarme a ella, porque sabía que, si me la encontraba, volvería a declararme, humillándome más todavía. Porque la quiero y sé que la querré siempre.

Suspiro, abatido. Le había entregado mi corazón, y ahora notaba el vacío en mi pecho. Ya no tenía remedio.

En este momento, estoy tan absorto en mis pensamientos, que no me doy cuenta de que alguien se ha detenido delante de mí.

—Profesor Lozano, ¿podemos sentarnos con usted?

Alzo la vista, y veo a Raúl y a María observándome, esperanzados. Miro a mi alrededor, y compruebo que no hay ningún sitio libre, a excepción de las dos sillas que tengo delante de mí.

—Claro—contesto.

Los dos se sientan frente a mí con sus bandejas de comida. Habían pedido sendos menús de sándwich mixto y vegetal, con patatas y refresco. Se acomodan en las sillas, y empiezan a charlar conmigo.

—Ya queda menos para las Navidades. Estoy deseando que lleguen —comenta María, entusiasmada.

—Sí, yo también. ¿A usted le gustan las Navidades, profesor? —pregunta Raúl.

—Sí, me gustan. Aunque me tocará corregir exámenes.

—Pues no nos haga exámenes y así no tendrá que corregirlos —dice Raúl, guiñándome un ojo, divertido.

Yo me río ante la ocurrencia.

—Muy gracioso.

—Oiga, ¿qué tal le va con su amiga? —pregunta María con interés—.
¡Auch!

Observo que Raúl le acaba de dar un codazo que hace que ella se revuelva, y le mire, enfadada.

—Esas cosas no son asunto nuestro —le advierte Raúl.

—Tranquilo, no me importa. No hay nada entre nosotros. Solo somos amigos.

—Pues a mí me pareció que se gustaban. La verdad es que hacen buena pareja —afirma María.

—Gracias, pero eso no será posible —respondo con amargura en la voz.

Ambos me observan entrecerrando los ojos, y al instante, asienten.

—Bueno, no se preocupe. Eso nos pasa a todos alguna vez y se acaba superando —dice Raúl, intentando animarme.

—Yo creo que no debería rendirse a la primera, profesor. Verá, al principio, mi Alberto no quería salir conmigo. Yo no le gustaba y me veía solo como una amiga. Sin embargo, decidí no rendirme. Me fui acercando más y más, seduciéndole, sacando mis armas de mujer, y al final, acabó dándose cuenta de que era la chica de sus sueños. Debe lanzar una ofensiva. Puede empezar por regalarle un ramo de flores. Eso siempre gusta.

Yo sonrío tímidamente, poco convencido.

—No creo que sea una buena idea. Ella ya me ha rechazado.

—Hágale caso, profesor. María es una experta en el tema. Es tan perseverante, que llega a ser cansina.

María lo mira torciendo el gesto.

—Muy gracioso. —Entonces, me mira a mí—. Solo necesita que abra su corazón. En cuanto lo haga, usted se cuele dentro como una lagartija, y ella ya no podrá olvidarle. No se consigue la victoria sin luchar.

Por la tarde, llego al gimnasio y me pongo a entrenar como siempre. No atisbo a Víctor por ninguna parte, ya que seguramente está ocupado dando clase, pero sí que veo a Jorge ayudando a un cliente a entrenar.

Le saludo con la mano y él me responde del mismo modo. A partir de entonces, me concentro en mis ejercicios, intentando no pensar en nada más.

Una hora más tarde, cuando salgo del vestuario en dirección a la salida, Jorge se interpone en mi camino con gesto serio. Yo me detengo en seco, y le miro, un tanto desconcertado.

—¿Podemos hablar un momento?

Yo, no sé por qué, trago saliva, nervioso. A pesar de saber que es un buen tipo, aún me imponían sus fuertes músculos y su ancha espalda. Asiento, y me conduce al exterior del local. Nos sentamos en un banco cercano, y espero a que Jorge empiece a hablar.

—Sé que estás evitando a Irene.

De repente, todos los músculos de mi cuerpo se tensan.

—¿Tanto se nota?

—Bueno, antes eráis inseparables. Sé que ha ocurrido algo entre vosotros. Mi pregunta es, ¿tiene solución?

Yo me encojo de hombros.

—No sabría decirte. Además, va a cometer una estupidez, y a pesar de que le dije que no estaba de acuerdo, no me hizo caso.

Jorge asiente.

—Sí, la estúpida venganza esa. Yo tampoco estoy de acuerdo.

Yo le miro de reajo.

—¿Conoces lo que le pasó?

—Claro que sí. En su momento me lo contó un compañero de clase, pero nunca se lo hice saber a Irene. Sería raro que no me enterara, teniendo en cuenta que íbamos al mismo instituto, y que fue el cotilleo de la semana.

Me quedo un poco sorprendido al principio, pero después, suspiro con pesar.

—Pues ese ha sido el desencadenante de mi desgracia.

—¿Qué quieres decir?

Respiro hondo, y consigo reunir el valor que necesito para contarle lo que siento.

—Jorge, estoy enamorado de Irene.

Él me sonrío.

—Ya lo sé. No hace falta que te pongas nervioso. No voy a hacerte nada, a menos que la hagas daño. Entonces, estás muerto—me advierte.

Yo no salgo de mi asombro.

—¿Cómo sabes que me gusta?

Jorge se ríe.

—Porque lo llevas escrito en la cara. Cuando estás con ella, se nota que la quieres. Tu forma de mirarla, la complicidad que hay entre vosotros. Estáis hechos el uno para el otro.

—Pues tu hermana no piensa lo mismo. Le dije lo que sentía y me rechazó. No quiere relaciones serias, y, además, no le gusto.

Jorge acomoda su espalda en el respaldo del banco, y se queda unos segundos callado, mirando al frente.

—Me enteré de todo el mismo día que ocurrió. Llegué a casa hecho una furia, dispuesto a pedirle su bendición para decirle unas cuantas cosas a ese cretino. Mis amigos estaban más que dispuestos a ayudarme, te lo aseguro. Fui a su cuarto, y vi que la puerta estaba entreabierta. Entonces, me asomé, y me encontré un panorama desolador. Estaba metiendo en cajas las películas, los mangas y las novelas románticas que tanto le gustaban. Con lágrimas en los ojos, iba guardándolos ahí para no volver a verlos más. Yo sabía que adoraba leer historias de amor, que disfrutaba de ellas como nadie. Y de repente, la Irene que yo conocía, sensible, romántica y soñadora, se convirtió en una mujer que solo creía en lo que sus ojos podían ver, y que había dejado de soñar. —En ese momento, gira la cabeza, y me mira—. Hasta que un buen día, apareciste tú. Entonces, algo cambió. Irene pareció volver a ser aquella chica inocente y soñadora. No sé qué hiciste, pero te aseguro que, gracias a ti, Irene ha vuelto a creer en el amor. Lo malo es que es muy testaruda, y no quiere admitirlo. Sin embargo, creo firmemente que eres el único que puede hacerle entrar en razón, y que puede hacerla feliz.

—No estoy tan seguro de eso. Ella no me quiere —respondo, pesaroso.

—Te quiere, de eso estoy seguro. Solo necesitas insistir un poquito, para que vea que vas en serio.

En ese momento, se levanta y vuelve a mirarme.

—Mañana estará en el colegio Joyfe a partir de las cinco, y le gustan las margaritas. Con esos datos, ya sabes lo que tienes que hacer.

Dicho esto, se aleja de allí, dejándome solo con mis pensamientos. Si Jorge decía la verdad, entonces había esperanza. Quizás aún tenía una oportunidad. No podía rendirme a la primera, porque como bien había dicho María: No se consigue la victoria sin luchar.

Capítulo 16

Irene

Ya son casi las cuatro, y estoy terminando de arreglarme delante del espejo. Me retoco el maquillaje, consistente en una base ligera aplicada sobre la piel, sombra de ojos azul suave a juego con el *eyeliner*, *gloss* en los labios y colorete rosa pálido en las mejillas. Llevo el pelo suelto y ondulado en las puntas. Cómoda pero elegante.

Salgo de la habitación, y cojo el bolso de mano de tela de color azul que Daniela me había prestado. Mi compañera está sentada en el sofá, y alza la vista para estudiar mi aspecto.

—Estás guapísima —dice, sonriente.

Yo la miro, sonriendo tímidamente.

—Gracias. Y gracias de nuevo por prestarme el bolso.

—Descuida. Ya te pediré que me prestes alguno de tus modelitos.

Yo me río, aunque no puedo evitar poner gesto de preocupación.

—¿Va todo bien? —me pregunta Daniela.

Yo asiento con energía.

—Sí, todo va bien. Es solo que estoy nerviosa, nada más.

—Bueno, es normal. Vas a ver a gente a la que hace años que no ves, eso siempre es emocionante.

—¿Has ido a alguna reunión de antiguos alumnos?

—Sí, hace un par de años. Y fue un esperpento. Solo te diré que dos se liaron a bofetadas recordando viejas rencillas. Aunque, sinceramente, eso tampoco estuvo mal. Animó una fiesta que estaba siendo un muermo. Fue divertido, al final.

Yo me río, imaginando la escena.

—Bueno, espero no tener que contarte a mi vuelta que alguien se ha tirado las sillas a la cabeza.

—Si es así, mantén la calma y disfruta del espectáculo.

Finalmente, salgo por la puerta, y minutos más tarde, ya estoy delante de la entrada de mi viejo instituto.

El aspecto exterior sigue siendo el mismo. Fachada de ladrillos de color rojizo, las mismas ventanas y persianas de entonces, los barrotes de la entrada,

el patio. Lo único que ha cambiado es el letrero donde pone el nombre, que ahora es más moderno.

Respiro hondo, y justo cuando voy a cruzar la puerta de entrada, me detengo en seco. Todo mi cuerpo se ha paralizado por completo, y no parece dispuesto a moverse. El miedo se ha apoderado de mí.

De repente, en mi mente se agolpan los recuerdos. Mis viejos compañeros, los juegos en el patio, las clases, y Gustavo burlándose de mí. Cierro los ojos con fuerza, intentando calmarme, y en ese momento, noto una presencia a mi lado.

—¿Irene Estévez?

Me giro, y veo a una mujer con unos enormes ojos oscuros, mirándome.

—Eres tú ¿verdad?

—Sí, soy yo. ¿Me conoce? —pregunto, desconcertada.

Ella se ríe.

—Soy yo, Merche. Me sentaba en el pupitre de al lado. Íbamos a mecanografía juntas.

Enseguida recuerdo a la Merche del pasado. Bajita, con gafas, aparato en los dientes, y pelo oscuro. Ahora está muy cambiada. Ya no lleva gafas ni aparato.

—¡Merche! Perdona por no haberte reconocido. Estás muy cambiada.

Nos damos un sentido abrazo, y seguimos hablando en el sitio.

—Ya te digo. Fue entrar en la universidad, y cambió todo. Oye, estás genial.

—Muchas gracias.

—Vienes a la reunión, supongo.

—Así es.

—Bueno, pues vamos entrando, y así seguimos charlando.

Me agarra del brazo, y me arrastra al interior del recinto. Mi cuerpo no tiene más remedio que moverse. Noto que a medida que nos adentramos en el edificio, y recorremos el pasillo en dirección al pabellón de deportes, donde tiene lugar el evento, mi pulso se acelera de forma exagerada. Estoy de los nervios.

A pesar de que me había autoconvencido de que era una mujer segura y fuerte, al recorrer este lugar lleno de recuerdos, el espíritu de la vieja Irene se apodera de mí, y vuelvo a ser aquella chica tímida e insegura.

Entramos en el pabellón de deportes, donde un cartel enorme da la bienvenida a los alumnos de la promoción del 2004. Al lado de la entrada, una

secretaria nos entrega unas pegatinas con nuestros nombres, para poder identificarnos con facilidad.

Merche no se separa de mi lado, y nos dirigimos a una mesa alargada donde están las bebidas y unas bandejas con aperitivos variados. Me sirvo un refresco en un vaso de plástico, bebo un pequeño trago, y a continuación, recorro con la mirada el lugar, buscando a Gustavo.

—¿Y a qué te dedicas? —pregunta Merche.

Me giro hacia ella, y contesto:

—Soy profesora de educación infantil en un colegio en Ciudad Lineal. ¿Y tú?

—Soy contable en una gestoría.

—¿Estás casada o tienes pareja?

—Llevo casada cinco años, y tengo un hijo de tres. Luis se llama. Espera, que te enseñe una foto.

Saca su teléfono, y me enseña la foto de un niño moreno, con los ojos oscuros, sonriendo.

—Es muy rico—comento.

Merche sonrío, orgullosa.

—Sí. Es mi debilidad. ¿Y tú?

—Ni pareja, ni hijos. Sigo soltera.

—Bueno, estoy segura de que no te faltan ligues.

Yo me encojo de hombros, y pienso en Adrián. En estos momentos tan tensos, le echo muchísimo de menos. Necesitaba tenerle a mi lado, para que me dijera que todo saldría bien.

—Mira quien está ahí —dice Merche.

Miro en la dirección que ella indica, y veo a un tipo alto, con el pelo engominado y un poco de tripa, paseándose entre la gente con actitud prepotente.

—¿Quién es? —pregunto, mirando al tipo con cierto asco.

—Gustavo Almeida. ¡Menudo tipejo! —exclama Merche con desdén.

En ese instante, mi cuerpo vuelve a paralizarse, y siento que mi pulso se acelera. Al fin nos encontramos después de tantos años. Está muy cambiado, aunque su actitud sigue siendo la misma. Tiene el pelo oscuro con algunas canas, y su cara tiene un aspecto demacrado. A pesar de que tenemos la misma edad, parece mucho más mayor.

—¿Sabes? Se casó con Leticia, ¿te acuerdas de ella?

Yo me quedo sorprendida.

—¿¡Con Leticia Rodríguez!? ¿¡Una de las chicas más populares del instituto!?

—Dirás, una de las arpías más populares del instituto. Sí, se casaron cuando estaban estudiando en la universidad. Por lo visto, fue una boda de penalti, y su suegro le metió a trabajar en la empresa familiar, gestionando la contabilidad. Según me contaron, su matrimonio es un desastre, pero no se separa porque le conviene seguir en la empresa. Vamos, que es un aprovechado.

—Tiene muy mal aspecto —comento.

—No me extraña. Estar casado con esa histérica debe ser una tortura. Dicen que bebe. Yo si fuera él, también lo haría.

—Menudo panorama.

De repente, se me han quitado las ganas de hacerle sufrir. La verdad es que, pensándolo bien, la vida ya le había machacado bastante, y todo el daño que me hiciera, estaba saldado. En ese instante, Gustavo se para delante de mí, y empieza mirar mis pechos de forma descarada.

—Hola, preciosa. A ver que lo adivine...Eres...

Alzo una ceja y respondo:

—Irene, está escrito en la etiqueta.

¿¡Cómo puede ser tan estúpido!? Debe ser que no le llega suficiente oxígeno al cerebro. Él entonces asiente, y sonrío.

—¡Irene! ¡Claro! ¿En qué clase estabas?

¡Muy fuerte! Tres años en el mismo curso y ni se acuerda.

—En la tuya —respondo, malhumorada.

Él parece sorprendido ante mi respuesta.

—¡Ya me acuerdo! Tú eres la del clavel. La que me escribió diciendo que le gustaba. Oye, pues mira que has cambiado. Antes eras una ballena.

El volcán que llevo dentro de mí está a punto de estallar en la cara de este imbécil. De verdad, Irene, ¿cómo pudo gustarte este idiota?

—Sí, tenía algunos kilos de más. Pero veo que los que yo he perdido, los has ganado tú.

Observo que Gustavo se tensa ante mi comentario.

—Oye, espero que no estés enfadada por lo del clavel. Fue una tontería. De hecho, si quieres, podemos recuperar el tiempo perdido...

Dice esto último mirándome con deseo, y a mí me entran arcadas.

—Mejor no. No quiero vomitarte encima.

En este momento, escucho la risa de Merche, que se lo está pasando en

grande.

Me siento como una idiota allí de pie, delante de Gustavo. Había estado años sufriendo por alguien que no merecía la pena.

De repente, Adrián aparece en mi mente. Mi querido Adrián, que me ha entregado su corazón y me ha demostrado que el amor verdadero existe. Sí, porque él me quiere de verdad. Y ahora me doy cuenta de que merece la pena entregarse a alguien tan especial como él. He sido una cabezota por empeñarme en negar lo evidente. Estoy enamorada de Adrián, y quiero estar con él para siempre. Por fin, he encontrado a mi señor Rochester.

—Chicos, lo siento, pero tengo que marcharme. Acabo de recordar que tengo algo importante que hacer.

Dicho esto, salgo de allí corriendo, en dirección a la salida.

Una vez estoy fuera del recinto, me acerco al final de la acera para intentar encontrar un taxi.

—Hola Irene —dice alguien a mi espalda.

Me giro, y veo a Adrián allí de pie, sujetando un ramo de margaritas entre sus manos. Observo su cara, parece nervioso. Lleva puestos unos vaqueros, una camisa gris y una chaqueta oscura. Está muy guapo, y para mí, es el hombre más irresistible del mundo. Mi corazón está dando saltos de alegría en este momento.

—Hola, ¿qué haces aquí? —le pregunto, sonriendo.

—Necesito decirte algo importante que no puede esperar.

Yo me acerco más a él, y observo que se ruboriza.

—Bueno, el caso es que yo también tengo algo que decirte...

Pone una mano delante de mí, deteniéndome.

—Por favor, déjame hablar a mí primero.

Yo me quedo donde estoy, y me dispongo a escuchar lo que tiene que decir.

—Sé que tú eres de las que no se enamoran. Y seguramente, ese tal Gustavo ya está medio desmayado, bebiendo los vientos por ti, y dispuesto a que le hagas sufrir. Aunque sé que estás deseando vengarte, te pido que no pienses en él, que no le dediques tu tiempo, porque no se lo merece. Aquí hay alguien que no deja de pensar en ti. Irene, de verdad, te prometo que lo he intentado. He intentado olvidarte, dejar de quererte. Pero es imposible. No tengo remedio. Te quiero, y quiero estar contigo siempre. En lo bueno y en lo malo. Quiero secar tus lágrimas y abrazarte cuando llores, hacerte reír, alegrarte un mal día. Lo que haga falta para que seas feliz. No sé cómo lo haré,

pero intentaré convencerte de alguna manera de que el amor verdadero existe. Y si al final, tú, después de todo, no me correspondes, me apartaré para que seas feliz con otro, aunque me muera por dentro. Porque siempre te voy a querer, pase lo que pase. —Entonces lanza un sonoro suspiro, y me entrega el ramo—. Bueno, ahora ya te dejo con tu venganza. Espero que pienses en lo que te he dicho. Ya me voy.

Antes de que pueda darse la vuelta, en un rápido movimiento, me lanzo a sus brazos, rodeándole la nuca con mis manos, y le estampo un tierno beso en los labios. ¿Cómo podía marcharse sin darme la oportunidad de responderle? Tenía muchas cosas que decirle.

Una vez termino de besarle, me aparto de él sin dejar de agarrarle. Entonces, le miro a los ojos. Está deliciosamente aturdido.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Eh?

Yo me río.

—Esto es parte de lo que te tenía que decir.

Se lleva una mano a la frente, totalmente desconcertado.

—Creo que necesito sentarme.

A continuación, nos sentamos en un banco que hay allí cerca. Ahora me toca a mí hablar y estoy un poco nerviosa. Espero ser capaz de expresar todo lo que siento. Dejo el ramo sobre mi regazo, y agarro sus manos entre las mías.

—Adrián, quiero pedirte perdón por haberte rechazado aquel día. Todo fue demasiado precipitado, y me entró el pánico. No era lo que realmente sentía, ahora me doy cuenta. He tardado mucho tiempo en ver la evidencia. A veces cuesta mucho ver las cosas con claridad, cuando has estado mucho tiempo viviendo en la oscuridad. Porque sí, me encerré en mí misma, y todo se volvió oscuro. Pero gracias a ti, he vuelto a creer que el amor verdadero existe. Poco a poco, conseguiste abrir la puerta de mi corazón, y te acabaste colando sin que me diera cuenta. —Respiro hondo, y le miro a los ojos fijamente—. Ahora escucha bien, porque te estoy hablando con el corazón abierto. Te quiero, Adrián. No hay otro como tú. Así que, te pido que te quedes a mi lado. ¿Aceptas?

Adrián me mira, sorprendido.

—¿Y Gustavo?

—A Gustavo que le den. Vamos, ¿aceptas?

Adrián sonrío, y asiente, algo que me hace muy feliz.

—Acepto.

A continuación, volvemos a besarnos, esta vez despacio, disfrutando de este instante mágico. Mordisqueo sus labios, y él acaba introduciendo su lengua en mi boca, lo que hace que el beso sea más intenso. Ahora siento que todo ha desaparecido a nuestro alrededor.

Había tardado en llegar, pero ahí estaba yo. Enamorada y comprometida. Quién me lo iba a decir. Yo, que no creía en estas cosas. Sin embargo, al final, la vida pone las cosas en su sitio. Había encontrado un paraíso del que no pensaba marcharme jamás: el corazón de mi amado Adrián.

—Un momento —dice Adrián, apartándose un poco.

—¿Qué ocurre?—pregunto, desconcertada.

—A ver, es que aún no me lo creo. ¿De verdad esto es real?

Yo sonrío.

—¡Claro que es real!

—Es que tengo miedo de despertarme, darme cuenta de que todo era un sueño, y ver que estás saliendo con un tipo impresionante, guapo, y millonario.

Yo me río. ¡Qué cosas tiene!

—No, estoy saliendo contigo. Un tipo inteligente, tierno, sensible y adorable.

Adrián me mira, dubitativo.

—¿Estás segura? ¿No me prefieres ni más alto, ni más sexy, ni más guapo?

Yo niego con la cabeza.

—No.

—¿Ni más seductor, ni con actitud canalla? Mira que, puedo hacerlo...

Suspiro, cansada, y agarro su cara entre mis manos.

—Escúchame bien. No te prefiero ni más guapo, ni más alto, ni más sexy, ni con actitud canalla. Es así de simple: Me gustas tal y como eres.

Epílogo

Irene

Madrid, tres años después...

Es viernes por la tarde, y los niños están sentados sobre el suelo, delante de mí, escuchando el cuento que les estoy leyendo.

Hoy hemos escogido La Cenicienta, uno de sus preferidos. A pesar de que han escuchado la historia más de cien veces, les sigue asombrando.

—Y vivieron felices y comieron perdices —digo al terminar el cuento.

Los niños me miran con cara de decepción, al darse cuenta de que el cuento ha llegado a su fin. En ese momento, Ignacio, uno de los más mayores de la clase, levanta la mano.

—¿Sí, Ignacio? —pregunto.

—Seño, ¿qué pasa después?

Yo le miro, extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pasa después de comer perdices?

La verdad es que me parece una pregunta sumamente interesante. Mientras pienso la respuesta, otros niños intervienen.

—Yo creo que después de casarse, se divorcian, y Cenicienta se queda con el castillo —dice Julio con gesto serio.

Sorprendente respuesta.

—¡No! Se casan y tienen hijos. Como la seño Irene, que va a tener un bebé —comenta Rosa, que es de las más pequeñas de la clase.

Yo me río, y de forma instintiva, acaricio mi abultado vientre. Dentro de cuatro meses, sería mamá, y mis pequeños alumnos estaban entusiasmados con el asunto.

—Un cuento puede tener distintos finales, sois vosotros quienes debéis elegir el que más os guste —respondo, finalmente.

Terminan las clases, y empiezo a ordenar el aula. En esos momentos de soledad, siempre aprovecho para hacer balance de la jornada o para pensar en mis cosas.

Mi vida había cambiado mucho en los últimos tres años. Después de un

año viviendo juntos, Adrián y yo nos casamos en una sencilla ceremonia, rodeados de nuestros seres queridos. El tiempo nos había demostrado que, aunque tardamos en encontrarnos, la espera había merecido la pena.

En cuanto a mi hermano y Carla, tuvieron un precioso niño al que llamaron Javier. Mis abuelos siguen dando guerra, mis padres siguen siendo felices por separado, y Víctor y Elisa siguen juntos.

Adrián y yo pronto seremos padres, pero además tenemos otro miembro en la familia. Se llama Nala, es una perrita que adoptamos al poco tiempo de estar juntos, y es nuestra fiel compañera.

Finalmente, salgo por la puerta principal, despidiéndome de mis compañeros. Al mirar al frente, le veo. Adrián me está esperando, de pie delante de la puerta, mirándome con una sonrisa. Siempre que podía, venía a buscarme, y nos marchábamos juntos a casa.

Mi Adrián, inseguro, tierno y sensible. Ese señor Rochester con el que siempre había soñado. Para muchas, no era un príncipe azul, pero ¿quién quería a un príncipe teniendo a un hombre de carne y hueso que hacía que mi corazón latiera desbocado? Mis días ya no eran grises, porque el sol brillaba siempre para mí, aunque el cielo estuviera cubierto de nubes.

FIN

Espero que te haya gustado. Si es así, por favor, deja tu puntuación y reseña en Amazon o Goodreads. Tu opinión cuenta.

NOTA DE LA AUTORA

Y esta es la última parte de la bilogía, la historia de Irene y Adrián. La acción transcurre en los mismos escenarios que la anterior, aunque Ciudad Lineal y el parque de La Quinta de los Molinos tienen más protagonismo.

Como dato interesante, debo explicar que el asunto del clavel en el día de San Valentín está basado en algo real. En este caso, nunca me rechazaron ni nada de eso, pero sí que en mi instituto era una tradición que se celebraba todos los años. Yo siempre recibía claveles de mis mejores amigas, y me hacía mucha ilusión. El colegio Joyfe, donde tiene lugar una de las escenas, es el centro en el que estudié desde educación infantil hasta la universidad. Vamos, que estuve toda mi vida allí. Afortunadamente, no tengo recuerdos traumáticos como Irene.

Me encantó crear a Adrián. Me apetecía dejar a un lado a los chicos fuertes, musculosos, y con cuerpos de infarto, y mostrar a alguien más real. Adrián es un hombre encantador y tierno, que se siente muy inseguro, porque no es un canalla seductor que hace que todas se desmayen a su paso. Mientras escribía sus escenas, me daban ganas de abrazarlo, porque el pobre sufre mucho. Y sonreí ampliamente cuando Irene empezó a sentirse atraída por él. Es que Adrián llega al corazón.

Espero que os haya gustado, y que os hayan emocionado estas historias. Yo las escribí con todo mi cariño, con la intención de haceros pasar un rato agradable, y si he conseguido que os echéis unas risas, entonces, estoy más que satisfecha.

SOBRE LA AUTORA

Andrea Muñoz Majarrez (Madrid, 1987) es escritora y traductora. Licenciada en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid, y con un Máster en Estudios de Traducción por la Universidad de Birmingham, Reino Unido. Es autora de **Corazones rebeldes** (Amazon, 2017), **Charlotte Beverly** (Penguin Random House, 2018), **Siempre estuve esperándote** (Amazon, 2018), **Un ramo de violetas** (Selecta, 2018) y **Alguien especial** (Amazon, 2018). Si quieres saber más sobre esta autora, visita su página oficial: **corazonrebelde.com**

[1] La lengua Klyngon se emplea en la serie Star Trek.

[2] Programa de Televisión Española donde entrevistan a españoles que viven en diferentes partes del mundo.